

29-11-1847

7192  
(Sep 1847)

ANTONINA

6

LOS ÁNGELES DE LA TIERRA.

3483

L47  
987



ANTONIA

LOS ANGELES DE LA TIERRA



Rec. en el univ. 1.59 fol. 155 del lib. 1.º mil.º 47-987

7192

# ANTONINA

*Sej 1847*

## LOS ÁNGELES DE LA TIERRA.

NOVELA ORIGINAL

DE ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

Traducida al castellano por D. F. M.



MADRID.

Librerías de Leon Pablo Vi-  
llaverde; José Cuesta; José Simor, Olmo,  
n.º 12, principal; y Salvador Monser-  
rat, Olivar, n.º 19.-3.º

BARCELONA.

Librería Popular-Económica.  
Hijo Mayol; José Ginesta; Isidro Cer-  
da. Imp. Hispana de Vicente Casta-  
nos, Asalto, 20.

3783



ANIMINA

LOS ANGELES DE LA TIERRA

NOVELA ORIGINAL

DE ALEJANDRO DUMAS, HIJO

PROPIEDAD DE VICENTE CASTAÑOS.

Traducción de castellano por D. V. H.

BARCELONA.

Imprenta Hispana de Vicente Castaños, Asalto, 20.

1858.



# ANTONINA

6

## LOS ANGELES DE LA TIERRA.

### CAPÍTULO PRIMERO.



¿Se gustan las novelas que empiezan así: En una hermosa mañana; Ó, en una deliciosa tarde de primavera, etc.? A mí me gustan mucho. Ya desde un principio se encuentra el lector á sus anchas, tiene aire y sol, respira, ve claramente que va á tratarse de la naturaleza y del amor, de juventud y de poesía. Lejos de mí esos escritores que en invierno nos introducen desde el primer capítulo en un aposento angosto que nos hiela con su frío, cuyas paredes desnudas se parecen á las de un sepulcro, y en donde aparece tiritando una pobre familia tristemente acurrucada, en torno del último tizon.

A un lado esos novelistas á quienes pedimos una distrac-



cion para las horas de ocio y nos inician bruscamente en la sombría realidad de la miseria y de la vida, en vez de hacernos asistir al espectáculo de los esplendores de Dios. Enhorabuena que lleguen á esta clase de cuadros, pero lleguen á ellos como se llega á las bohardillas, pasando por los pisos inferiores, esto es, por en medio de personas felices.

Sin embargo, el invierno tiene tambien sus encantos, aunque con ciertas condiciones.

Un aposento bien tapizado, grandes cortinas de seda que solo den paso á una media luz, de modo que los de dentro no sepan el tiempo que hace fuera, ni si el cielo está sereno ó cubierto, ni si hace frio ó calor; una blanda alfombra sobre la cual podamos en diciembre tener los piés desnudos, cuadros risueños en las paredes, sillones anchos y cómodos, un sofá donde poder dormir, flores, colgaduras; un buen fuego que chisporrotee, que alumbre, que lo alegre todo y conserve el aposento calentito como un nido; una muger medio desnuda en su lecho, que no se vea obligada, para evitar el frio, á subirse las sábanas hasta las mejillas, cosa es esta que nada tiene de triste ni de desagradable para ser puesta en escena, sobre todo cuando la muger es jóven, cuando es bonita, y cuando podemos decírselo.

A pesar de todo, conservamos nuestra predileccion por la primavera, pues preferimos la alegría de toda la naturaleza á la de un aposento aislado y nos agrada mas la sombra del mes de junio que la lumbre del mes de enero.

Digo, pues, que en una hermosa mañana de mayo de 1834 dos jóvenes se paseaban de bracero por debajo de los pórticos de la calle de Rívoli.



Eran las once, y acababan de almorzar.

De igual estatura entrambos, tenían al parecer la misma edad: distinguíanse, sin embargo, en que el uno era rubio y tenía el otro el pelo negro.

Sin barba, ó á lo menos sin llevarla, ojos azules, algo pálido, semblante espresivo y un aire melancólico que le sentaba á las mil maravillas, tal era el rubio.

Su compañero tenía ojos muy negros, llevaba bigote y patillas, denotaba una salud de hierro, á juzgar por sus anchas espaldas y por el andar firme del hombre que posee una gran exuberancia de vida que gastar todos los días, y fumaba; distracción de que el otro se abstenía. Por lo demás, su rostro era tan afable como el de su compañero. Al ver á aquel alto y robusto joven, se adivinaba que, como todas las naturalezas bellas y ricas, amaba con todo su ser, con su fuerza física como con su fuerza moral.

No sé si me explico claramente; quiero decir que era uno de esos hombres que pueden probar su afección á cualquier hora del día porque nada embaraza su existencia, ni costumbres, ni melancolía, ni nada, en fin, de lo que obliga al hombre á ocuparse de vez en cuando de sí mismo.

Llamábase el rubio Edmundo de Pereux, y su compañero Gustavo Daumont.

Eran dos amigos de colegio que se completaban admirablemente el uno al otro.

Educado Edmundo por su madre que había quedado viuda cuando este contaba solo tres años, tenía todos los hábitos y hasta diré todas las manías femeninas.

Huérfano Gustavo desde su infancia, había sido educado de



un modo bastante duro por un tutor gotoso, educacion que por otra parte le habia aprovechado, gracias á su naturaleza sólida y precoz.

A los siete años Gustavo habia sido encerrado en un colegio, al paso que la señora de Pereux solo cuando Edmundo contó quince años consintió en separarse de él.

Gustavo habia adivinado inmediatamente en su nuevo camarada el carácter tímido del niño educado por una muger, y se habia hecho desde luego su amigo y protector. De aquella época databa su intimidad que habia continuado despues de la salida del colegio.

Casi todos los dias se veian.

Gustavo amaba á Edmundo como un padre ama á su hijo. Si bien eran iguales en edad, la gran fuerza de que Gustavo estaba dotado y la proteccion que dispensára en el colegio á Edmundo, le envejecian á los ojos de este, y le habian dado una especie de autoridad paternal sobre el jóven Pereux, que casi nunca abusaba de ella.

Un dia la señora de Pereux habia dicho á Gustavo:

—Gustavo, cuidad de mi hijo.

Y desde aquel dia Daumont habia considerado como deber sagrado lo que hasta entonces solo habia sido uno de los placeres de su amistad.

Fuerza es decir tambien que de vez en cuando Gustavo habia sorprendido á la señora de Pereux mirando como inquieta á su hijo: solia suceder esto los dias en que Edmundo estaba mas pálido y ensimismado que de costumbre. En esta inquietud de madre, Gustavo habia tomado una nueva resolucion, y estrechando la mano de la señora de Pereux, le dijo:



—Perded cuidado, aquí estoy yo.

Hé aquí lo que eran y lo que habian sido nuestros dos jóvenes hasta el dia en que les hemos conocido; grande y sincera afeccion el uno hácia el otro, algo obediente por parte del uno, un poco protectora y grave por parte del otro, á consecuencia de las circunstancias que hemos apuntado rápidamente.

Paseábanse, pues, nuestros dos jóvenes por debajo de los arcos de la calle de Rívoli una hermosa mañana del mes de mayo.

Iban conversando, cuando Edmundo se detuvo de repente delante de una tienda de tabaco.

—Aguarda, dijo á Gustavo, voy á tomar un cigarro.

—Es inútil, respondió este cojiendo á su amigo por el brazo.

—¿Y por qué?

—Porque el fumar te perjudicará.

—¿No fumas tú?

—Es muy diferente: yo estoy acostumbrado. Además, tu madre se enfadaria.

Edmundo guardó silencio y continuó su paseo.

En el momento en que llegaban á la calle de Castiglione, se detuvieron para ceder el paso á un caballero y á una joven que le acompañaba.

A pesar de la estacion, el caballero iba encerrado aun en un gaban á lo propietario. Su rostro indicaba una vida pasada tranquilamente; tenia de cincuenta á cincuenta y cinco años, canoso el pelo, llevaba un sombrero de copa baja y de alas muy anchas, y en la mano un junco de puño negro, y una condecoracion en el pecho.



Apenas miró á los dos amigos, los cuales quizás no habrian visto á la jóven á no mediar una circunstancia que vamos á referir.

Gracioso y simpático era el rostro de la jóven. Edmundo pudo apenas verlo, pues aquella andaba muy aprisa, y Gustavo miraba á otra parte.

La jóven, que parecia tener diez y seis ó diez y siete años, era mas bien pequeña que alta; llevaba un vestido ceniciento, una manteleta de raso negro, sombrero de paja, sombrilla verde, trage muy sencillo, como puede haberse notado, y que de ningun modo estaba destinado á llamar la atencion.

Edmundo y Gustavo iban á continuar su camino, cuando dejando la jóven el brazo de su padre, echó á andar de puntillas recogiendo un poco el vestido á fin de atravesar sin llenarse de lodo la calle de Rívoli, inundada de agua en aquel parage.

Se me preguntará cómo es posible que en aquella hermosa mañana de mayo la calle de Rívoli estuviese llena de agua, á lo que contestaré que si bien hacia á lo menos ocho dias que no habia llovido, hay en París una empresa que suple admirablemente la lluvia, la empresa de los riegos, la cual gana tan concienzudamente el dinero que se le dá, que no solo deja agua, sino tambien barro, donde quiera que pasa una de sus carretas.

Una de estas carretas acababa de pasar.

Decia, pues, que la jóven se recogió el vestido y Edmundo, que la seguia maquinalmente con los ojos, pudo ver dos piecitos coquetamente calzados, dos medias finas encima de los tobillos, y cuya linea se ensanchaba poco á poco, prometiendo



dos pantorrillas como solo las tienen las mugeres del Corregio y las estatuitas de Pradier.

Fuerza es confesar que nada hay tan atractivo como unas lindas pantorrillas.

No sé por qué; pero los piececitos que con los talones golpean el empedrado, las medias blancas bien estiradas, las piernas que solo se dejan ver un tercio y que sin embargo se dejan adivinar enteramente con lo poco que ponen de manifiesto, todo esto ejerce sobre la imaginacion de los hombres un poder inesplicable.

Añadiré que aun los vestidos que las mugeres se levantan al pasar por el lodo son uno de los mayores consuelos del invierno.

Edmundo era como todos los hombres; contempló durante algunos momentos aquellos dos piececillos tan lindos, tan delicados, tan precavidos, aquellas dos precoces pantorrillas, y dijo á Gustavo:

—Sin duda habrás visto á esa hermosa niña que acababa de pasar con su padre.

—No, respondió Gustavo.

—Mira, la que va allá, prosiguió Edmundo señalando á la jóven.

—¿Es bonita? preguntó Gustavo.

—Encantadora, amigo mio; mira, mira qué preciosas pantorrillas, qué pies tan chiquitines. ¿Te parece bien que la sigamos? añadió tímidamente Edmundo.

—¿Y para qué?

—Por el gusto de seguirla.

—¡Vaya un gusto! ¿de qué te ha de servir el seguir á una señorita que va con su padre?



—De nada; pero ya que nos paseamos, paseémonos contemplando tan buen par de pantorrillas.

—En cuanto llegue á las Tullerías, se bajará el vestido y nada verás.

—Entonces nos pasearemos delante de ella y la miraremos. Luego sabremos donde vive.

—¿Y para qué deseas averiguarlo?

—Quién sabe.

—Sigámosla, pues, ya que esto te divierte y nada tenemos que hacer.

Edmundo y Gustavo apresuraron el paso y pronto estuvieron á corta distancia de la jóven y del caballero.

Esté último, en cuanto hubo entrado en el jardín de las Tullerías, no teniendo ya que temer los carruajes por él y por su compañera, se puso los anteojos, y sacando del bolsillo un periódico, empezó á leerlo andando muy despacio en dirección al puente Real.

Su hija habia cerrado la sombrilla é iba á su lado.

Daumont y Pereux iban siguiéndola haciendo comentarios.

—Será la muger de ese caballero, decia Edmundo.

—¿Estás loco?

—Todos los dias vemos viejos que se casan con mugeres muy jóvenes.

—Se ve claramente que no es casada.

—¿Y en qué lo conoces?

—En todo, amigo mio: su ademan, su edad, su talle no son los de una muger casada.

—Como quiera que sea, debe ser encantadora. Pasemos por delante de ella para poderla ver de frente.



—Pasemos.

Los dos jóvenes redoblaron el paso, y cuando estuvieron á una pequeña distancia delante de los presuntos padre é hija, se volvieron como quien quiere ver á los que vienen detrás.

El movimiento y la intencion no escaparon á la joven, que bajó los ojos, pero sin afectar rubor y simplemente para no mirar de frente á dos hombres.

—¡Linda es! murmuró Edmundo.

—En efecto, dijo Gustavo; preciosa testa, ojos rasgados y magnífico pelo.

—Ya no te ha de pesar que la hayamos seguido.

—No; pero debes confesar que esto nos reportó poco provecho ó ninguno.

—No confesaré tal, pues nos reporta la ocupacion de ver á una niña bonita, ocupacion que no debe ser despreciada.

Y á pesar suyo, Edmundo se volvió de nuevo.

Esta vez la joven se sonrojó. La insistencia de Edmundo la ponía en un apuro.

El supuesto padre, engolfado en su periódico, nada veía.

—No la mires tan á menudo, dijo Gustavo á su amigo; esto podría desagradarle.

—Tienes razon; volvámonos detrás de ella, así no sabrá que la vamos siguiendo y podremos verla mas á nuestras anchas. Con tal de que hayan regado los senderos y viva muy lejos....

Edmundo y Gustavo se detuvieron; pero de tal modo, que la que seguian comprendió inmediatamente por qué se detenia, y aunque no les vió ni oyó mas, estaba segura de que iban detrás de ella.



Las mugeres adivinan siempre estas cosas.

La jóven presumia que la seguian, pero habria querido estar cierta de ello.

¿Era quizás por coquetería?

De seguro que no; cuando mas era por curiosidad y por ese sentimiento de vanidad que abrigan todas las jóvenes y que lisongea tanto mas un homenaje cuanto es mas indirecto.

Una muger raras veces se enfada porque la sigan, sobre todo cuando sabe, como la de que aquí tratamos, que de ningun modo ha autorizado esta galantería indiscreta y que se las há con hombres de educacion incapaces de una tentativa imprudente ó de mal gusto.

Quizás nuestra jóven no pensaba como nosotros sobre este particular; pero lo que podemos asegurar, y lo que repetimos, es que la curiosidad de los dos jóvenes no le disgustaba.

Las jóvenes se mueren por esas aventurillas en las que saben que nada tienen que temer, que les prueban que son mugeres, que se cuentan mutuamente, y que abren ancho campo á su imaginacion cuando están solas allá en la noche con sus pensamientos y esperanzas.

Nuestra heroína deseaba, pues, saber si la seguian los dos jóvenes: escusable era el desearlo, pero muy difícil el saberlo.

No porque temiese que su padre lo notára, sino porque no quería que los dos jóvenes adivináran su curiosidad y dedujeran de él algun augurio.

Despues de haber reflexionado largo rato, quitóse poco á poco un guante y lo dejó caer; luego dió algunos pasos como



no advirtiendo la pérdida que acababa de sufrir, pérdida que Edmundo y Gustavo observaron sin suponer que hubiera en ella segunda intencion.

—¡Magnífica ocasion! dijo Edmundo.

Y desprendiéndose del brazo de su amigo, corrió á recoger el guante en el momento en que la desconocida se preparaba á aparentar que lo habia perdido, creyendo que ya era tiempo.

—Señorita, dijo acercándose á ella, saludándola, devolviéndole el objeto caido y devorándola con los ojos, acabais de perder este guante.

—Gracias, caballero, respondió la jóven sonrojándose y bajando los ojos.

Y tomó el guante.

El viejo, oyendo que su hija hablaba con alguien, se detuvo, miró y dijo:

—¿Qué es eso?

—Papá, respondió la jóven, es este caballero que ha tenido la bondad de recoger un guante que se me habia caido.

El viejo dió las gracias á Edmundo sin mirarle siquiera y prosiguió leyendo.

Despues de este pequeño incidente, Edmundo reunióse de nuevo con Gustavo que le dijo:

—Y bien, ¿estás contento?

—Mucho, amigo mio; es encantadora, y no sé si me engaño, pero se me figura que lo que he hecho no la ha disgustado.

—La accion nada tiene de desagradable.

—Y sin embargo, el corazon me palpita.

—¡Vaya un loco! Ahora vámonos á casa.



—De ningun modo; quiero saber donde vive.

—¿Quieres continuar siguiéndola?

—No es cosa de detenerme en tan buen camino.

—Despues de lo que acaba de suceder, no es conveniente que sigas el mismo camino que ella.

—¿Quién lo sabrá?

—Ella.

—¿Cómo?

—Antes de diez minutos habrá hallado medio de volverse hácia nosotros. Yo conozco á esa clase de niñas.

—No me disgusta que sepa que la sigo.

—¿Pero qué provecho?...

—Nadie sabe lo que ha de suceder.

—Pero no te presentarás en su casa.

—Eso no.

—Ni la escribirás.

—Tampoco; pero sabré donde vive. Rondaré la casa y sin que tenga necesidad de hablarle ni de escribirle, á fuerza de encontrarme en su camino, comprenderá que estoy enamorado de ella, y esto será siempre un antecedente.

Ademas, á mí me gustan los amores platónicos. Un dia ú otro se casará sin duda alguna, y como un marido no es un padre, ni una esposa es como una hija, entonces haré que me presenten y la cortejaré.

—¡Diablos! pues no ves las cosas de poco lejos.

Entretanto padre é hija habian salido de las Tullerías y tomado el puente Real, por el que siempre pasa mucha gente. La desconocida creyó entonces que podia volver un poco la cabeza en medio de los que pasaban sin correr riesgo de



que el movimiento fuese visto. Miró, pues, rápidamente atrás, y vió á unos veinte pasos detrás de ella á sus dos perseguidores, á los cuales no escapó esta curiosidad.

—Ha mirado, dijo Edmundo.

—Ya te he dicho que miraría, respondió Gustavo.

—Nada tendría de particular que fuese casada.

—¿Con el viejo?

—No, pues le llama padre, sino con otro. Hay mugeres de su edad que cuentan ya un año de matrimonio. En fin, allá veremos.

Los dos amigos pasaron el tiempo haciendo suposiciones, y Edmundo, engañado por la mirada que la jóven le dirijiera al darle las gracias, construía en su imaginación una multitud de probabilidades muy lisonjeras para sus miras, pero que por lo mismo no se atrevía á comunicar á su amigo.

Digamos de una vez que Edmundo no era fatuo, sino por el contrario, de una timidez é inespencia notables en materia de amores, y cuando no se entiende pelota en materia tal, puede uno hacer tantas suposiciones como el más diestro en ella.

El caballero y su hija entraron en la calle de Bac, luego echaron á la izquierda internándose en la de Lille y detuviéronse en el número 18.

En el momento de pasar el dintel de la puerta, la jóven volvió á mirar, pero al soslayo y lo más imperceptiblemente posible, y vió de nuevo á los dos amigos.

—¿Qué harán ahora? se dijo.

Y como ella también entendía poco en materias de amor, empezó á temer que la historia del guante no fuese una gran imprudencia y que no hubiese cometido una falta peligrosa;



## CAPÍTULO II.



ENTRARON en el número 18, dijo Edmundo á Gustavo.

—Ya estarás contento.

—Sí, pero tiemblo.

—¿Por qué?

—Porque quizás no es esta su morada. Es muy temprano; habrá ido á almorzar junto con su padre á esa casa.

—Puede ser muy bien.

—¿Cómo haríamos para saberlo?

—Déjate de tonterías.

—Tengo empeño en ello.

—Pues pregúntalo.

—¿Y si vuelve á bajar mientras hablo con el portero?

—Te verá y quizás el padre te reconozca; esto es cuanto puede suceder.



—El padre no ha de conocerme, pues apenas se dignó mirarme cuando devolví el guante á su hija.

—Entremos, pues, no nos moriremos por eso.

Los dos jóvenes se adelantaron hácia la casa, pues se habian detenido para decirse lo que acabamos de referir.

Entretanto habia detrás de una persiana cerrada una linda cabeza que estaba mirando á los dos amigos y que no pudo reprimir un movimiento de sorpresa al verles que se dirijian hácia la puerta de la casa.

—Se me ha ocurrido una idea, dijo de repente Edmundo, despues de haber echado una mirada en torno suyo.

—¿Cuál?

—Vas á verlo.

—Señora, dijo á la portera, ¿hay en la casa algun piso para alquilar?

—Sí señor.

—¿Cae á la calle ó á los jardines?

—A la calle.

Despues de haber pedido pormenores acerca del repartimiento del piso y tratado del precio, Edmundo añadió:

—Es lo que me conviene: ¿podeis enseñarme la habitacion?

El jóven creia encontrar de nuevo á la desconocida; pero la escalera estaba desierta, y por consiguiente resignóse á no hacer mas que preguntas.

—¿Vive en esta casa un caballero entrado en años que tiene una hija? preguntó á la portera, aparentando visitar el cuarto que ni siquiera miraba.

—El señor Devaux, dijo la portera.

—Sí, asi creo que se llama. Su hija tendrá unos diez y



seis ó diez y siete años y se llama Julieta; si mal no recuerdo.

—No señor, se llama Antonina. Por cierto que ha vuelto á casa con su padre hace dos minutos.

—Es verdad; ahora recuerdo que se llama Devaux, y si la memoria no me es infiel, creo que es viudo; añadió Edmundo á salga lo que salga.

—Si señor; desde hace mucho tiempo. Edmundo largó á Gustavo una mirada que quería decir: «¿Te parece que lo entiendo?»

—Pobre señora Devaux, repuso Edmundo.

—Si quereis subir, dijo la muger, vive en el segundo piso.

—No, no quiero molestarle: lo que deseo es vivir en la misma casa que él. ¿En qué se ocupa ahora?

—Nunca ha dejado su profesion de médico.

—Ya, pero creia que se habia retirado.

—Visita todavía.

—Lo que me conviene es un aposento como este, dijo Edmundo que sabiendo ya cuanto queria saber, solo deseaba marcharse; mañana os diré terminantemente si me quedo con él.

La portera les encareció algunas otras ventajas del piso y nuestros dos amigos dejaron la casa prometiendo volver el dia siguiente.

—Portera, mas buena... dijo Edmundo á Gustavo cuando se vió en la calle, nada ha sospechado.

—Oh! eres todo un diplomático y ya has hecho carrera.

—¿No has oido, pues, lo que ha dicho?

—Estaba distraido.

—El tal señor Devaux es médico.

—Y qué? ¿y qué?



—Su profesion me abre las puertas de su casa.

—Espícate.

—Iré á consultarle.

—¿Para quién?

—Para mí.

—Pero tú no estás enfermo.

—No le hace; inventaré una enfermedad.

—A pechos tomas la aventura.

—¡Vaya! y no he de abandonarla mientras no sé me de-

muestra que pierdo el tiempo.

—Pues la abandonarás muy pronto; porque esa jóvenl

debe de ser muy honrada; me parece que está poco dispues-

ta á dejarse cortejar; y su padre la vigila sin duda.

—No me importa lo que puede suceder. Es bonita y me

gusta. Encuentro un medio para verla; pues espero que á

fuerza de ir á casa de su padre la hablaré otra vez y adivina-

rá el objeto de mis visitas; esté ó no esté enamorado; en todo

caso resultará una distraccion para mí; y como nada tengo

que hacer, agarro por los cabellos tan grata ocupacion. ¿Qué

te parece?

—Haz lo que quieras.

Esto diciendo, Edmundo y Gustavo se habian alejado de

la casa, no sin volver el rostro muchas veces.

La señorita Antonina no se habia movido de su punto de

observacion.

No hay quien no conozea las tendencias romancescas de las

niñas; de consiguiente no tenemos necesidad de esplicar la

preocupacion que naturalmente produjo en ella el encuentro

de la mañana.



Perdíase en conjeturas, en preguntas que se dirigia á sí misma, tratando de investigar sobre todo lo que los dos jóvenes habian dicho á la portera. Cosa poco difícil de saber era esta y ya hallaria ella medio de descubrirlo.

Es fuerza que los jóvenes pasen el tiempo y empleen en algo la imaginacion.

Durante los dos años que siguen á la salida del colegio y que preceden al matrimonio, en fin, de los diez y seis á los diez y ocho años, las niñas se ocupan por demas de la gran cuestion del amor, acerca de la cual se engañan casi siempre la primera vez que la abordan. Todo, aun para las mas castas, se convierte en pretesto de meditacion y sirve de base á sus hermosos castillos de naipes que levantan en su joven ignorancia y que se desploman al soplo mas leve. Cortas esperanzas y cortas decepciones que no atacan el corazon y que son solo sueños del alma que va despertando.

Pregúntese á la esposa mas honrada cuantos nombres resonaron dulcemente en su oido antes de que se casara, y confesará siempre tres ó cuatro de esas pasiones que, durante un dia á lo menos, creyó que debian ser eternas y de las cuales se rie á carcajada suelta cuando por casualidad se encuentra en el mundo con los que las inspiraron.

¡Y qué de sombras pasan por delante de ese puro espejo que se llama una niña, reflejándose en él un instante y desapareciendo sin dejar huellas de su paso!

La tradicion de los primitos se encuentra siempre en las niñas.

No se estrañará, pues, que la insistencia de los dos amigos ocupase un poco á Antonina Devaux.



—Mañana sin mas tardar iré á ver al padre de Antonina, decia Edmundo.

—¿La llamas ya Antonina á secas?

—Vamos, confiesa que es digna de ser adorada. ¡Qué piecitos, qué maneras, qué aire tan distinguido! Hay cosas que comprendo perfectamente.

—¿Y qué cosas son esas?

—Comprendo que uno se enamore de buenas á primeras, como en las novelas del siglo décimo octavo.

—Es posible, pero esta clase de amor dura poco tiempo.

—¿Por qué?

—Porque en este caso solo se está enamorado por los ojos, y el amor tiene tambien necesidad de raciocinio. Los amores verdaderos nacen y se desarrollan por la comparacion, por los pormenores, y no á la primera mirada.

—Pues no es menos cierto que si de aquí á la noche pudiera pedir la mano de la señorita Devaux, obtenerla y casarme con ella, lo haria sin reparo.

—¡Buen negocio!

—¿Qué quieres? yo soy así.

—Dentro de dos dias la habrás olvidado.

—Se me figura que te engañas.

—Mil veces te he oido hablar como ahora.

—Es verdad; pero no me referia á mugeres como esa, sino á mugeres que tenian ya una profunda esperiencia del amor, al paso que hoy se trata de una jóven que no ha amado aun.

—Y tú qué sabes?

—Es probable.



—Nada hay de probable con respecto á las mugeres.

—Como quiera que sea, no tardaré en saberlo. Lo que me da á entender que esta impresion será mas duradera de lo que tú crees, es que aunque he visto muchas jóvenes de la misma edad que Antonina, y quizás mas lindas, no he sentido por ninguna de ellas lo que por ella siento.

—Prefiero á Nicheta.

—Nicheta es hermosa; pero no creo que te atrevas á compararla con Antonina.

—Nicheta es una muger de las que convienen á mozos de tu edad, alegre, linda, espiritual, buena muchacha. Si llegas á enamorarte de la señorita Devaux, pues es imposible que lo estés ya, solo pueden sucederte tres cosas: que sea tu querida, que sea tu esposa, ó que no te quiera ni como amante ni como marido.

—En los tres casos resultará para tí un fastidio, sino resulta una desgracia.

Si llega á ser tu querida, cosa poco probable, no solo á causa de la virtud que tener pueda, sino tambien á causa de la vijilancia de que sin duda está rodeada, te hará padecer el verla pocas veces; tendrás que vencer dificultades sin cuento; te echarás en cara el haber descarriado de sus deberes á una niña honrada, y el dia en que, fatigado de todo, trates de romper con ella, no podrás hacerlo sin pasar por hombre de malos sentimientos.

—Si llega á ser tu esposa, un dia ú otro advertirás inevitablemente que cometiste un disparate, pues será siempre disparate casarse con una muger, viuda ó doncella, solo porque al recojerse el vestido para evitar las cascarrías, dejó ver



unas buenas pantorrillas. Si, finalmente, te manda á paseo, con el carácter sentimental que te distingue, te tomarán por un insípido plagio de Werther, tipo muy hermoso en una novela, pero muy poco grato en el mundo. Renuncia, pues, á esta broma, y no hablemos mas de ello.

Has visto pasar á una muchacha bonita que tiene unos piés muy diminutos y unas pantorrillas bien hechas; la has seguido, has recojido su guante, sabes su nombre y las señas de su casa, ¿qué mas quieres? ¿qué ridícula idea es esa de querer hacer grave una niñada?

—Mira, Gustavo, yo soy de los que creen que todo está en poco. Soy fatalista y estoy convencido de que los grandes acontecimientos de nuestra vida dimanán de las casualidades mas pequeñas. En nuestro destino no hay cosa inútil.

¡Cuántas personas, volviendo los ojos al pasado, encuentran incidentes tan indiferentes como el de esta mañana y observan que han representado un papel importante en su existencia! Soy jóven, nada tengo que hacer, soy rico, me dejo guiar por mis sentimientos mas que por la razon; lo sé; pero soy honrado, no temo que me deje arrastrar mas allá de los primeros límites de lo leal y de lo justo, y me he prometido abandonar mi vida á la corriente de las circunstancias, ya me lleven á la calma ó á la tempestad.

No diré que amo á Antonina; pero sí que de todo cuanto podria hacer, lo que mas me gusta en este momento es ocuparme de ella, y así lo hago; condúzcame esta ocupacion al amor ó á la indiferencia, al placer ó al dolor, no me importa.

—Ni una palabra mas. Al fin y al cabo no puede resul-



tar de esto una gran desgracia. Estamos en verano, puedes rondar la calle sin peligro de constiparte; entrégate, pues, á este capricho, y si llega á tomar proporciones, y puedo serte útil, piensa en mí.

Los dos amigos se dieron un apretón de mano, y hasta que llegaron á la puerta de la casa de la madre de Edmundo, que vivia en la calle de Trois-Freres, no volvieron á hablar de la señorita Devaux.

Al llegar á la puerta de la indicada casa, Gustavo se dispuso á despedirse de Edmundo.

—¿No subes á ver á mi madre?

—No, no tengo tiempo.

—¿A dónde vas, pues?

—Voy á casa de Nicheta, á quien no he visto hace dos dias.

—¿Cuándo te veremos?

—Esta noche sin falta.

—Pues hasta la noche.

Estrecháronse la mano y se separaron.





---

### CAPÍTULO III.

---



DMUNDO recorrió un ancho peristilo, subió una gran escalera á la derecha, y al llegar á la segunda meseta, llamó á una doble puerta y preguntó á un criado que salió á abrir:

—¿Mamá está en casa?

—Sí, señorito, respondió el criado.

Edmundo atravesó un vasto aposento amueblado con mucha elegancia y entró en un gabinete.

Junto á la ventana abierta, una muger estaba sentada en un sillón é inclinada hácia la labor; bordaba un tapiz.

Tenia esta muger treinta y nueve años, pero solo aparentaba treinta y dos á lo mas; todavía era hermosa, parecíase á Edmundo, pero mas bien como hermana que como madre.

Estaba vestida con cierta coquetería, llevaba un precioso vestido de muselina y en la cabeza uno de esos bonitos gor-



ros formados de encajes y cintas que las mugeres sostienen sobre el cabello no se sabe cómo.

Al entrar Edmundo, la señora de Pereux le dirigió una mirada llena de dulzura, y una sonrisa de gozo iluminó su rostro.

En aquella sonrisa habia mas que ternura, habia casi amor.

Procuraríamos dar á conocer lo que madre é hijo eran el uno para el otro.

La señora de Pereux se habia casado á los diez y seis años; á los diez y siete habia tenido un hijo que era Edmundo, y solo contaba veinte años á la muerte del señor de Pereux.

La buena esposa habia amado á su marido al principio por deber, luego por hábito, despues por afecto. Lloróle sinceramente cuando murió, y, cosa rara en viudas jóvenes, no pensó ni en un nuevo casamiento, ni en usar de la libertad que la viudez le daba. Sin embargo, era hermosa, muy hermosa, y no faltaban pretendientes; pero los pretendientes fueron rechazados.

Con todo, como á la edad que tenia la señora de Pereux es preciso que la necesidad de amor que Dios ha puesto en todos los corazones jóvenes y nobles se fije en algo, sino en alguno, Edmundo ocupó enteramente el corazon de su madre.

Edmundo era débil, tenia tres años y reclamaba todos los cuidados mas maternos, y la señora de Pereux se entregó á él sin sacrificio, sin esfuerzo alguno. El niño fué delicadamente criado, creció al calor de aquella continúa ternura, y no habiendo conocido nunca, por decirlo así, mas que á su madre, puso en ella sola la doble afeccion que la naturaleza ha co-



locado en el alma de los niños por aquellos que les han dado la vida.

La señora de Pereux renunció al mundo, ó á lo menos al mundo de los salones y de los bailes.

Un pequeño círculo de amigos, apreciados de su marido y consultados á menudo acerca de la educacion que era preciso dar á Edmundo, formaba toda su sociedad.

Así el niño se hizo hombre.

Cuando tuvo quince años, como hemos visto en el primer capítulo de esta historia, cedió á los consejos de sus amigos y llevó á su hijo al colegio, á fin de que adquiriese en la sociedad completa de los hombres una idea mas seria de la vida.

Los cuidados con que la jóven madre siguió á su hijo hasta en el colegio, son indescriptibles.

Iba á verle casi todos los dias y sintióse llena de gratitud y de afeccion hácia Gustavo cuando Edmundo le hubo participado la proteccion que su nuevo camarada le dispensaba.

De esta primera educacion completamente femenina habia nacido en el alma del jóven una gran necesidad de expansion, de simpatía y confianza que confesó enteramente á su madre. Añádase á esto un cierto sentimentalismo nativo, una melancolía natural, una poesía innata que hacian de Edmundo un ser amable y hermoso, el alma de una muger bajo la cubierta de un hombre.

Amaba á su madre, como ésta á él, esto es, veia en ella otra cosa que la muger que le habia dado á luz. Si bien recordaba los asíduos cuidados de que le habia rodeado, cuando estuvo en edad de poder raciocinar, comprendió el enorme sacrificio que habia hecho, consintiendo, jóven, hermosa y rica



como era al morir su marido, en consagrar su vida á la educacion de un niño.

Sucedió, pues, que á la edad en que el hombre siente en el corazon la vaga necesidad de amar á personas que no son sus padres, Edmundo, que la esperimentó como los demás hombres, sintió que su corazon redoblaba, en otro sentido por decirlo así, su cariño hácia su madre.

En efecto, aquella madre que era jóven aun, que no amaba mas que á él, que podia ser su hermana y que aun podia inspirar amor, llegó á ser la confidente de las primeras impresiones de su hijo.

La hizo preguntas con toda naturalidad y sin avergonzarse acerca de lo que esperimentaba y ella se lo esplicó.

La intimidad del hijo y de la madre creció con estas revelaciones, y Edmundo empezó á amar á la señora de Pereux un poco como habria amado á una desconocida que hubiese sido la primera en hacer latir su corazon. Ella por su parte se enorgullecía de la belleza y nobles sentimientos de su hijo, sentimientos y belleza que le debia él, y este grano de amor terrestre que queda siempre en el fondo de la muger confundióse con la afeccion materna y le dió nuevos encantos.

Tanto era así, que en ciertos dias se habria tomado á la madre y al hijo por una muger y su amante, tanta era la dulzura, la confianza, la terneza que dominaban en sus conversaciones.

Muchas veces Edmundo se sentaba á los pies de su madre, á quien no podia menos de admirar; descansaba la cabeza sobre sus rodillas y hablaba con ella, durante horas enteras, de su juventud, obsequiándola como á una querida, estrechando



sus manos, abrazándola. Exigió que su madre se presentase en la sociedad; estaba orgulloso de ella, la enseñaba. Lo que sentia por la señora de Pereux era mas que amor, era devocion.

De suerte, que, como habrá podido observar el lector, cuando Gustavo no queria que su amigo hiciera alguna cosa, no tenia mas que proferir estas mágicas palabras:

—Esto disgustará á tu madre.

Durante mucho tiempo esa necesidad de amar solo se manifestó en Edmundo por una exageracion de sensibilidad, y su madre le bastaba entonces; pero llegó un momento en que echó de ver que le era preciso pedir á otras mugeres el complemento de las sensaciones que ignoraba aun.

La señora de Pereux observó muy pronto lo que pasaba en el espíritu de Edmundo, pues se habia vuelto mas meditabundo y le daban vergüenza sus nuevos pensamientos, pues entregándose á ellos le parecia que robaba algo á su madre. Entonces fué cuando la jóven viuda, cuyà proteccion tenia un límite, confió Edmundo á Gustavo y se lo recomendó.

—Cuidad de mi hijo en sus primeras relaciones, le dijo; sé cuanto le amais y la amistad que os profesa. No olvideis que su salud es delicada, que su alma es tierna; en una palabra, no olvideis que le quiero. Nada mas tengo que añadir.

Gustavo habia prometido de todas veras lo que se le pedia, y su amigable vigilancia habia empezado.

Indiquemos de paso que Gustavo, naturaleza ardiente y vigorosa, habia estado durante seis meses enamorado de la señora de Pereux, á la cual, sin embargo, nunca habia hablado de su amor nacido en el colegio, y que si bien este amor



habia desaparecido, habia dejado en su alma una abnegacion y una religion profunda por aquella muger que habia sido la primera que turbára sus sentidos.

Quedábale de este amor á corta diferencia lo que queda de un perfume que se ha evaporado sin saber cómo. Los ojos y las manos no lo encuentran; pero se deja sentir sin cesar y tal vez mas grato desde que no existe de una manera visible.





---



---

## CAPÍTULO IV.

---



ERA, pues, una tierna afeccion por una y otra parte. La madre hacia ahora lugar á la muger, como quince años antes la muger habia hecho lugar á la madre. En la tutela de la señora de Pe-reux no habia ni sospechas ni reproches, y la obediencia del hijo estaba destituida de fastidio y miedo. Cuando Edmundo fué mayor de edad, quiso su madre darle cuenta de la fortuna de su padre; pero aquel la riñó suavemente, diciendo:

—Esta es la primera vez que dudas de mí.

En invierno iban juntos á los bailes; Edmundo sentia un verdadaro placer viendo bailar á su madre, que por su parte recojia con satisfaccion los elogios que le hacian de su hijo. En verano iban al campo; por la tarde paseaban como dos enamorados, montaban á caballo y recibian visitas.



Finalmente, la señora de Pereux, que nunca habia vivido de la vida exterior, tenia el alma de la misma edad que Edmundo.

Algunas veces Edmundo se habia echado á llorar de repente á la idea de que un dia su madre envejeceria y moriria. Entonces se preguntaba qué seria de él.

Así estaban y habian estado siempre las cosas. Edmundo volvió, pues, á su casa despues del encuentro de Antonina.

Edmundo habia referido un incidente muy curioso de la vida de Nicheta á su madre. Ella lo escuchó con los ojos llenos de lágrimas y quiso conocer á la heroína. Nicheta era modista, y por consiguiente fué fácil hallar pretexto para atraerla á casa de la señora de Pereux, que la habia tomado cariño y que, sin aparentar que sabia sus relaciones con Gustavo, pasaba horas enteras hablando con ella y la daba consejos que la jóven escuchaba con deferencia, porque Gustavo le habia dicho que la señora de Pereux era una santa, y ella creía todo cuanto le decia Gustavo.

— Creemos que ya es tiempo de que refiramos á nuestros lectores el precioso modo como Daumont habia conocido á Nicheta y lo que tan sinceramente le unia á ella.

— Un dia, hacia ya diez y ocho meses, á cosa de las ocho de la mañana, Gustavo que, como puede verse, se habia levantado muy temprano, se paseaba por el mercado de las flores de la Magdalena. Algunas personas hacian sus compras primaverales. Una muger que llevaba un lindo vestido de indiana, sombrero de paja y un chal de merino, al cual las caderas daban cierto movimiento, deteníase delante de todas las tiendas, y cada vez mas parecia que no hallaba lo que



andaba buscando, pues después de un corto exámen, echaba á andar de nuevo, á pesar de las invitaciones de las vendedoras que la decian: «Mirad, hermosa niña; escojed.... ¿Qué es lo que necesitais?»

Gustavo veia desde lejos á la difícil compradora, y cuando estuvo cerca de ella, vió que era muy bonita. De pardos ojos con aquel matiz casi verde que servia de rima á no recuerdo qué poeta cuando dirigia improvisaciones á la señora de Nevers, de cútis blanco como la leche, algo arremangada la nariz, de color de cereza la boca, con un gracioso hoyuelo en la mejilla derecha, y en la izquierda otro hoyuelo y un lunar, tal era la jóven. Pero lo que contrastaba notablemente con sus rasgados ojos y sus negras cejas era el pelo rubio como el trigo, dorado como si un rayo de sol lo iluminara sin cesar, y que rizado en lijeros bucles en torno de la cabeza la daban una forma á lo Wateau, completamente original.

El primor y movilidad de aquella fisonomía tenian un algo así como de gata.

Gustavo se detuvo á pesar suyo para contemplar tan hermoso rostro, que cualquiera habria tomado por una pintura desprendida de la tela y animada por el vivificante amor de un nuevo Pigmalion. La jóven, que contaba á lo mas de diez y ocho á diez y nueve años, era chiquitina, alegre, vivarachita, coqueta.

Como de vacilacion en vacilacion habia llegado á los últimos puestos de flores, sin duda dijo para sí que ya era hora de decidirse, y se detuvo delante de una vendedora ni mejor ni peor provista que las otras. Gustavo se detuvo tambien aparentando que deseaba comprar alguna cosa.



—¿Cuánto quereis por este rosal? preguntó la desconocida á la vendedora estendiendo la manecita enguantada hácia uno de los vasos de flores simétricamente colocados y con un tono de voz muy armonioso.

—Cuarenta sueldos.

—¡Cosa mas cara!.... exclamó la griseta.

—Observad que es lo mas hermoso que tengo, niña mia. Mirad qué rosas, y estos pimpollos se abrirán dentro de dos dias. Con este rosal teneis para todo el verano.

—Esto es lo que yo no creo; el vaso tiene cal en el fondo y la planta no vivirá quince dias.

—¿Quereis que quite la tierra para que os convenzais de vuestro error? ¡Cal en mis rosales! No faltaba mas.... En fin, si este no os gusta, aquí teneis otros; pero no respondo de ellos como de este.

—Este es el que á mí me gusta; pero no quiero dar por él cuarenta sueldos.

Gustavo escuchaba este diálogo.

—¿Cuánto dais, pues, por él?

—Veinte sueldos.

—Dadme treinta y lleváoslo.

—No.

—Os aseguro, hija mia, que perderé si os lo doy por menos de treinta.

—Me pasará sin él. Vamos, ¿me lo dais?

—No puedo.

La jóven dió un paso para marcharse.

—Señorita, le dijo entonces Gustavo quitándose el sombrero, ¿me permitireis que os ofrezca este rosal que tanto os gusta?



—Yo no puedo aceptar, caballero, pues no tengo el honor de conoceros, respondió sonrojándose Nicheta.

—Este es un medio para que nos conozcamos.

—¿Me imponeis condiciones?

—Ninguna: solo os pido permiso para ofreceros este rosal y algunas otras flores, si hay otras que os gusten.

Nicheta miró sonriéndose á Gustavo: la vendedora la hizo una seña como aconsejándola que consintiera.

—Pagad vos una mitad y yo pagaré la otra, dijo Nicheta.

—No, contestó Gustavo, quiero ofreceros este rosal; no me arruinaré por esto. Debeis pensar que para nada me he de creer autorizado en cambio de un rosal que vale cuarenta sueldos.

—Acepto, pues, dijo Nicheta. Dadme el rosal, buena muger.

—Aquí está, hermosa niña, contestó la vendedora.

Y entregó el vaso á Nicheta que lo recibió en sus brazos.

—Voy á mandar que os lo traigan á casa, dijo Gustavo.

—Es inútil.

—Permitidme, pues, que lo lleve yo.

—No, quiero llevarlo yo misma.

—¿Está muy lejos de aquí vuestra habitacion?

—Vivo en la calle de Godot.

—¿Me permitireis que os acompañe?

—Puesto que he aceptado vuestro ramo, bien puedo aceptar vuestra compañía.

Los dos jóvenes se encaminaron conversando hácia la calle de Godot. Conversacion de personas que acaban de conocerse; curiosidad por parte del hombre, reserva por parte de la muger.



Llegado que hubo al portal de la casa en donde vivia, Nicheta dijo á Gustavo tendiéndole la mano:

—Gracias, caballero.

Y se dispuso á entrar.

—¿Me permitireis, señorita, que venga de vez en cuando á saber de vos? preguntó Gustavo.

—Cuando querais, caballero; paso el dia en casa trabajando.

—De dos á cuatro, ¿os parece bien?

—Siempre me hallareis.

—¿Y por quién preguntaré?

—Por Nicheta. No me llamo así, pero así me llaman, y se me conoce mas por este nombre de gata que por el verdadero mio.

Gustavo besó la mano de Nicheta, que corrió al cuarto del portero en busca de la llave y subió muy alegre los cinco pisos.

Fué á verla el dia siguiente y la encontró haciendo un sombrero junto á la ventana abierta, en la que se desplegaba magestuosamente el rosal de la víspera.

Nicheta no tenia tantas pretensiones de virtud como la Rigoleta de Eugenio Sue; era mas humana. Habia tenido amores, no muchos, pero los habia tenido.

No se lo ocultó á Gustavo, quien dijo para sus adentros: «Si ha amado á otros, no hay razon para que me dé á mí calabazas.»

Bella era Nicheta; pero nunca sabia lo que queria. En aquella época era un pajarillo bajo la forma de muger. Gustábanle el teatro y el campo, y segun decia, solo una cosa



le disgustaba, los amores largos y serios. Creía que el amor era una cosa agradable, pero lo comparaba á los vestidos diciendo que convenia cambiar de ellos con frecuencia.

—Pues bien, la dijo Gustavo, os amaré como queráis que os ame, y me marcharé el día que gustéis.

—Escuchad, hagamos un convenio, le respondiera Nicheta con aquella vocesita y aquel gesto que la caracterizaban; nos amaremos mientras viva el rosal que me disteis. En el fondo del vaso hay cal, pero os prometo regarlo todos los días.

Original le pareció á Gustavo el convenio, pero no vaciló en suscribir á él.

Nicheta fué su querida; pero á los seis meses el rosal vivía aun y la jóven no estaba por esto menos contenta de lo estipulado.

Fuerza es decir que Gustavo se habia acostumbrado tanto á la amable griseta, que hubiera llorado la muerte del rosal y habria sentido que la jóven le despidiera, fiel al convenio, al caer la última hoja seca.

Sin embargo, la longevidad de una planta abrasada por la cal no dejó de admirar á Gustavo, quien pasando un día por el mercado de la Magdalena en direccion á la casa de Nicheta, se detuvo para comprar un ramillete á la muger que le habia vendido aquel patriarca de los rosales.

—¿Os acordais, la dijo, del rosal que ofrecí á una señora hace cosa de seis meses?

—Me acuerdo perfectamente, contestó la vendedora conociendo á Gustavo.

—Pues habeis de saber que vive todavía.



—Pues si vive, ¿cómo es que la misma señorita ha venido á comprarme despues otros cuatro diciendo que el primero habia muerto?

Gustavo se esplicó entonces la longevidad del rosal. —

Para que estuviese persuadido de que el rosal no se moria, cada vez que se despojaba de sus hojas, Nicheta le reemplazaba con otro, y cuatro veces hizo esta operacion sin que Gustavo notára la superchería.

Era que amaba á su amante y no queria que la dejára.

Gustavo corrió á verla y la abrazó loco de contento. Confesóle ella la verdad, y desde aquel dia apenas se separaron.

Gustavo habia contado el lance á Edmundo, que deseó conocer á Nicheta, por la cual sentia una verdadera afeccion á que la jóven correspondia con gratitud.





## CAPÍTULO V.



DMUNDO iba muchas veces á conversar durante horas enteras con la jóven en su pequeña habitacion de la calle de Godot, que Gustavo enriquecía todos los dias con nuevos muebles. Trabajaba ella continuamente, inclinando la cabeza ya á la izquierda ya á la derecha para ver el efecto de su obra, con movimientos de motolita que se mira en la corriente de un rio.

Su rubio cabello peinado en bucles al rededor de la cabeza le formaba una como corona debajo de su gorrito de tul, flores y cintas que Gustavo le exijia que se pusiera, porque cuidaba con particular solicitud de aquella cabeza rubia y sonrosada.

La señora de Pereux creia que estas relaciones no serian eternas; pero conocia la verdadera afeccion de Gustavo por Nicheta, y habia querido santificar por medio de una especie



de proteccion aquella prueba de amor que la jóven habia dado al compañero de su hijo, y dar las gracias á Gustavo por la buena amistad con que distinguia á Edmundo.

Era la señora de Pereux demasiado pura para no ser superior á las preocupaciones, y dos ó tres veces, aparentando siempre que ignoraba las relaciones entre la griseta y Daurmont, habia recibido á la jóven en su casa; de suerte que Nicheta, que conocia todo lo delicado de la conducta de la señora de Pereux, se habria arrojado al fuego por ella.

—¿Qué es lo que tienes esta mañana? dijo la madre al hijo en cuanto este le hubo besado la mano y sentándose, segun costumbre de su infancia, en una almohada que á sus pies habia.

—Nada, mi buena madre; me he paseado con Gustavo.

—¿Cómo no ha subido á verme?

—Porque debia ir á la calle de Godot; pero esta tarde vendrá.

—¿Qué tienes? se me figura que estás distraido.

—Vamos, todo lo adivinas, mamá.

—¿Pues qué sucede?

—Tranquilízate; nada de particular, una aventura muy sencilla.

—Cuenta, cuéntame.

La señora de Pereux emprendió de nuevo la labor, preparóse á escuchar, y Edmundo le refirió lo sucedido aquella mañana.

—¿Y la señorita es bella? preguntó la madre.

—Encantadora.

—¿Rubia?

—Morenita.



—Va á amarte en cuanto te conozca.

—¿Por qué dices eso, mamá?

—Seria de ver que no amára á mi Edmundo. Pero mira, hijo mio, sé prudente.

—¿Qué imprudencias quieres que cometa?

—¿Que sé yo? Los enamorados son siempre imprudentes.

—Es que yo no estoy enamorado todavía.

—Poco te falta.

—Y si llego á estarlo, ¿me reñirás?

—¿Reñirte, Edmundo? Si amas á esa jóven y te corresponde, si pertenece á una familia honrada, pedirás su mano á su padre que te la dará con mucho gusto, y en vez de un hijo, tendré dos, aunque debo decirte que siempre amaré mas al uno que al otro.

—No hay como tú para arreglarlo todo.

—Todo esto es muy posible. Yo me casé con tu padre sin conocerle, por decirlo así; bien puedes tú casarte con una jóven que te guste.

—¿Qué buena eres!

—¿Me lo contarás todo?

—Ya sabes que nunca te he ocultado nada.

—¿Qué piensas hacer?

—Mañana me presentaré al señor Devaux.

—¿Con qué pretesto?

—Con pretesto de que estoy enfermo y voy á consultarle.

Al oír estas palabras, la señora de Pereux se puso pálida de una manera visible.

—¿Qué es eso, mamá?

—Nada, hijo mio. Quisiera que fuese otro el pretesto.



—¿Por qué razon?

—Ya sabes que soy muy supersticiosa.

—No temas, mamá; ya ves que estoy muy bueno.

La señora de Pereux abrazó á su hijo llenos de lágrimas los ojos.

—Vamos, ya estás llorando, dijo Edmundo, poniéndose de rodillas y estrechando las manos de su madre. ¿Por qué lloras? ¿Te he afligido?

—Ya no lloro, hijo mio. Pienso solo en la posibilidad de que te cases, y me aflige la idea de que amarás á tu esposa mas que á tu madre.

—Eso nunca, bien lo sabes tú.

—No digas tal, niño. Yo solo deseo que seas feliz, es todo lo que pido á Dios.

No era este pensamiento el que habia humedecido los ojos de la señora de Pereux, pues si habia de conmovérle, lo habria ya hecho á las primeras palabras que su hijo la dijo.

¿Qué temores eran estos que así habian asaltado de repente el corazon de la jóven madre?

Hizo cuanto pudo para que Edmundo olvidára aquel momento de tristeza; emprendió de nuevo la labor, mudó de conversacion y hasta se puso contenta.

Pero Edmundo, que conocia el carácter de su madre, vió fácilmente que aquella alegría no era franca y que habia alguna cosa que la preocupaba.

Por la noche la señora de Pereux llamó á Gustavo á un lado y le dijo:

—Procurad que Edmundo no vaya mañana á casa del señor Devaux.



---



---

## CAPÍTULO VI.

---



DAUMONT pasó la noche en casa de la señora de Pereux, que rogó á su hijo que fuera por un libro que deseaba leer, alejándole así durante algun tiempo, pues queria quedarse á solas con Gustavo. —¿Edmundo os lo ha contado todo? preguntó Gustavo á la madre de su amigo.

—Todo.

—¿Y os ha dicho que se presentaría mañana al señor Devaux?

—Sí, y esto es lo que quiero impedir.

—Tambien he tratado de impedirlo yo por las mismas razones que vos.

—¿Qué bueno sois, Gustavo! dijo la jóven madre tendiendo la mano á Daumont, y ¡qué feliz soy viendo que mi hijo tiene un amigo como vos! Habeis comprendido lo inquieta que



esta visita debe dejarme. Sabeis que el señor de Pereux murió tísico, y que desde el nacimiento de Edmundo tiemblo pensando que mi hijo puede adquirir esta enfermedad que suele ser hereditaria. Vos sabeis como le he criado; cual ha sido la solicitud de mi amor por él hasta el dia presente: he ocultado siempre á Edmundo, que se conmueve fácilmente, la causa de la muerte de su padre: tiemblo que el doctor sorprenda lo que temo yo saber, y que por lo que le ordene adivine mi hijo el origen del ensimismamiento, de la languidez, del malestar frecuentes de que no he podido triunfar, y que fueron síntomas primeros de la enfermedad que mató á mi esposo.

—Vuestro médico os ha tranquilizado con respecto á la salud de Edmundo.

—Mi médico díjome un dia, cuando Edmundo contaba apenas seis años: «Cuidad mucho el pecho de este niño.» Desde aquel dia, viendo el efecto que en mí produjo el consejo, nada mas me ha dicho.

—Es que el peligro ha desaparecido, señora. Los cuidados que á Edmundo habeis prodigado destruyeron el principio del mal, dado caso que el principio existiera. Durante los tres años que fuí en el colegio su asíduo camarada, nunca observé en él síntoma alguno de los que temeis, y en los cinco años trascurridos desde nuestra salida del colegio, nada me ha hecho sospechar que estuviese enfermo.

—Sin embargo, acabais de decirme que por las mismas razones mias tratasteis de impedir que Edmundo fuese á visitar al doctor.

—Conozco vuestros terrores de madre, señora, y aunque



no participo completamente de ellos, sé tambien que Edmundo es de salud débil, y deseaba, puesto que ignora esta circunstancia, evitar que un extraño se la revelára. Mas que tenga una hija muy bella, el señor Devaux es quizás un avestruz, y puede decir á Edmundo sin miramiento alguno, ora porque sea cierto, ora porque quiera adquirir un nuevo cliente: «Estais muy enfermo.» Con el carácter impresionable que le distingue, Edmundo se conmoviera profundamente y seria capaz de ponerse enfermo al oír tales palabras, por mas que no lo estuviese. Tenia, pues, el mismo pensamiento que vos; pero no los mismos temores.

—Quereis tranquilizarme, Gustavo, y os lo agradezco; pero vos abrigais los mismos temores que yo, puesto que tratais á mi hijo como un padre; donde mi influencia debia terminar ha comenzado la vuestra, y gracias á vos, Edmundo no tiene ninguno de los defectos, ni siquiera ninguno de los hábitos de los jóvenes de su edad: y os lo debo á vos, y no necesito deciros la gratitud que vais amontonando en el fondo de mi corazon.

—¿Sabeis, señora, con qué palabra mágica consigo que Edmundo no haga lo que creo que podria dañarle?

—No.

—Le digo simplemente: «Esto aflijiria á tu madre.»

—¿Me ama, pues, mucho?

—Con idolatría.

—¡Hijo mio! como yo á él. Pero él puede hallar en otra parte distracciones que yo solo hallo en él. Mi alma no está donde él no está: durante veinte años solo por él he vivido. Juzgad pues de mi terror á la idea de que esté afectado de



la misma enfermedad que su padre, muerto antes de los treinta años.

—Para probaros, señora, cuan persuadido estoy de que vuestros temores son infundados, permitidme que os pida un consejo.

—Decid, amigo Gustavo.

—¿Habeis consultado alguna vez á vuestro médico acerca de Edmundo?

—Nunca.

—Pues bien, yo en vuestra situacion le dejaria ir á casa del señor Devaux, y por la noche iria yo misma á preguntar la verdad al doctor.

—¿Y si confirma mi incertidumbre? No; prefiero estar en duda: la verdad me mataria. Temo tanto que mis sospechas sean fundadas, que si mañana Edmundo enfermára, no me atreveria á llamar á los médicos, en la aprension de que con la terrible serenidad de la ciencia me dijeran lo que por desgracia no puedo cesar de creer.

—Haré todo lo posible para que Edmundo no vaya á ver al señor Devaux.

—Gracias.

—No os prometo salirme con la mia, pues creo que está resuelto firmemente á continuar la aventura de esta mañana.

—Haced cuanto podais.

Pocos momentos despues, Edmundo se presentó con el libro que su madre le pidiera, y se presentó tan alegre, que parecia desmentir la conversacion tenida durante su ausencia.

—Tú has corrido, le dijo su madre.

—Sí.



— Vienes muy cansado.

— Nada de eso, mamá.

— ¿Y no te daña el correr?

— Te juro que no. Aquí está el libro.

— Gracias, Edmundo.

La señora de Pereux besó en la frente á su hijo y le cojió las manos.

— Tus manos abrasan.

— Siempre las tengo así.

— ¿Y no padeces?

— Nunca me he sentido tan bueno: Por lo demás, tú sabes, mi buena mamá, que nunca estoy enfermo.

No necesitamos explicar el sentimiento que, despues de la conversacion de Gustavo, movia á la señora de Pereux á dirigir estas preguntas á su hijo.

— Me alarmo sin motivo, dijo ella para sí, y fijó los ojos en Edmundo estudiando su rostro, su color, su espresion.

Edmundo estaba tranquilo y alegre, aunque algo pálido.

Gustavo cambió una mirada con la señora de Pereux. Esta respondió con una sonrisa que se traducia así:

«Teneis razon: sin duda ando equivocada»

Cuando á cosa de las once Daumont se despidió de Edmundo y su madre, dijo á éste:

— Tengo que hablarte de un asunto importante.

— Ven mañana.

— No salgas sin habermé visto.

— Corriente, con tal de que vengas temprano.

— Vendré á las doce.

— A las doce te aguardo.



El dia siguiente á las nueve de la mañana Edmundo salió de su casa despues de haber dejado á un criado un billete concebido en estos términos.

«Mi querido Gustavo: anoche cuando fuí por el libro que  
» me encargára mi madre, corrí á casa del señor Devaux, pre-  
» gunté á la portera á qué hora recibia el doctor, y supe que  
» desde las nueve de la mañana hasta las doce y desde las tres  
de la tarde hasta las cinco.

» Como nada tengo que hacer mientras te estoy aguardan-  
» do, voy á ver al señor Devaux, y desde las doce en adelan-  
» te estaré á tu disposicion. Ya comprenderás mi impaciencia.»

Encaminóse Edmundo hácia la calle de Bac, preguntándose en el camino si el motivo que le llevaba á casa del doctor se vislumbraria al través del pretesto á que pensaba acudir.

«¿Qué voy á contarle, se decia, cuando quiera saber la enfermedad que me aqueja? Le diré lo primero que me venga á las mientes, que tengo dolores de cabeza, que padezco de los nervios, que toso algunas veces; me ordenará tisanas y ejercicio, é iré todos los dias á decirle que me siento mejor. Esto le halagará y ganará su amistad.»

Sin embargo, Edmundo estaba conmovido, efecto de no estar acostumbrado á esta clase de aventuras.

La gracia, la juventud, la decencia, la belleza de la señorita Devaux habian producido en su imaginacion un efecto rápido y lleno de agradable sentimiento; como Pablo y Werther, iba á pedir á un amor difícil, imposible tal vez, las dulces emociones que los amores fáciles le habian negado y de las cuales tenia necesidad su corazon.

Edmundo no se lo habia dicho á Gustavo, pues hay cosas



que difícilmente se confiesan ni aun al amigo mas íntimo, pero buscaba el amor mas bien en lo ideal que en lo real, mas bien en la esperanza que en la incertidumbre, en el sueño mas bien que en la posesion. La muger no era para él mas que un texto poético que el silencio de su alma desenvolvía ingenuamente adornándolo con sus ilusiones.

El amor de una jóven era, pues, el único amor que podia darle este resultado. Faltaba saber si Antonina le amaría; pero esperando que le amára, sentía en el alma todas las condiciones necesarias para llegar á enamorarse. Lo que amaba en el amor era el mismo amor.

Dos afecciones llenaban ya su corazon: su madre y Gustavo; pero he aquí que habia sentido que estas dos afecciones necesitaban completarse por medio de una tercera, de la cual las otras no podian tener celos, pues esta última no era de la misma esencia que aquellas.





---



---

## CAPÍTULO VII.

---



Edmundo ya que, á pesar de este nuevo deseo que desde hacia mucho tiempo sentia, Edmundo no habia amado aun, á causa de que para encerrar el puro incienso de su amor, iba buscando un vaso tambien puro. Muchas jóvenes, lo repetimos, habian pasado por delante de sus ojos, pero ninguna habia producido en él tanto efecto como Antonina.

Para él, hombre de impresiones inmediatas, era decisiva esta rapidez.

Edmundo llegó á la calle de Lille, y conmovido muy naturalmente llamó á la puerta del doctor.

Un criado salió á abrir.

—¿El señor Devaux? preguntó Edmundo.

—Está de consulta, respondió el criado; pero si quereis aguardar algunos momentos en el salon, os avisaré en cuanto el señor doctor pueda recibiros.



Edmundo entró en el salon, salon frio, amueblado al gusto del tiempo del imperio, con grandes puertas pardas adornadas en su parte superior con tableros imitando á los de Boucher.

Un reloj de péndola representando á Sócrates bebiendo la cicuta; candelabros de garra de leon; sillones de cabeza de esfinge; grabados representando á Belisario, á Homero y á Hipócrates rehusando los regalos de Artaxerces; un abanico de chimenea y varios almohadones bordados á la mano, sin duda por la señorita Devaux; un velador cargado de libros, una araña bronceada, una consola entre las dos ventanas y otra entre las dos puertas, sosteniendo aquella dos grandes mariscos de color de rosa y varios pájaro-moscas embalsamados, de pié sobre una supuesta rama de árbol, y la otra un grupo de yeso representando á Apolo y á sus hermanas, y una alfombra de Anbusson con grandes rosetones, formaban el mueblaje del aposento en que se hallaba Edmundo.

Mueblaje tradicional, como se puede haber observado.

La calma reinaba en aquel salon: al verle se hubiera adivinado que solo lo frecuentaban personas graves, que al salir de él lo dejaban lleno de una especie de atmósfera de ciencia y solemnidad.

Edmundo creyó por un momento que Antonina, casualmente ó llevada de la curiosidad, se presentaria; pero no oyó ruido alguno, ni vió á nadie. Sin embargo, estaba convencido de que una de las dos puertas que se hallaban á su derecha y á su izquierda, al entrar en el salon, comunicaba con el aposento de la jóven y que ésta á aquella hora debia estar en él.

«Poco sabe esa hermosa que el que ayer la seguia está hoy á dos pasos de ella» se decia Edmundo.



Pero en esto se engañaba, pues Antonina que el día antes le viera entrar y que no dudaba de que se había informado por la portera, Antonina, decimos, desde aquel momento encargó al criado que le hiciera la descripción de todas las personas que se presentasen preguntando por el doctor.

No hacía, pues, dos minutos que Edmundo estaba allí, cuando la señorita Devaux lo sabía ya y se aseguraba de ello mirando por el ojo de la llave.

«¿A qué viene este joven?» se decía, y muchas veces quiso abrir la puerta á fin de ver el efecto que su presencia produciría; pero no se atrevió.

Hacia como diez minutos que Edmundo estaba aguardando, cuando entró el criado para decirle que el doctor se hallaba solo.

Edmundo entró en el gabinete del doctor, amueblado con un gran bufete, una biblioteca, un busto de Hipócrates, una esfera, una mesa con instrumentos de cirugía, dos sillas, un sillón forrado de cuero, en el que estaba sentado el doctor, un cesto lleno de papeles inútiles, un reloj y dos copas de palisandro.

Una multitud de cartas estaban esparcidas sobre el bufete.

El señor Devaux llevaba una gran bata en cuyo ojal superior se veía la cinta de la legión de honor.

El doctor estaba escribiendo cuando Edmundo entró. Suplicó al recién venido que se sentara, pasó la pierna derecha por encima de la izquierda, puso una mano sobre la rodilla, se consolidó los anteojos con la otra, saludó á Edmundo después de haberle estudiado un momento y le dijo:

—Caballero, ¿en qué puedo seros útil?



—Señor doctor, contestó Edmundo algo confuso, no tengo el honor de que me conozcais.

—En efecto, caballero, nunca os he visto antes de hoy.

—Pero sino me conocéis, conozco yo vuestra reputacion, y ella me trae hasta vos.

El señor Devaux se inclinó y dijo:

—¿De qué se trata?

—De una cosa muy sencilla; estoy enfermo, ó á lo menos creo estarlo, sin poder determinar el punto ni la causa de la enfermedad.

El doctor contempló con atencion el nuevo cliente y le dijo:

—¿Padeceis del estómago?

—Algunas veces.

—¿Teneis dolor de cabeza?

—De vez en cuando.

Edmundo respondia á salga lo que salga y solo por responder. El señor Devaux continuaba examinándole.

En aquel momento la curiosa Antonina acababa de pegar el oido á la puerta, procurando oir lo que se decia en el gabinete de su padre: tentativa infructuosa, pues nada oyó.

—Dadme la mano, añadió el médico.

Edmundo se quitó el guante y tendió la mano al señor Devaux.

No podia menos de sonreirse á la idea de que el doctor tomaba por lo serio la consulta.

—¿Habeis estado enfermo de gravedad?

—Nunca lo he estado.

—¿Os constipais á menudo?

—Suelo toser.



—¿Teneis sed con frecuencia?

—Sí, contestó Edmundo muy contento de poder dar una noticia verdadera que le parecia insignificante.

—¿Llevais una vida arreglada?

—Sí señor.

—¿Haceis escesos?

—Nunca.

—Teneis razon. ¿Vuestros padres viven todavía?

—Solo vive mi madre.

—¿Sabeis de qué enfermedad murió vuestro padre?

—Contaba yo tres años cuando él murió.

—¿No recordais alguna de las circunstancias de su muerte?

—Ninguna.

—¿No os ha hablado vuestra madre de ello?

—Al contrario, siempre ha procurado callármelo: me quiere mucho y teme afligirme.

—¿Me permitireis que me asegure de una cosa? dijo el doctor levantándose.

—Con mucho gusto, caballero.

—Quitaos la levita, la corbata y el chaleco.

—Edmundo obedeció.

Entonces el señor Devaux apartó la camisa de Edmundo, le dió dos ó tres golpes en el pecho, pegó el oido á la carne y le escuchó respirar.

—¿Vuestro sueño es agitado á veces?


—Sí señor.

—¿Os despertais de vez en cuando bañado en sudor como si acabárais de andar una larga caminata?

—Sí señor.



## CAPÍTULO VIII.


 s temible eso de estar tísico en tercer grado, papá? dijo Antonina al sentarse á la mesa. —Si se cuida, vivirá tres años; pero, dos no mas, si no se cuida, respondió el doctor. —¿Y él lo sabe? —¡Que ha de saber! Los tísicos no sospechan nunca que lo sean.

Esta respuesta dejó meditabunda á Antonina, triste si se quiere, y las sencillas palabras del médico fijaron mas profundamente en el espíritu de la jóven el recuerdo de Edmundo de lo que hubieran hecho tres meses de galanteo.

Despues del almuerzo, el doctor salió á visitar á sus enfermos, y la señorita Devaux volvió á su cuarto acompañada de su aya, que tomó el *Castillo de Kenilworth* y empezó á leer en la primera página.



Antonina sentóse junto á la ventana cuya celosía estaba baja y al través de cuyas tablas miraba de vez en cuando á la calle.

Tomó un bordado, pero inactivos sus dedos dejábanlo caer á menudo sobre las rodillas, y su espíritu, distraido de las costumbres cotidianas, la sumerjia en largas meditaciones.

Nuestro héroe estaba muy lejos de sospechar la melancólica preocupacion en que su visita habia dejado á la hija del doctor, preocupacion que por lo demas solo probaba lo fácil de impresionar que era la jóven.

En efecto, no habria sido muy posible hallar naturaleza mas casta y dotada de una percepcion mas rápida de todos los sentimientos delicados. Nuestra alma toma muchas veces en el dolor sus costumbres, y Antonina, que habia perdido su madre dos años antes y que estuvo en poco de no morir del dolor que esperimentó, desde aquella época sintió aun mas simpático su corazon á los padecimientos de los demas.

La muerte de su madre dejára en ella un vacío que nada habia podido llenar, ni la profunda afeccion que por su padre tenia, ni las nuevas ideas que asaltan la imaginacion de las jóvenes de su edad y que como las primeras hojas de la primavera cubren con su verdor las ramas muertas del invierno.

Edmundo habia, pues, dado ocasion á Antonina de recordar esta pesadumbre, y la jóven pasaba facilmente del dolor que un hijo puede sentir por la muerte de su madre al que una madre puede sentir por la muerte de su hijo.

Y se decia:

«El hijo tiene delante de sí un porvenir de consuelo que



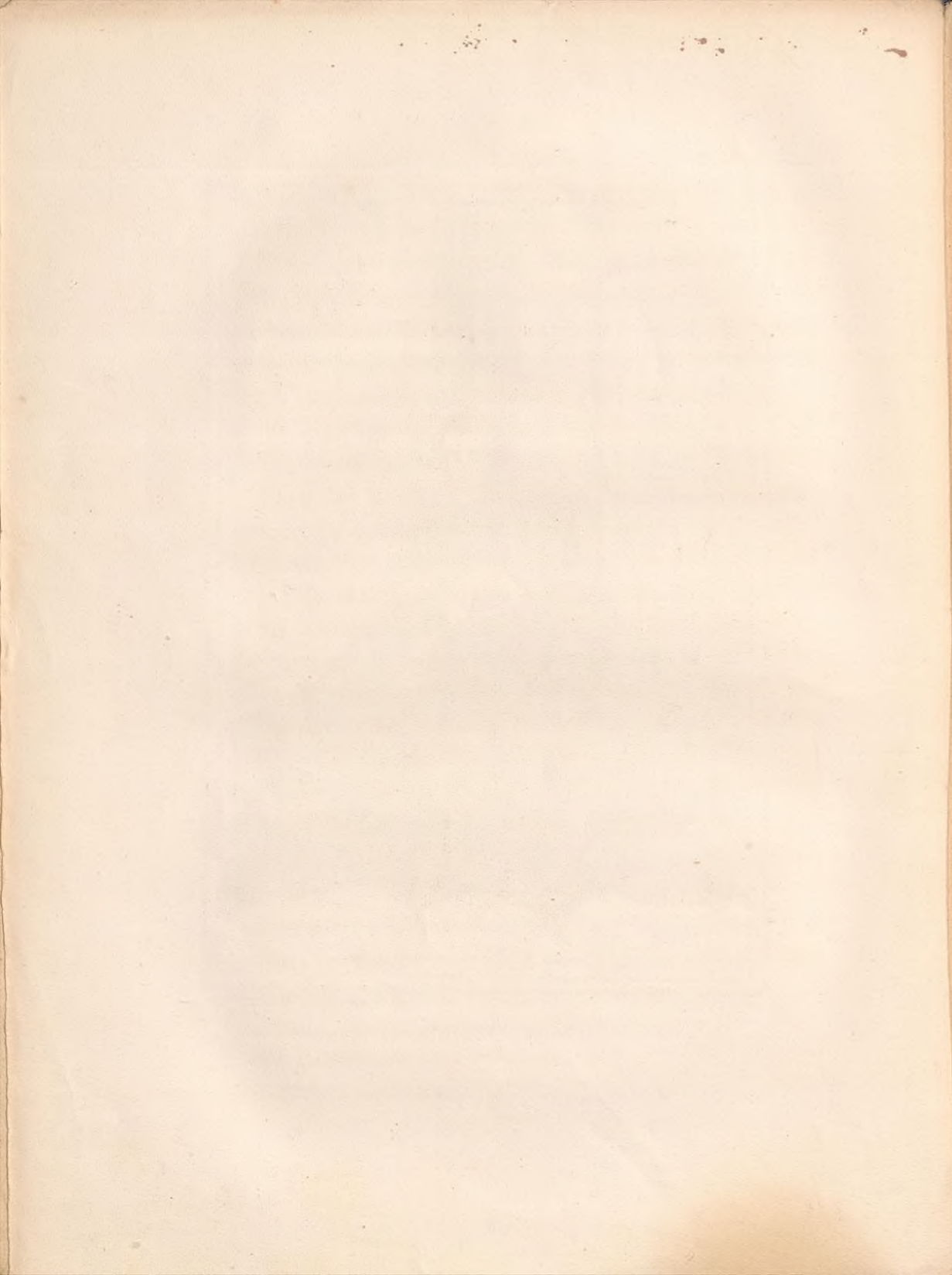


Antonieta

Lit. Labielle, C<sup>o</sup> Manserrate

Antonieta







la madre no tiene y todos los amores que el corazón de una madre no puede ya evocar.»

Entonces, por un efecto muy natural, pensaba en la madre de aquel joven que acababa de salir de casa del señor Devaux, y que, sin sospecharlo siquiera, marchaba hacia un fin próximo.

Veía la desesperación de la pobre mujer, y su pensamiento le presentaba incesantemente, en lugar del semblante sereno y sonriente de Edmundo, en lugar de los grandes ojos azules que el día antes viera fijos en ella, una cabeza pálida, fría, flaca, y unos ojos apagados para siempre, sin brillo ni expresión, y sin pensarlo, repetía:

«¡Pobre joven!»

Y cuando una joven dice esto, su corazón está muy inmediato á su pensamiento, y puede suceder que el nombre que así la hace hablar no tarde en trasladarse de uno á otro.

«¿Qué edad tiene? pensaba; veinte y dos ó veinte y tres años á lo mas, y la naturaleza ha marcado el límite de su existencia á los veinte y cinco ó veinte y seis años!.... y nada sabe, ha venido aquí, creyendo que está bueno, y sin cuidado, y sin sospechar que venia á saber su sentencia de muerte, pues tarde ó temprano sabrá la verdad; ha venido para saber mi nombre, para verme un momento, sin sospechar lo peligroso del pretexto de que se ha valido.

» Su madre ignora probablemente como él lo que debe suceder: vive dichosa con su hijo.

» ¡Pobre mujer! fuera obra de caridad prevenirla. Seria aminorar un dolor próximo, convirtiéndolo, por decirlo así, en hábito.



» Si le escribiera lo que mi padre me ha dicho, quizás sería tiempo aun; tal vez lograría salvarle.

» ¡Oh! ¡si yo fuese su hermana! ¡como le cuidaría, como haría todo cuanto quisiera! ¡como endulzaría los cortos años que Dios le concede...!

» ¡Quién sabe! será quizás muy desgraciado. Puede que su madre muera antes que él, quizás muera sin un amigo, sin un pariente, sin una muger que le cierre los ojos.

» ¡Qué triste es esto, Dios mio! ¿por qué soy hija de un hombre que solo vive de las enfermedades y de la muerte de los demas? ¡Qué fria y tranquilamente habla mi padre de estas cosas! ¡Qué indiferente y egoista vuelve la ciencia al hombre! ¡Como me dijo sin emocion alguna: «Vivirá dos años!» Y ¡qué malos médicos seríamos las mugeres! ¿De qué sirve la ciencia que se adquiere, si no se logra vencer á la naturaleza?

» Sin embargo, me parece que con cariño y cuidados morales se habria de poder dar la salud á aquellos á quienes los remedios materiales no pueden curar.

» Pero, ¿por qué me compadezco de la suerte de ese Edmundo de Pereux? si está enfermo es tal vez por su culpa. Puede que sea uno de esos calaveras que pasa las noches en las orgías y en el juego, como dice mi padre que hacen la mayor parte de los jóvenes.

» ¡Oh! no, prosiguió Antonina, despues de algunos momentos de reflexion, su semblante no es de libertino; su fisonomía tiene una suavidad femenina; sus ojos miran de una manera atractiva. Se dice que estas enfermedades ejercen una gran influencia sobre las personas á quienes atacan, las cua-



—¿Espustos de sangre?

—Dos ó tres veces.

—¿Dolores de estómago?

—Casi siempre cuando me despierto.

—Sabe vuestra madre que soleis tener estas indisposiciones?

—No; me parece que no son de gravedad: se alarmaria si la informára de ellas.

—En efecto, dijo el señor Devaux, nada tienen de peligroso. Teneis lo que todos los jóvenes, nada mas. ¿Vuestra posicion os obliga á vivir en París? le preguntó un momento despues.

—No señor.

—¿Sois rico?

—Sí.

—Pues viajad, visitad el Mediodía sobre todo. Cuando se viaja siendo jóven, el cuerpo y el espíritu ganan en ello.

—¿Es indispensable este remedio?

—No, es un consejo, pero un consejo que vale tanto como un remedio.

—Como tengo en París todas mis afecciones, prefiero no partir.

—No partais, pues; pero seguid el régimen que voy á prescribiros.

«Preciso es que el bueno del doctor gane la consulta,» pensó Edmundo mirando al señor Devaux que estaba escribiendo.

Quando éste le hubo entregado la receta, Edmundo le dijo:

—Cuento venir á menudo á reclamar vuestros consejos, doctor. Me da vergüenza preguntaros cuanto os debo por esta primera visita: dignaos, pues, tratarme como á un antiguo cliente, permitirme que os deje mi tarjeta y que venga á veros á menudo.



do. Deseo que nuestras relaciones lo sean un dia de amistad.

El señor Devaux tomó la tarjeta y la dejó en el bufete.

—Volved con frecuencia, dijo fijando una última mirada en el señor de Pereux.

Edmundo se retiró mirando á todas partes, pero sin ver á Antonina. Por lo demas, habia conseguido lo que deseaba, esto es, entrar en la casa cuando quisiese.

Apenas hubo salido, la señorita Devaux se presentó en el gabinete del doctor.

—¿Papá, vienes á almorzar? le dijo abrazándole.

—Sí, hija mia.

—¿Tenias visita?

—Sí.

—¿De algun conocido?

—No.

—¿De quién es esta tarjeta? dijo tomando la de Edmundo.

—Es del jóven que acaba de salir.

—Edmundo de Pereux, calle de Trois-Freres, n.º 3, dijo ella leyendo en alta voz y haciéndose la indiferente. ¿Está enfermo el tal jóven? añadió.

—Sí.

—¿Qué tiene?

—Tiene que su padre murió de una tisis, estoy seguro de ello, y él está tísico en tercer grado.

—¡Pobre jóven! murmuró Antonina dejando la tarjeta sobre la mesa.

—Ahora, niña, vamos á almorzar, pues me muero de hambre, dijo el doctor despues que hubo arreglado los papeles del bufete.



les son mas sensibles, mas poéticas y mas amantes que las demas. Puesto que deben vivir mucho menos que los demas, es preciso que esperimenten mas de prisa que los otros todas las sensaciones de la vida.

»Quiero á mi vez estudiar esta enfermedad, y cuando el señor de Pereux vuelva, porque volverá, estoy segura de ello, le miraré y sabré á qué atenerme. Mi padre puede engañarse. La ciencia no es infalible, y no sé por qué, pero se me figura que no me equivocaré.»

Aquí llegaba en sus reflexiones Antonina, cuando la sacó de ellas bruscamente un ruido que oyó á su lado. Ocasionára este ruido la caida del libro que la señora Angélica tenia en la mano y sobre cuya primera página acababa de dormirse, segun costumbre.

Hacia dos años (pues la señora Angélica habia entrado á ejercer sus funciones cerca de Antonina al morir la señora Devaux,) hacia dos años, decimos, que la venerable aya iba todos los dias despues de almorzar, en verano junto á la ventana y en invierno al amor de la lumbre, á sentarse en el cuarto de Antonina y empezaba á leer el *Castillo de Kenilworth*.

Nunca habia podido pasar del pasage en que Gil Gosling, el tabernero de Cumnor, canta al forastero que acaba de entrar en su posada estos versos consoladores para todo viajero que tiene sed:

Que beba el amo,

cuando ya en el pesebre

esté comiendo el jaco.

versos que como todo el mundo sabe se encuentran en la sé-



gunda página de la novela y que prueban que la señora Angélica era de gusto literario poco duradero.

Siempre que llegaba á estos versos, dormía tan profundamente, que el libro se le caía de las manos. Era cosa que nunca dejaba de suceder.

De modo que Antonina, que estaba acostumbrada á este sueño de todos los días, dijo sonriéndose al ver el libro en tierra:

«¡Ah! es la señora Angélica que lee la línea cincuenta y dos del *Castillo de Kenilworth*.»

Por lo regular, Antonina se levantaba al verificarse la caída, y como tenía horror á la soledad y al silencio, despertaba á su aya y la hacía hablar de cualquier cosa, con tal de que hablara; pero aquel día Antonina prefería meditar, y despues de haber mirado el libro, sin pensar en moverse, se dispuso á tomar de nuevo el bordado y á seguir el curso de sus reflexiones.

Pero la señora Angélica, que no estaba tan profundamente dormida como de costumbre, abrió los ojos, se los frotó, miró en torno suyo, recogió el *Castillo de Kenilworth*, cerrólo y lo dejó sobre la chimenea sin tener la idea de leer á lo menos la línea cincuenta y tres, para ver lo que el forastero responde al tabernero Gil Gosling: luego cruzó las manos sobre el estómago, hizo dar vueltas al pulgar izquierdo en torno del derecho, y dijo estas dos únicas palabras, verdadero pleonasma:

—He dormido.

—Sí, mi buena señora Angélica, habeis dormido, dijo Antonina, y sois libre de dormir mas, si bien os parece.



—No.

—Pues leed.

—¿Qué quereis que lea?

—Leed el *Castillo de Kenilworth*.

—Ya lo he concluido.

—Lo cierto es, replicó Antonina riendo, que sumando las cincuenta y dos líneas que habeis leído cada dia en el espacio de dos años, ascienden á unas treinta y seis mil líneas, si no me engaño, esto es, mas líneas de las que el libro tiene: por desgracia, lo que habeis leído siempre son las primeras cincuenta y dos líneas.

—No importa, respondió la señora Angélica, asi está una siempre aguardando lo qué sucederá, que es lo que conviene.

Como á personas que miran la literatura bajo este punto de vista no se puede responder cosa alguna, Antonina guardó silencio, por mas que deseaba hacer hablar á su aya para que la distrajera de sus tristes pensamientos.

Antonina no sabia qué hacer. Su espíritu habia encontrado una barrera en el nombre de Edmundo.

Nuestro héroe se habia dirigido desde luego, y á pesar de ella, á su corazon; habia dado motivo á la jóven, sin que lo supiera, para compadecerle, y habia entrado en su alcoba por una de esas puertas falsas que las mugeres de su edad siempre están dispuestas á abrir.

Es probable, por no decir cierto, que, despues de la aventura de la víspera, si Edmundo hubiese sido un jóven robusto, fuerte y bien constituido, no habria hecho tan rápido camino en el espíritu de Antonina, y que dos horas despues de su primera visita, no se hubiera encontrado ella sumerjida



en las reflexiones y en la inquietud que hemos tratado de describir.

Tan poco acostumbrado estaba á esta preocupacion la jóven, que le pareció que podria sustraerse á ella saliendo de casa y paseando.

—Mi buena señora Angélica, dijo levántandose, vámonos á pasear.

—¡Magnífica idea! el tiempo convida, respondió Angélica, no era otro mi deseo.

Y se levantó á su vez.

—Decidme, aya mia, añadió Antonina sin notar lo que iba á preguntar, ¿habeis conocido á alguna persona enferma del pecho?

—¿Por qué quereis saberlo?

—Por saberlo. Mas tarde os diré el motivo.

—Vaya si he conocido.

—¿Mueren todas?

—¡Oh! nada de eso. Conozco á una señora á quien todos los médicos habian abandonado, y que sin embargo está hoy tan buena como vos y yo.

—¿Y qué hizo para curarse?

—Fué á pasar dos años en el Mediodía.

—¿Y es ese remedio seguro?

—No; pero cura muchas veces.

—Entonces es preciso que parta, murmuró Antonina.

—¿Qué estais diciendo? preguntó Angélica.

—Digo, contestó Antonina sonrojándose, que me hariais un gran favor si fuérais por mi manteleta y mi sombrero al cuarto inmediato.



Apenas la señora Angélica hubo vuelto la espalda, obediendo la hermosa jóven al consejo inquieto de su corazon, tomó una hoja de papel y escribió á toda prisa:

«Partid para el Mediodia...»

Dobló la hoja, cerróla, puso el sobre á Edmundo de Pereux y ocultó bruscamente la carta en su pecho en el momento en que la señora Angélica volvía á entrar con la manteleta y el sombrero.

Antonina creia haber hallado un medio de salvacion para Edmundo.

Se figuraba que esta sencilla carta haria comprender al jóven toda la necesidad de la partida, que se pondria en camino y que no volveria sino gordo y grueso como la amiga de la señora Angélica. ¿No contenia este billete toda la ingenuidad de su corazon? Ni siquiera se le ocurrió que pudiese ser perjudicial escribir así á un jóven, por mas que solo fuese para decirle:

«Partid.»

Esta esperanza que la señora Angélica acababa de darle habia abierto la puerta á sus negros pensamientos, y no pudo menos de abrazar al aya, diciéndole:

—Vamos, mi querida señora Angélica, y aprovechemos tan hermoso dia.

Antonina estaba dispuesta á salir; la señora Angélica toda vestida de negro se ponía los guantes.

Las dos mugeres bajaron la escalera.

Al llegar á la calle, Antonina buscó con los ojos un buzón, y habiendo visto uno, sacó la carta del pecho y la echó en la caja al pasar.



—¿A quién escribís? la preguntó el aya.

—A Delfina, que hace muchos días que no ha ido á verme.

Delfina era una compañera de colegio de la señorita Devaux.

Aquella era la primera mentira que hasta entonces habia dicho Antonina, y sin embargo, no se arrepintió de haberla dicho: al contrario, estaba orgullosa de ello como si acabára de ejercer una buena accion.

¿Acaso no lo era? La prueba de que en efecto lo era, la encuentro en que Antonina estuvo durante el resto del dia mas alegre de lo que nunca habia estado.

¡Feliz edad aquella en que el corazon experimenta en un corto espacio de tiempo tristezas y alegrías sin motivo! Parece á esos dias de primavera que empiezan con lluvia, y á cuya puesta del sol pueden las muchachas correr por los trigos como si no hubiese llovido en un año.





---



---

## CAPÍTULO IX.

---



ENTRETANTO Gustavo había ido á casa de Edmundo y solo encontró la carta que este dejára para él.

«Vamos, dijo para si Daumont, parece que decididamente era preciso que esto sucediese;» y aguardó á su amigo.

Edmundo volvió con aire de triunfo y arrollando entre las manos la receta del doctor que ni siquiera había leído.

—¿Qué tenemos? le preguntó Gustavo bruscamente al verle y sin poder disimular la inquietud en que le tenia aquella visita que había tratado de evitar.

—¿Qué hemos de tener? dijo riendo Edmundo. Pones un gesto.....

—¿Has visto al señor Devaux? prosiguió Gustavo algo mas tranquilo al observar el continente de su amigo.



—Naturalmente, como que para nada mas he salido.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Qué habia de decirme? Me ha dado esta receta.

Gustavo se precipitó sobre el papel y lo leyó. Consignaba un régimen como el que se prescribe para todas las enfermedades sin gravedad.

Gustavo respiró.

—Vamos á almorzar; tu madre nos está aguardando.

—Vamos; pero, ¿qué querias decirme que así me encargaste que no saliera sin verte?

Gustavo estaba confuso.

—Quería convidarte á comer, le dijo sin pensar en ello.

—¿Dónde?

—En casa de Nicheta.

—¿Hoy?

—Hoy.

—Acepto con mucho gusto. ¿Nada mas?

—Nada mas.

—Pues comeremos en casa de Nicheta.

—Luego de haber almorzado iré á decirle que cuente con nosotros.

Los dos jóvenes pasaron en seguida á una habitacion donde les estaba aguardando la señora de Pereux.

—¿Irá á ver al doctor? dijo la madre en voz baja á Gustavo.

—Ha ido ya, respondió Daumont.

—¡Oh! ¡Dios mio! murmuró la pobre madre.

—Tranquilizaos, señora; Edmundo nada tiene que temer.

—¿Qué le ha dicho el médico?



—Le ha ordenado que coma carne asada y beba vino de Burdeos, contestó Gustavo riéndose, receta de hombre que no sabe que recetar.

—Gracias, amigo mio, dijo la señora de Pereux tranquilizada y estrechando la mano de Gustavo.

—¿Qué estais charlando? exclamó Edmundo á quien no habia escapado el coloquio en voz baja entre su madre y su amigo: ¿no encuentras, mamá, que Gustavo tiene hoy un gesto muy bellaco?

—Estaba preguntando á tu madre, dijo Gustavo, si me daba permiso para llevarte á comer conmigo.

—Y yo respondia á Gustavo que nunca me opongo á lo que te es agradable, añadió la señora de Pereux tomando con ambas manos la cabeza de su hijo y besándole con todas sus fuerzas.

Se podia hablar sin cuidado de la visita que Edmundo hiciera al señor Devaux, pues todos estaban tranquilos acerca de este punto, y la misma madre le rogó que se lo contára todo, lo que no tardó en ejecutar, tanto era el placer que experimentaba en hablar de lo que se referia á Antonina.

Despues del almuerzo, Gustavo dejó á Edmundo con su madre y corrió á casa de Nicheta, á quien halló como siempre trabajando junto á la ventana.

—Edmundo comerá hoy aquí, le dijo al entrar.

—¿Por qué no me avisaste antes? respondió Nicheta; vais á comer mal.

—No te dé cuidado por eso, repuso Gustavo tomando la hermosa cabeza de la modista y besándola ambas mejillas, voy á encargár que traigan la comida. De este modo, solo



tendrás que proporcionar vasos, platos, manteles, y la plata. ¿Tienes todo eso? Además, dos chuletas para Edmundo.

—¿Acaso no tengo todo y aun mas de lo que necesito? dijo la hermosa jóven abrazando á Gustavo. ¿No soy, gracias á tí, la muger mas feliz del mundo?

Quien hubiese deseado ver el espectáculo de un amor jóven, franco, feliz, independiente, no tenia que hacer mas que entreabrir la puerta del cuarto de Nicheta un momento y mirarla como rodeaba con sus blancos brazos el cuello del hombre á quien amaba.

—¿Estará todo dispuesto para las seis? añadió Gustavo marchándose.

—Pierde cuidado, respondió Nicheta, pero mándame lo que has dicho.

Gustavo se retiró.

Al llegar á la calle, se volvió y vió la rubia cabeza de su querida que le sonreia en medio de las flores que adornaban su ventana.

Entró en la tienda de un mercader de comestibles y encargó todo cuanto necesitaba para la comida. A las cinco fué á buscar á Edmundo á quien encontró leyendo á su madre el libro que el dia antes habia ido á comprar, y pocos momentos despues, los dos jóvenes se dirijieron á la calle de Godot.

Encontraron puesta la mesa en el cuarto de Nicheta.

El tiempo estaba hermoso; abierta la ventana, el sol jugaba alegremente en los vasos de cristal y en la blancura de los manteles. En torno de los tres jóvenes todo era sencillo, pero alegre; modesto, pero hermoso; y un perfume de ju-



ventud, de primavera, de amor y de alegría llenaba la reducida habitacion.

Se me preguntará por qué razon, si Gustavo era rico y amaba á Nicheta, permitia que esta continuára viviendo en el mismo cuarto donde la conociera, en vez de darle otra habitacion mas cómoda y mas en relacion con su fortuna y sus costumbres.

Responderé que cabalmente porque era rico y porque amaba á su querida y esta le amaba á él, Gustavo la habia dejado vivir donde la conociera, dándole sin embargo todo el lujo de las cosas necesarias.

De modo que en su pequeño cuarto de trescientos francos al año Nicheta tenia lo que no tienen muchas mugeres en una habitacion mucho mas suntuosa. Desde luego tenia siempre dinero.

Es verdad que sus gastos eran tan sencillos, que gastaba muy poco: tenia ademas mucha ropa blanca y no pocos vestidos que ella misma se hacia y que no por esto le iban menos bien. Si no poseia muchas alhajas, es porque no habia querido tenerlas, y si, finalmente, trabajaba aun, era porque se habia obligado á ello por medio de un cálculo hijo del corazon.

Gustavo, es verdad, habia deseado que Nicheta mudára de casa, habia intentado sustituir á los muebles de nogal los de palo de rosa, á los chales de merino las cachemiras de la India y al trabajo la pereza; pero Nicheta no quiso consentir en el cambio y dijo á Gustavo:

—Si me amas por mí, ámame aquí. Permíteme que solo acepte lo que no podria relusar y lo que los hábitos de lujo



y de bienestar te hacen una necesidad de encontrar en todas partes. Aquí soy dichosa; con muy poco tendré cuanto necesito. En este reducido aposento soy tu amada, en otro donde gastarás mucho dinero no sería mas que una manceba. Ven á verme á menudo, es todo lo que te pido, y déjame la pequeña vanidad de decirme que no soy tuya por interés.

Gustavo habia comprendido los escrúpulos de Nicheta y los habia respetado, pues le probaban que su querida tenia un corazon capaz de todos los buenos sentimientos. No habia insistido; pero se habia propuesto que desde el dia en que le dijera lo que acabamos de referir fuese, en la medida de sus gustos y necesidades, la muger mas dichosa de París, y en efecto lo era.

Si la hubieseis visto por la mañana despertar alegre, sonreirse en el espejo de su chimenea, abrir la ventana, regar las flores, vestirse, peinarse, pues el cuidado del pelo era la gran coquetería de Nicheta, vagar por su cuartito cantando, y acabar por sentarse en su silla y trabajar, se os hubiera figurado que veiais un pájaro en la jaula.

Ademas, Nicheta leia, pero no lo que naturalmente suelen leer las grisetas, sino libros buenos. Es verdad que en esto se dejaba guiar por Gustavo, cuyo gusto era muy puro.

Las noches en que él no iba á verla las pasaba leyendo, pero no podia leer sin comer al mismo tiempo, de modo que continuamente mascullaba bombones, necesidad que Gustavo le satisfacía tambien.

Era raro que el jóven entrára en casa de su querida sin una bolsa de almendras garapiñadas ú otra clase de dulces, intemperancia única de Nicheta. Cuanto mas le iba interesan-



do la lectura, mas comia, de suerte que se comió una caja de confituras leyendo *Federico y Bernardina*.

Nicheta lo comprendia todo y de todo hablaba. Escribia con ortografía irregular una carta preciosa en estilo y sentimiento. ¿A dónde iba Nicheta? No lo sabia.

Lo que habia de cierto para ella era que Gustavo tenia un corazon noble que la amaba á mas no poder, y no veia mas allá de esto. Para ella el porvenir era la hora en que Gustavo debia ir á visitarla.

Nicheta no tenia padre, madre ni familia. Habian muerto siendo ella aprendiz, y la modista en cuya casa trabajaba la elevó muy pronto á la posicion de primera oficiala, sin permitir que se marchára de su establecimiento.

Sin embargo, un dia quiso Nicheta ser libre, alquiló un cuartito, y desde aquel momento no se la habia visto sola en el teatro.

A buscarse bien, se habria encontrado fácilmente en algun café del cuartel Latino á algun estudiante que habria podido dar noticias exactas de la vida de Nicheta en aquella época; pero olvidaba el pasado, ó á lo menos hacia todo lo posible por olvidarlo desde que amaba á Gustavo, y no tenia ella la culpa de que Daumont no la hubiese encontrado mucho tiempo antes.

Por otra parte, nuestro jóven nunca le habia pedido cuenta de lo que habia hecho, pues no le interesaba el pasado, ni de lo que hacia, pues estaba seguro del presente.

Con respecto al porvenir, poco le ocupaba tambien; sin embargo, cuando pensaba por acaso en las probabilidades, decia:



«Solo dejaré á Nicheta si llevo á casarme, y si me caso, le procuraré una posicion en que logre ser independiente para siempre.»

Amábanse, pues, sin cuidado alguno, tranquilamente, con juventud, con confianza, con alegría.

En la afeccion de Nicheta por Gustavo habia respeto y gratitud; habia una dulce proteccion y una justa vanidad en el sentimiento que Daumont experimentaba por su querida. Decíase ella que habia tenido mucha suerte en encontrar un carácter tan noble, y él no cesaba de repetir que se alegraba de haber encontrado para su corazon otro corazon todo sinceridad.

Gustavo habria deseado que Edmundo encontrara una jóven como Nicheta, y Edmundo lo deseaba tambien; pero se encuentran dificilmente, desde luego á lo menos, dos naturalezas tan francas como la de nuestra modista, sobre todo en la misma esfera.

He aquí porque la querida de Daumont recibia á su amigo en un cuarto tan modesto.

Nicheta llevaba aquel dia un vestido de muselina azul, fina y trasparente. Cortado segun la moda de los vestidos del tiempo de Luis XV, las mangas se detenian en el codo, de manera tal, que se podia ver la deslumbrante blancura de los brazos y pecho de la jóven. Adornaba su cabeza una linda gorra, y su cuello la tradicional cinta de terciopelo.

—Buenos dias, Edmundo, dijo ella lanzándose á los brazos de nuestro héroe.

—Buenos dias, amiga mia. ¿Nos dais de comer hoy?

—Y una famosa comida. Yo sola tendria con ella para ocho dias.



—¿Has hecho lo que te encargué? preguntó Gustavo.

—¿Dos chuletas para Edmundo? sí.

—¿Por qué dos chuletas? preguntó Edmundo riendo.

—Porque estás condenado á comer asados. Ya ves como me acuerdo de la receta del médico que tú has olvidado ya.

—¿Acaso Edmundo está enfermo? preguntó Nicheta con interés.

—No, respondió Gustavo; me refiero á una aventura que le ha sucedido esta mañana, y he prometido hacerle comer carne asada para recordársela en caso de que la olvide.

—¿Me contarás esa aventura?

—Sí, mientras comemos.

—Sentémonos, pues; todo está aquí.

En efecto, al lado de los tres convidados habia otra mesa cubierta de manjares, platos, botellas y de lo demás que es preciso tener á mano para no levantarse cuando se come ó cuando no se tiene criado.

—Veamos, dijo Nicheta cuando hubieron empezado á comer, cuéntame esa historia.

Edmundo refirió exactamente su aventura con Antonina.

—¡Qué historia tan sentimental! dijo Nicheta.

—Sí, contestó Edmundo, pero ya estoy desanimado y no sé como arreglármelas para volver á ver á la heroína.

—Nada mas fácil, dijo Nicheta; ya que podeis entrar en la casa, id á ella hasta que os encontreis con la jóven.

—Es que si la veo, la veré siempre delante de otras personas.

—¿Y qué importa? ¿No teneis ojos á falta de boca? Cuando uno y otro os hayais dicho á fuerza de miraros que os



amais, se lo podreis decir con la boca, á pesar de todo el mundo.

—Por desgracia, mi querida Nicheta, dijo Gustavo, tú crees que Antonina es libre como tú. Admitiendo que ella y Edmundo se amen, que se lo digan, siempre habrá un padre entre sus amores.

—Enhorabuena; pero si Edmundo está enamorado pedirá á ese padre la mano de Antonina, pues Edmundo es demasiado sentimental y por demas honrado para tener amores de escala de seda y de capa de color de tapia, cosa poco cómoda en Francia. Edmundo, el virtuoso Edmundo no debe amar sino por el buen motivo.

—Tiene razon, contestó Edmundo sonriéndose: pero por lo mismo que soy sentimental, quisiera que un poco de amor precediera á mi casamiento. Me diera horror el casarme como todo el mundo se casa, entre un notario y una dote. No ignoro que es preciso llegar á esto; pero para llegar, quisiera recorrer un camino mas original y mas nuevo que el que sigue todo el mundo.

—En fin, dijo sonriéndose Nicheta, una segunda edicion de Pablo y Virginia.

—Justo, señora literata, respondió Edmundo, menos el naufragio del *San Gerando*.

—Pues bien, yo soy muger, á despecho de lo que me parece que cree Gustavo que una griseta no puede comprender el corazon de una señorita de la buena sociedad, que, si quereis, puedo daros consejos, pues creo que todas las mugeres se parecen en el corazon, por supuesto cuando lo tienen.

—Y yo acepto vuestros consejos, mi buena Nicheta, con-



testó Edmundo besándole la mano, pues no hay muger alguna, pertenezca á la clase que quiera, que tenga mejor co-razon que vos.

—Gracias. ¿Oyes, Gustavo?

—Acabo de oir una gran verdad, respondió Daumont.

—Vamos, Nicheta, ahora que estais enterada de todo, ¿qué me aconsejais?

—¿Qué dia es hoy? preguntó Nicheta.

—Sábado.

—Pues bien..... dijo Nicheta.

—¿Qué?

—¿No lo adivinais?

—No.

—Mañana es domingo.

—Sí.

—¿Qué hacen los domingos las señoritas como Antonina?

—Qué sé yo.

—Van á misa: ¿y dónde, segun todas las novelas de la tierra, encuentran los enamorados á sus amadas? en la iglesia. Pues bien, amigo Edmundo, id mañana á la iglesia de Santo Tomás de Aquino, que es la mas inmediata á la calle de Lille, y sin duda alguna vereis á la señorita Antonina que comprenderá que si habeis ido á rogar á Dios es para pedirle que ella os ame. Id todos los domingos á la iglesia, y cuando volvais á casa del doctor, su hija habrá tenido tiempo para pensar en vos y para pensar como se piensa en un hombre de vuestra edad, de vuestro talento y de vuestros ojos, de modo que el dia en que la habeis, hará mucho tiempo que le habeis dicho cuanto teneis que decirle. Luego.....



Nicheta titubeó.

—Proseguid, dijo Edmundo.

—Si observárais que no amais á la señorita Devaux, ¿qué hariais? preguntó Nicheta que al decir esto no seguía el hilo de su pensamiento.

—No volveria á casa de su padre.

—¿Me lo prometéis?

—Os lo prometo. ¿Y por qué esta promesa?

—Porque habriais podido querer, por vanidad, lo que no debe quererse sino por amor, y hacer, no amando á esa jóven, todo lo posible por ser su amante. Esto seria mal hecho, Edmundo, porque seria toda su vida lo que sacrificariais á vuestro capricho.

—Perded cuidado, Nicheta, soy demasiado honrado para poderlo intentar.

—Entonces os habeis ganado mi proteccion, pues como podeis suponer solo quiero servir á amores honestos, dijo Nicheta riendo.

—¿Podeis, pues, servirme?

—Sí.

—¿Cómo?

—¿Lleva la señorita Antonina sombreros y gorras?

—Es muy natural.

—Pues ya vereis como os sirve la modista Nicheta y como le dareis las gracias por lo que habrá hecho en obsequio vuestro.






---

## CAPÍTULO X.

---


 i bien se medita, era preciso ser lo que era Antonina, esto es, la mas casta, la mas noble, la mas cándida jóven del mundo, para escribir así á un desconocido la carta que habia dirigido á Edmundo. Era preciso desde luego suponer que Edmundo debia de estar enterado, por medio de un misterio simpático, de todos los pensamientos que desde la mañana habian visitado á la jóven y de la revelacion que su padre le habia hecho respecto de su enfermedad; era preciso, en fin, admitir un imposible.

Habia escrito aquella carta, ó mas bien aquella esquela, sin meditarla, y como una necesidad de sus reflexiones. Era mas que sencillez, era niñada en toda la acepcion de la palabra.



Por desgracia, la tal niñada podia tener ciertas consecuencias que la señorita Devaux no habia previsto.

Aquel aviso anónimo podia ser considerado desde luego por Edmundo como una broma, sin reconocer en él el sentimiento que lo dictára: ademas, si la señora de Pereux sospechaba de parte de quien le venia la carta, podia, en la ignorancia en que estaba de lo que el doctor habia dicho á su hija, interpretarla en provecho de su amor naciente: en fin, si la carta conseguia el objeto que Antonina se habia propuesto, esto es, si revelaba al enfermo lo grave de la enfermedad y la precision de una pronta partida, le participaba una cosa que en su interés por él, Antonina hubiera debido cuidar de ocultarle, en cuanto de ella dependiese.

La jóven nada de esto habia presentido.

Os lo repito, Antonina era una verdadera niña que habia obrado en esto con todo el atolondramiento de los corazones jóvenes.

Sin embargo, al llegar la noche, cuando quedó sola en su cuarto para acostarse, cuando pudo decirse: «A estas horas el señor de Pereux ha recibido ya mi carta,» con esta rapidéz de sensacion estrema que caracteriza á las jóvenes, se horrorizó de lo que habia hecho.

Por un brusco giro del pensamiento, no vió ya en esta accion, que en un principio le pareciera tan sencilla, mas que lo que está prohibido hacer; no vió mas que el hecho de una jóven escribiendo á un hombre á quien no conoce, y se examinó inmediatamente las consecuencias que la tal lijereza podia producir.

«¿Qué va á pensar de mí? se decia. Va á pensar que parto



para el Mediodía y que le digo que me siga. Puede figurarse que tengo miedo de amarle y que le digo que se marche. Quizá suponga que amo á otro; en fin, supondrá todo lo que no es, porque puesto que mi padre me ha dicho que no sospecha el estado en que se halla, es imposible que comprenda esta carta.»

En medio de todo esto, no tenia la menor duda de que Edmundo adivinaria en seguida quien le escribia el billete.

«¿Por qué escribí esa carta? proseguia. ¡Dios mio! la escribí para salvar á ese jóven que me ama. Pero, ¿quién me ha dicho que me ama? ¿Quién? una cosa nueva que pasa en mí, una voz que me habla quedó y me dice su nombre. ¿Por qué me habria seguido, por qué habria venido esta mañana, por qué le habria escrito, si no hubiese yo experimentado el interés que me inspira?»

No se asombren nuestros lectores de las mil preocupaciones á que estaba entregada Antonina. La aventura de la víspera rompía instantaneamente la armonía monótona de su vida.

No solo nadie la habia hablado aun de amor, sino que nadie se habia apercibido de que fuese una muger, en edad y capaz de amar. Edmundo era el primero que sin hablarle la habia hecho, por decirlo así, una declaracion.

En efecto, seguir á una muger, preguntar su nombre y encontrar desde el dia siguiente medio de presentarse á su familia, ¿no es la confesion mas completa que de amor puede hacerse? Y cuando resulta de esta tentativa lo que para Edmundo habia resultado de su visita al señor Devaux, un incidente tan dolorosamente poético, ¿no es muy natural que la jóven, sentimental como lo son todas al salir del colegio, haga



de esta aventura, de que es objeto, ocupacion continua de su pensamiento?

Diremos tambien que si cuando habia empezado á pensar en las consecuencias desagradables que su imprudencia epistolar podia tener, Antonina se hubiese horrorizado, habria acabado no solo por acostumbrarse á ella, sino tambien por quedar satisfecha de haber escrito la carta, á causa de las consecuencias que podia tener.

¿Qué niña de diez y seis años no se alegra de que su vida tome de repente combinaciones de novela?

Nuestra jóven se durmió, pues, diciéndose: «¿Qué hará despues de haber recibido mi carta? En todo caso hará algo. Ya quisiera estar á mañana.»

Habia ya olvidado que á Edmundo no le quedaban mas que dos ó tres años de vida y que este era el motivo porque le habia escrito.

¡Corazon de niñas, cristal puro que refleja con sus mil facetas las mil cosas que pasan por delante de él y que no conserva las huellas de ninguna!....

Antonina se durmió sonriéndose y olvidándose de matar la luz, que á las dos de la madrugada la señora Angélica fué á apagar, pues la buena aya se habia despertado y habia ido á ver por que á aquella hora tenia Antonina encendida la lámpara.

Edmundo velaba, pero velaba dichoso, como dichosa dormia ella.

Despues de haber comido en casa de Nicheta con Gustavo, tomó un coche, y los tres amigos se fueron á pasear por los Campos-Eliseos, y de allí al bosque de Boloña; Nicheta re-



clinada en el hombro de Gustavo, y Edmundo tendido en el asiento delantero mirando los piecitos de la modista, que ésta tenía apoyados en los almohadones del mismo asiento.

La jóven y Gustavo cambiaban en voz baja algunas de esas palabras que se adivinan sin oirlas y que la brisa de la tarde se lleva con el perfume de las flores y los cantos de los pájaros.

Edmundo iba pensando en Antonina y diciéndose que Dios podía hacer que un día la tuviese en sus brazos como Gustavo á Nicheta, y que fuese tan feliz, mas feliz quizás que su amigo.

Después de un paseo de dos horas, dejó á Gustavo y á Nicheta en casa de esta, y diciendo: «Hasta mañana» á su amigo, volvió á casa de su madre.

En el momento en que ponía el pié en el primer escalon, el portero le dió la carta de Antonina.

Abrióla Edmundo sin sospechar su contenido ni la persona que se la dirijia.

Tres veces leyó el misterioso aviso sin comprenderlo.

— «Partid para el Mediodía...» repetia sin cesar, destrozando, por decirlo así, las palabras, á fin de obligarlas á revelar su verdadero sentido: ¿qué significa esto?

Edmundo se quedó meditando en la carta de Antonina, enfrente del espejo, sin pensar en quitarse el sombrero.

El nombre de la jóven no le habia ocurrido todavía, pues el espíritu va á buscar siempre muy lejos la razon de una cosa que podria hallar muy cerca y sin esfuerzo; sin embargo, el nombre de la señorita Devaux, que habia ocupado todo el día á Edmundo, iba de vez en cuando por sí solo á firmar



aquella carta, de modo que varias veces Edmundo, bajo el imperio de una especie de alucinacion, sacudió el papel que en la mano tenia como para hacer caer aquel nombre.

Aquí llegaba Edmundo de sus reflexiones, cuando llamaron á la puerta.

—Entrad, dijo sin volver el rostro, creyendo que era su criado que iba por alguna cosa á su cuarto.

—¿Qué estás leyendo con tanta atencion, hijo mio? dijo la señora de Pereux apoyando la cabeza en el hombro de Edmundo.

—¡Ah! mi querida madre, contestó Edmundo, perdona, no sabia que fueses tú quien llamaba. Leo una carta que me está preocupando por demas, pues ignoro su significado y no sé quien me la dirije. Si puedes esplicármelo, me sacarás de confusion.

—A ver, dijo la madre.

Edmundo le entregó la carta.

Apenas la hubo leído se puso pálida, palidez que su hijo no dejó de observar.

—¿Qué tienes, mamá? le preguntó.

—Nada, balbuceó la señora de Pereux esforzándose por sonreirse, nada, hijo mio; hace algun tiempo que cualquier cosa me pone pálida. Es la sangre afluyendo al corazon.

—Es preciso que te cuides.

—Tranquilízate; no vale la pena.

La señora de Pereux se sonreia con esfuerzo; pero se sonreia.

—¿Has leído la carta? le preguntó Edmundo engañado por aquella sonrisa.



—Sí.

—¿La has entendido?

La señora de Pereux quiso responder; pero las lágrimas se escaparon bruscamente de sus ojos y se dejó caer en una silla, cubriéndose el rostro con el pañuelo.

—¡Dios mio! ¿qué es esto, mamá? exclamó Edmundo echándose á los piés de su madre. En nombre del cielo, dime, ¿qué tienes? ¿Estás enferma? ¿nos está amenazando alguna desgracia?

—No, hijo mio, no, respondió la pobre mujer abrazando convulsivamente á su hijo, nada hay que temer. Ya sabes que loca soy, con que facilidad me alarmo. Es ya tarde.... no te habia visto entrar.... temia que te hubiese sucedido algo. Como, segun costumbre, cuando vuelves á casa vienes á abrazarme, y hoy te has olvidado de ello.... temia que tuvieses alguna pesadumbre y he venido á cerciorarme de la verdad. Estas emociones sin razon, si quieres, pero á las cuales me sujeta el cariño que te tengo, son causa de mis lágrimas. Abrazame, prosiguió la señora de Pereux enjugándose los ojos y esforzándose por aparentar tranquilidad, abrazame y no se hable mas de ello. En cuanto á esta carta....

—¿Qué me importa á mí ya?

—¿Quieres que te diga quién te la escribe?

—Dí, mamá, dí.

—La señorita Devaux.

—¿Y en qué te fundas?

La señora de Pereux hacia nuevos esfuerzos por no llorar.

—Nada mas sencillo, repuso con una sonrisa aparente, la señorita Devaux te ama.



—No digas eso.

—Créeme.

—Explícate, mi buena mamá.

—O, si no te ama, prosiguió la señora de Pereux, se interesa por tí. Esta mañana has ido á casa del doctor y te has fingido enfermo para conseguir la entrada en su casa.

La señora de Pereux se detuvo; se estaba ahogando.

—Sí, contestó Edmundo.

—No sabiendo que ordenarte, pues estás muy bueno, te ha dicho que viajarás. Así, á lo menos, me lo has contado tú; añadió la señora de Pereux con un tono de voz que procuró hacer indiferente.

—En efecto.

—Y la señorita Devaux, curiosa como todas las niñas, habrá oído la conversacion, habrá creído que realmente estás enfermo, y aconsejada por un buen sentimiento, te escribe esta carta, pensando que tu curacion depende del viaje que su padre te ha ordenado.

—Tienes razon, mamá; tú has visto lo que nunca habria visto yo por mí solo. ¿Sabes que este es un gran hecho por parte de Antonina? Corazon de ángel es el de esta jóven. Ya ves como piensa en mí. ¡Oh! yo la veré, yo la daré las gracias por lo que ha hecho. Me amará, sí, siento un no sé qué que me lo está diciendo, y tendrás á tu lado dos hijos en vez de uno, y seremos muy dichosos. Pienso que no tendrás celos.

—No, hijo mio, no. Sin embargo, ¿si yo te exigiera un sacrificio?

—¿Cuál, mamá?

—Si te decia, «Edmundo, renuncia á esa jóven, no trates



de verla mas, ni á ella, ni á su padre... Si esto te pidiera yo sin razon, y como un capricho, ¿lo harías?

—Sí, mamá, pues sabria que aunque no me dieras razon alguna, habria á lo menos una y muy grave.

—Pues bien...

—Dí.

—Vamos, no sé lo que me pasa esta noche. Tú amás á esa jóven, tu dicha depende quizá de este amor y vengo á echar mis celos delante de este amor. Perdóname, hijo mio, perdóname.

—¿Y qué he de perdonaros, mamá, como no sea el que me ameis mucho? Esto no es defecto en una madre.

—¿Qué es lo que necesitas esta noche? ¿quieres algo? dijo la señora de Pereux para mudar de conversacion y para distraer su espíritu, si era posible, de los pensamientos que la agitaban.

—Nada, madre mia, te he visto, y por consiguiente nada necesito.

—Pues buenas noches y duerme mucho.

Estas palabras estaban tambien llenas de lágrimas.

La señora de Pereux se dirigió á su cuarto despues de haber mirado dos ó tres veces sonriéndose á su hijo.

«¿Qué tiene esta noche mi madre?» se dijo Edmundo cuando estuvo solo. Despues volvió á leer por décima vez la carta de la señorita Devaux.

«¡Antonina!» murmuró besando la carta de la señorita Devaux, y todas las promesas de un corazon amante estaban en este nombre que el jóven acababa de pronunciar.

«¡Dios mio! hágase vuestra voluntad, dijo la señora de Pe-



reux cayendo de rodillas al pié de la cama, juntando las manos y rompiendo en sollozos; pero procurad que vuestra voluntad no sea rigurosa.»

La pobre madre, con este instinto maternal que se acerca á la adivinacion, habia comprendido toda la verdad al leer la carta anónima.

A aquellos á quienes parezca esto inverosímil, consúltenlo con su madre, si es que son tan dichosos que la tengan aun





## CAPÍTULO XI.



ESPERANZA! bella y santa cosa, tabla que Dios echa en medio de todos los naufragios y de la que el náufrago puede asirse un momento y durante este momento creer aun en la vida; ¡esperanza! última é inagotable moneda del corazon con la que nuestra pobre naturaleza humana compra su última emociou.

La señora de Pereux, por una de esas sensaciones eléctricas que hacen que el corazon de una madre corresponda directamente al de su hijo, como si nunca pudiese ser separado de él y como si ambos latieran uno al lado del otro, habia comprendido desde luego que aquella carta presagiaba una desgracia, y en un instante convirtiéronse en certidumbre sus temores.

Desde el momento en que habia leído el aviso de Antonina, todo lo que dijera á su hijo se lo habia dicho sin saber lo que decia.



Solo tenia presente que era preciso apartar del espíritu de Edmundo los sombríos presentimientos que acababan de asaltarla, lo que, como ya hemos visto, no fué difícil, pues Edmundo, rodeado de cuidados desde su infancia, no sospechaba la enfermedad de que estaba atacado. Dejóle, pues, lleno de alegría, mientras que ella volvía á su cuarto presa de aquellos dolores maternales de que la Virgen María es eterno y divino ejemplo.

La pobre muger habia llorado mucho tiempo; se echó de rodillas, oró, levantóse despues y se sentó, fijos los ojos en tierra, cruzadas las manos y no pronunciando mas que estas palabras: ¡Dios mio! ¡Dios mio! primeras palabras que el dolor encuentra como si á pesar suyo se trasladára instantáneamente al que es fuente de todo consuelo.

No pudo permanecer así durante mucho tiempo; tomó la lámpara, y de puntillas, andando de modo que no la oyeran, se encaminó hácia la puerta del cuarto de su hijo y miró por el ojo de la llave. Le pareció que padecía mucho menos á medida que se acercaba á él. Vióle entonces paseando, hablando en voz baja, y desahogando su corazón de sus gratas impresiones.

«Ser amado de esa hermosa jóven, murmuraba Edmundo, seria la mayor dicha. ¡Qué de puros goces ha de haber en el amor casto de una muger como esa! Me amaré, mi madre me lo ha dicho, mi buena madre que no se engaña nunca cuando se trata de mí.»

Y Edmundo se contemplaba con orgullo, pues el hombre que se siente amado está siempre orgulloso de sí mismo.

La señora de Pereux no habia oido lo que su hijo decia; pero lo habia adivinado, y dijo para sí: «Es feliz» y de aquí



á decirse: «Es imposible que Dios en su justicia y en su clemencia permita que suceda una desgracia á mi hijo» no habia habido mas que un paso para la pobre madre.

Entonces entró en su cuarto; sus lágrimas se habian enjugado, y como la imágen de la alegría de su hijo seguia fija delante de sus ojos, vió desaparecer sus negros sentimientos, como á los primeros rayos de la aurora vé el niño temblar y huir los fantasmas que perturbaron su sueño.

Llegó un momento en que la señora de Pereux razonó con Dios, si así puede decirse, esto es, evocó su vida irrepreensible, su filial ternura, su amor á su esposo, su cariño á su hijo, cuya alma era un reflejo de la suya, y cuando estuvo convencida de que la fatalidad no podia destruir cosas tan santas piadosamente reunidas para el porvenir y bendecidas hasta entonces por el Señor, llegó á preguntarse por qué habia llorado, y casi se rió de aquella niñada, persuadiéndose á sí misma de que lo que habia dicho á su hijo, á propósito de la carta, era cierto. En efecto, podia serlo, y ya que esta suposicion se habia presentado á su espíritu, ¿por qué no aceptarla tan fácilmente como la otra?

Fuerza es decir tambien que la señora de Pereux era uno de esos corazones católicos llenos de confianza en la justicia divina, que hubiera creído ofender á Dios suponiéndole capaz de castigarla sin motivo. Además, nada habia cambiado en torno suyo: su hijo estaba mas alegre que de costumbre, amaba, sin duda alguna iba á ser amado, la vida le sonreia, su salud era buena.

¿Debia tomar, pues, por realidad uno de esos eternos cuidados que atraviesan el espíritu de las madres, y no era mas



natural creer que desde que Edmundo pensaba en Antonina, la señora de Pereux, acostumbrada á no dividir con nadie el corazón de su hijo, habia sentido nacer en ella una especie de celos que todo lo oscurecian á sus ojos?

Ciertamente era preferible creer esto, y Dios permitió que lo creyera y que se enjugase por última vez las lágrimas, diciendo: «Vamos, yo estaba loca.»

La señora de Pereux se acostó; pero á pesar de la nueva confianza que acababa de conquistar no pudo dormir. Sus pensamientos tomaron otra direccion, y en vez de pensar en el porvenir, se ocupó del pasado, y las lágrimas que á sus ojos se agolparon entonces eran las dulces lágrimas que hacen derramar los gratos recuerdos y que se encuentran siempre en el fondo del alma, como en pleno dia y bajo un ardiente sol se encuentra todavía rocío en el fondo de la yerba cuyas puntas abrasan.

Por lo que hace á Edmundo, cuando hubo pensado mucho tiempo en Antonina, cuando, al revés de su madre, que recordaba el pasado, hubo formado los proyectos mas bellos para lo porvenir, acordóse en uno de los intervalos de su pensamiento de que su madre habia llorado en su presencia.

«Mi pobre madre, se dijo, estaba aflijida esta noche, y yo como un egoista, como un verdadero enamorado, he dejado que se retirára á su cuarto sin cuidarme de su pesadumbre. No debiera yo haber hecho esto.»

Y á su vez Edmundo apagó la luz, y de puntillas tambien se dirigió hácia la puerta del aposento de la señora de Pereux. Al llegar allí, aplicó el oido, y habiendo visto un rayo luminoso por debajo de la puerta, llamó suavemente.



La señora de Pereux lanzó un grito al oír un golpe dado á la puerta á aquella hora; pero Edmundo entró precipitadamente en el cuarto, diciendo:

—Nada temas, mamá; soy yo que vengo á verte.

—¿Cómo no te has acostado todavía? ¿estás enfermo?

—Nada de eso; sino que no he querido acostarme sin venir antes á preguntarte si dura todavía la pesadumbre que hace poco observé en tí.

—Gracias, hijo mio; ya te he dado la esplicacion de esta pesadumbre, y has visto que solo fué pura quimera.

—Tanto mejor, pues yo me siento lleno de gozo.

—Estás enamorado y piensas en Antonina.

—Sí; ¿y tú, que á las dos de la noche no duermes aun, en qué piensas?

—En tí, en tu juventud, en tu porvenir.

—En la dicha que te debo.

—Y que ahora ya no depende de mí.

—Sí, mamá, de tí depende como siempre, pues estás asociada á todos mis proyectos y deseos.

—¿Proyectos y deseos?

—Dos horas ha que me ocupan sobremanera.

—¿Y qué proyectos, qué deseos son estos?

—Deseo un porvenir sereno y tranquilo, una felicidad completa entre una muger, una madre y un amigo que me quieran y á quienes corresponder con su triple afeccion. Soy jóven y no soy feo..... ¿cierto, mamá? pues me parezco un poco á tí: somos ricos y siento que amo á Antonina, puedo pedir su mano cuando esté yo bien seguro de que me ama y no creo que el doctor tenga motivo para negármela. Pasaré-



mos el invierno en París; en verano recorreremos las orillas del Loira, el río de los amores poéticos y sentimentales, y seremos tan felices como pueden serlo hombres. ¿Qué te parece, mamá?

La señora de Pereux, que miraba sonriéndose á su hijo, le dijo:

—¿No es esto lo mismo que te dije cuando me hablaste de la posibilidad de este amor?

—Es que tú eres la confidente de todo cuanto yo pienso, mi buena mamá. Yo nada te oculto. Mira, te confieso que desde mañana voy á hacer todo lo posible para que Antonina se enamore locamente de tu hijo.

—¿Te parece si te costará mucho?

—Nicheta me ha dado un medio y me ha prometido sus consejos.

—¡Ah! ¿Nicheta está en el complot?

—Si, mamá: es tan buena.....

Por espacio de dos horas Edmundo y su madre siguieron hablando del pasado, del presente y del porvenir; ella apoyada en el codo, y sentado él al pié de la cama, jóvenes ambos por sus ideas, confiados ambos por su ternura.

Cuando á las cuatro de la mañana Edmundo volvió á su cuarto, la señora de Pereux se dijo otra vez: «Vamos, estaba loca» y-durmióse tranquilamente.

A pesar de haberse acostado tan tarde, á las ocho Edmundo se habia levantado ya y se encaminaba á la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

---



---



---

## CAPÍTULO XII.

---

**C**UANDO Edmundo llegó á la iglesia de Santo Tomás de Aquino, el templo empezaba á llenarse de gente: se deslizó, pues, por en medio de los que entraban para buscar á Antonina, sin olvidarse de que se hallaba en un lugar santo, y despues de haberse persignado debidamente, se dirigió hácia el otro lado de la nave.

En su espíritu y en su corazon el nombre de Dios y el de Antonina, el amor y la fé, se mezclaban y confundian fácilmente, como se mezclan y confunden dos llama's del mismo hogar, dos perfumes de una misma esencia.

Antonina tenia en la iglesia su silla junto á la de la señora Angélica; pero como iba al templo para rogar y no para que la vieran, como iba con la aurora, á la hora en que la oracion tiene todo el espacio libre en la naturaleza, á la hora en



que duermen todavía los que nunca hacen oracion , Antonina se arrodillaba siempre delante de uno de los altares laterales donde los sacerdotes celebran las mas de las veces á la luz de una lámpara y delante de cinco ó seis personas á todo contar. Permítasenos una reflexion que creemos oportuna en este momento.

La religion madrugadora , si así puede decirse, tiene un aspecto mas cristiano y mas imponente que la religion de pleno día rodeada de pompa y perfumada con incienso. A nuestro modo de ver, hay un resto de paganismo en esas fiestas doradas que se consagran al Dios cuyo Hijo vino á la tierra para enseñarnos la modestia y la humildad. En vez de asistir á las grandes ceremonias religiosas que ostentan todas las riquezas de la sacristía , que llenan el templo de luces y flores, entrad por la mañana , al abrirse las puertas , en una iglesia como la en que Edmundo acababa de entrar, y al través de la media oscuridad que reina aun en ella, en medio del silencio que debiera reinar siempre en la casa del Señor, dirijios hácia uno de los modestos altares que acabamos de indicar. Vereis allí un sacerdote sencillamente vestido, cuatro ó cinco personas arrodilladas ; arrodillaos tambien, y en aquel rincon oscuro de la iglesia vereis aparecer á Dios mas magestuoso y grande que en el altar mayor radiante de oro y luz. Vuestro espíritu se trasladará fácilmente y sin obstáculo á la época de los primeros cristianos, sirviendo, alabando y cantando al nuevo Dios en las catacumbas de Roma , separados solamente por sus verdugos del cielo que acababan de descubrir.

Entonces os explicareis los santos y consoladores misterios de la religion cristiana, árbol colosal brotado de las entrañas



de la tierra, cuyas ramas poderosas han roto la roca que quería comprimirlas, y á cuya sombra van á sentarse hoy las generaciones agradecidas. Por mas buenos que seais al entrar en una iglesia, siempre saldreis de ella mejores de lo que erais; entrad en ella, pues.

Se ha hablado mucho de las iglesias de villorrio como expresion de la fé mas sencilla y al mismo tiempo mas agradable á Dios. Nada mas cierto. La iglesia de villorrio, cuyo campanario sin pretensiones domina todos los edificios, á guisa de mirada maternal sobre los hijos, cuyo humilde reloj da la hora del trabajo, colocada entre una plaza donde juegan los niños y el cementerio donde duermen los muertos, colocada allí como emblema palpable de la vida, á la vez como fin que conseguir y como fin conseguido, lo repetimos, la iglesia de villorrio es un espectáculo grato y consolador. Allí fué bautizado el niño, allí comulgó por vez primera, allí se casa, allí va á buscar la última oracion que necesita cuando Dios le llama al cielo. Toda su vida está allí. Entra por una puerta y sale por la otra.

¡Dichosos los que nunca perdieron de vista el campanario de su aldea!

En París nada de esto sucede. La sociedad tiende continuamente á alejarnos de Dios; se ignora la iglesia en que fuimos bautizados, no conocemos al sacerdote que nos administró la primera comunión, ó si le conocemos, no le vemos nunca; mudamos de habitacion y calle á un dos por tres, nos casamos en cualquier iglesia y recibimos la estremauncion del primer sacerdote que se presenta.

Repárese sino el colorido particular que tienen los escritos



de las personas que han nacido en un pueblecito y vivido en él durante sus primeros veinte años. Sus sentimientos y su espíritu conservan un perfume de que felizmente no pueden deshacerse, parece un olor de tomillo, parece un reflejo eterno de juventud y primavera. Los escritores de la ciudad todo lo atribuyen á la sociedad; los escritores venidos del campo todo lo atribuyen á Dios. El campanario, las fiestas tranquilas, las tareas campestres, la monótona canción del labrador que vuelve á su casa, la pequeña estatua de la Virgen rodeada de ofrendas y boj, el cura que pasa y que todos saludan, todo esto se halla en su estilo como se halla en su memoria, en el porvenir que se van labrando y en el pasado de que se acuerdan.

Quando pueden disponer de un momento, se apresuran á volver á ver aquello que no olvidaron, y se detienen, llenos los ojos de lágrimas, delante de la pintura grosera que representa á Daniel ó á san Sebastian, que hace reir al parisiense cuando la ve, y que para ellos está llena de tranquilas emociones. Toda su infancia está en aquella pintura que, á pesar de los progresos del siglo, se ha tenido el talento de no reemplazar con otra. Es infinito el número de poesías inspiradas por objetos que todo el mundo tiene por ridículos. Tengo yo una tacita con flores azules en la que bebia leche cuando solo contaba cuatro años y sobre la cual he compuesto cincuenta elegías que no he escrito, por supuesto, pero que están tan unidas á aquella taza como las flores azules pintadas en ella.

¡Dichosos tambien aquellos que cuando escriben un libro pueden describir la aldea que les vió nacer y que oyen de



vez en cuando en su cuarto los gruesos zapatos de algun buen paisano que les trae un panecillo y noticias de la aldea!

En una palabra, los que mas han viajado suelen decir que en tal ó cual punto vieron una aldea con un lago y espadañas donde hubieran deseado detenerse para terminar la vida, este viaje hácia Dios.

Hacia algunos momentos que Edmundo se hallaba en la iglesia cuando vió entrar á Antonina acompañada de la señora Angélica. Sintió latir violentamente su corazon, y al mismo tiempo que deseaba ser visto de la jóven, temia que ésta le viera demasiado pronto.

Entonces se ocultó detrás de una columna.

La señorita Devaux pasó á su lado sin verle y fué á arrodillarse en el fondo de la iglesia, en una capilla donde empezaban á oficiar.

Antonina se persignó, abrió su libro y empezó á leer.

Edmundo poseia un corazon demasiado religioso para querer perturbar á la señorita Devaux en sus devociones; solo deseaba una cosa, ser visto de ella para probar por este medio que aprovechaba todas las ocasiones de poderla ver. No hizo, pues, movimiento alguno que pudiera distraerla; pero se acercó á la silla en que estaba arrodillada y se quedó en contemplacion detrás de la jóven.

Antonina le parecia mucho mas hermosa que la vez primera. ¿Quién, estando enamorado, no se ha visto, como Edmundo de Antonina, separado de su amada, físicamente por un espacio de tres palmos, y moralmente por centenares de leguas? Edmundo se sentia enamorado de Antonina; una voz secreta le decia que no era indiferente á la hija del doctor;



era muy posible que un dia llegase á ser su marido y que le perteneciese en cuerpo y alma; la tenia enfrente, ella le habia escrito; para que le viera, le bastaba rozar su brazo con el de la jóven, decirla una palabra al oido, y sin embargo, no lo hacia y temia que le viera, como teme ser reñido por su madre el niño que ha cometido una falta.

Despues de pasado cierto tiempo, despues de cumplidas las formalidades de costumbre, podia esperar que aquel hermoso cuerpo inclinado hácia la silla, que aquellas blancas manos que hojeaban el libro, que aquellos rasgados ojos negros que leian las palabras, que repetia la boca y que comprendia el corazon de Antonina, que todo aquello seria suyo sin reserva, sin vergüenza, sin pesar, y en aquel momento, por mas que hirvieran en su corazon todos los sentimientos que en él despertaba la presencia de Antonina, no se atrevia á dirigir la palabra á aquella muger y limitaba toda su dicha, despues de no pocas vacilaciones, á tocar la orilla de su vestido con la punta del pié.

Sin embargo, la casualidad, ese dios de los enamorados, vino en socorro de la timidez de Edmundo.

Como desde su llegada Antonina habia permanecido de rodillas, la silla en que habria podido sentarse estaba desocupada, y en esta silla apoyaba ambas manos Edmundo que tambien estaba arrodillado. Tan sumido en su contemplacion estaba nuestro héroe, que cuando al llegar al *Credo* sentáronse los concurrentes, él ni siquiera pensó en imitar á los demas, de modo que Antonina, que ignoraba que hubiese alguien detrás de ella, sintió al sentarse que su cabeza tocaba unas manos.



Volvióse entonces diciendo: «Perdonad....» pero al conocer á Edmundo, no pudo reprimir una exclamacion.

—¿Qué es eso? preguntó la señora Angélica santamente absorvida por su devocionario.

—Nada, contestó Antonina, al sentarme me he hecho daño con la silla.

La señora Angélica sentóse á su vez y prosiguió murmurando sus oraciones.

Hay gentes que rezan por conviccion, estas rezan con el corazon: otras rezan por costumbre, y solo lo hacen con la boca.

La señora Angélica, verdadera virtud, si la hay, pertenece á esta última especie.

La exclamacion de Antonina arrancó á Edmundo de su contemplacion.

«Me ha visto, se dijo. Con tal de que no la disguste mi presencia en este sitio.... ¡Ah! si yo pudiese decirle todo lo que siento, lo mucho que he pensado en ella durante la noche pasada..... Si pudiese hacerle comprender que mi madre la ama ya y que reemplazará á la suya, si me atreviese á decirle que su recuerdo no se ha apartado de mí en estos dos dias..... Pero, ¿cómo ha de creer que me haya enamorado tan perdidamente de ella en tan poco tiempo? Su aya está aquí, hablar ahora á Antonina seria comprometerla, y sin embargo es preciso que yo la hable.»

Antonina por su parte se decia:

«Aquí está. ¿Cómo habrá sabido que vendria yo á esta iglesia? No, no ha venido por casualidad, ha venido por mí, solo por mí. ¿Acaso me ama ya? ¿Habrá recibido mi carta? ¿Qué va á hacer cuando salgamos? ¿Se atreverá á hablarme?»



Me parece que aparentará no conocerme. Y sin embargo, tiene derecho para pedirme esplicaciones acerca de la carta. ¿Sabe que soy yo quien se la ha escrito? Con tal de que la señora Angélica no sospeche algo..... ; Qué pálido está!.....»

En efecto, Edmundo, que se habia acostado á las cuatro de la madrugada y que se habia levantado á las ocho, estaba mas pálido que de costumbre.

Antonina deseaba volverse hácia Edmundo, pues sentia que los ojos del jóven la estaban devorando, y no se atrevia á moverse, pues adivinaba que Edmundo seguiria todos sus movimientos.

Estos dos seres tenian el mismo pensamiento, caminaban hácia el mismo resultado; ambos habrian querido hablarse sin obstáculo, y sin embargo, se huian, el uno por respeto y el otro por pudor.

El amor suele estar formado de estas cosas, cosas indescriptibles, invisibles como el perfume, como el canto, que se respira y se oye sin poderlos cojer ni analizar.

Ya habia terminado la misa y Antonina seguia aun en su puesto, de modo que la señora Angélica, que habia cerrado su libro, le dijo:

—Vamos, ¿qué estais haciendo?

«Si estará pensando en mí» se preguntó Edmundo.

Antonina al marcharse dirigió una mirada de soslayo. No vió á Edmundo; pero le oyó.

«¿Irá hoy á ver á mi padre?» se preguntó la jóven.

Al llevar Antonina la mano á la pila del agua bendita, vió que Edmundo salia por la puerta opuesta á aquella junto á la cual se hallaba la jóven.



«Me gusta lo que está haciendo. No abusa de la posición.»

El corazón de Antonina estaba ansioso de tener que agradecer algo á Edmundo.

En cuanto á él, á aquel enamorado del amor, tenia ya lo que deseaba, y pocas personas habian andado en dos dias tanto camino como él.

Felizmente ignoraba á qué lo debia.

Cuando Antonina hubo salido de la iglesia, vió á Edmundo que á veinte pasos delante de ella tomaba el camino que ella iba á seguir.

La señora Angélica andaba como devota concienzuda que no quiere, profiriendo una sola palabra, arriesgarse á perder el beneficio del divino sacrificio á que acababa de asistir.

En el momento en que Antonina entraba en su casa, Edmundo se volvió y llevó á los labios la carta que el día antes recibiera.

La señorita Devaux sonrojóse y bajó los ojos.

«No hay duda, ella es quien me ha escrito, se dijo el joven, y suceda lo que suceda, le daré las gracias por esta carta; ¿pero cómo hablarla?»

Hacia diez minutos que Antonina habia desaparecido, y Edmundo seguia aun fijos los ojos en el dintel de la puerta que aquellos piecitos acababan de tocar.

Cuando la hija del doctor entró en su cuarto, se dispuso á asomarse á la ventana, pero como la celosía estaba abierta de par en par, tuvo miedo de que la viera el joven que iba á decidirse á dejar la calle de Lille cuando oyó una vocécita que le dijo:

—¿Ya en observacion, lindo enamorado?



Edmundo se volvió y conoció á Nicheta que llevaba una caja de carton en la mano.

—¿Vos aquí, Nicheta?

—Yo misma. ¿No os prometí que me ocuparia de vos, señor olvidadizo?

—¿Y vais á empezar ya?

—Sí.

—¿Qué intentais hacer?

—Voy á subir á casa de la señorita Devaux.

—¿Con qué pretexto?

—Con pretexto de hacerle sombreros y gorras, y enseñárselos.

—¿Y si no os recibe?

—Me recibirá, perded cuidado.

—¡Dichosa vos que vais á verla!

—¿Y vos no la habeis visto?

—Sí.

—¿En la iglesia?

—En la iglesia.

—Ya teneis felicidad para todo el día.

—A lo menos.

—¿Y á quién lo debeis?

—A ella.

—Y á mí, ingrato, que os aconsejé que fuérais á la iglesia.

—Teneis razon, Nicheta.

—Adios, pues.

—¿Y es cierto que vais á entrar en su casa?

—Ya lo vereis.

—¿La hablareis de mí?



—Por supuesto.

—Id con tiento.

—Perded cuidado. Conozco el corazon de las mugeres. Quiero que seais dichoso y que me debais vuestra felicidad. Dejadme hacer, é id á verme hoy á las dos, tendré muchas cosas que contaros.

—Sed prudente.

—Abur, hasta las dos.

—No faltaré.

Nicheta atravesó graciosamente la calle y entró en casa del señor Devaux despues de haber sonreido dos ó tres veces mas á Edmundo.

—Aguarda en la antecala, respondió el ama.

—Que pase adelante.

En un momento de silencio para que Nicheta se presentase en casa del señor Devaux, mas nuestra protagonista había pensado que era domingo, y que en vez de ir con el hermoso día que hacia era muy probable que Antonina fuese al campo con su padre, pues Nicheta creia que lo primero que iba al campo los domingos, y se había dicho de consueño dejar para el día siguiente lo que puede hacer en sus perdidos momentos. Se había puesto, pues, un lindo sombrero de paja, un pañuelo chál, vulgarmente llamado tibet, y despues de haber llenado su caja de todas las maravillas protadas de sus abuelos, como el camino de la calle de la librería donde encuentra Edmundo. Cuando Nicheta se presentó, la señorita Devaux se hallaba en el gabinete de su padre, á quien iba á abrazar cada mañana en medio de sus tareas científicas, cuando



### CAPÍTULO XIII.

**ERA** muy de mañana para que Nicheta se presentase en casa del señor Devaux; mas nuestra modista habia pensado que era domingo, y que en verano, con el hermoso dia que hacia, era muy probable que Antonina fuese al campo con su padre, pues Nicheta creía que todo el mundo iba al campo los domingos, y se habia dicho que no conviene dejar para el dia siguiente lo que puede hacerse sin perder tiempo.

Se habia puesto, pues, un lindo sombrero de paja, un pequeño chal, vulgarmente llamado thibet, y despues de haber llenado su caja de todas las maravillas brotadas de sus dedos, tomó el camino de la calle de Lille donde encontró á Edmundo.

Cuando Nicheta se presentó, la señorita Devaux se hallaba en el gabinete de su padre, á quien iba á abrazar cada mañana en medio de sus tareas científicas.



—Señorita, dijo entrando la señora Angélica, preguntan por vos.

—¿Quién es?

—Una persona que dice que no la conocéis: trae una caja de carton.

—Alguna vendedora de pelendengues, dijo el señor Devaux. Vamos, anda á hacer tus provisiones de verano.

El doctor abrazó á su hija y se puso á escribir un libro en el que estaba trabajando hacia dos años y que debia demostrar á la medicina el verdadero sitio de la vida.

Antonina se dirigió corriendo á su cuarto.

—¿Dónde está la persona que pregunta por mí?

—Aguarda en la antesala, respondió el ama.

—Que pase adelante.

Nicheta se presentó. No pudo menos la señorita Devaux de admirar la encantadora cabeza de la modista, admiración que no ocultó y que no disgustó á nuestra amiga.

—¿La señorita Devaux? preguntó Nicheta.

—Yo soy, contestó Antonina.

La señora Angélica, cuya mision era no dejar sola ni un momento á Antonina, escuchaba de pié y con las manos cruzadas sobre el vientre, pues la señora Angélica era gorda, y como todas las mugeres gordas, tenia salido el vientre, lo que le permitia descansar las manos encima.

Nicheta hubiese querido alejar á aquel testigo que no habia previsto, pues comprendia que en su presencia la señorita Devaux no se atreveria á manifestar todo su pensamiento.

—Vengo, señorita, repuso Nicheta, á enseñaros modelos de gorras, bordados y otros adornos.



—Veamos, veamos, dijo Antonina, sentándose y fijando los ojos en la caja que Nicheta habia dejado sobre una silla para abrirla con mas facilidad.

—Es lo de última moda, añadió Nicheta.

—¿Venís del almacén de la calle de Bac?

—No, señorita, respondió Nicheta viendo que se presentaba ocasion de alejar al ama, si, como no dudaba, tenia la señorita Devaux curiosidad por saber el nombre de Edmundo; no trabajo en almacén alguno, sino en mi casa, y vengo de parte de personas que os conocen, y para las que trabajo, de parte de la señora de Pereux.

—¡Ah! ¿conocéis á la señora de Pereux? dijo Antonina con sorpresa, con alegría.

—Yo lo creo; es una de mis mejores parroquianas.

—¿Y es ella quien os ha dado las señas de mi casa?

—Ella misma.

—¿Cosa mas estraña!

—¿Por qué, señorita?

—Mi buena señora Angélica, dijo Antonina dirigiéndose á su ama, en vez de contestar inmediatamente á Nicheta, ¿queréis hacerme un favor que solo vos podeis hacerme?

—¿Cuál?

—Id á casa de mi modista y decidle que en vez de hacerme el vestido azul que le encargué, que me lo haga de color de rosa, si es tiempo aun.

—Voy en seguida, contestó el aya que estaba muy lejos de sospechar el motivo porque Antonina preferia de repente el color de rosa al azul.

—Algo léjos está, prosiguió Antonina; pero no nos sentaremos á la mesa antes de que hayais vuelto.



Estas palabras lisonjearon el amor propio de la señora Angélica, la cual se puso el chal y el sombrero y se dispuso á marcharse.

—Podría enviar el criado, le dijo en voz baja Antonina, pero equivocaría el recado.

—Teneis razon.

—¿Os gustan las gorras, señora Angélica?

—¿Por que?

—¿Os gustan?

—Y mucho.

—Es cuanto queria saber.

«Va á regalarme una gorra, dijo para sí el ama bajando la escalera; con tal de que me la escoja con lazos de color de punzó....»

«El nombre ha hecho su efecto, dijo para sus adentros Nicheta; todo va bien. Linda es la niña.»

Entretanto Nicheta habia abierto la caja.

—Sentaos, le dijo Antonina; estareis con mas comodidad.

Y al mismo tiempo la señorita Devaux acercaba su silla á la de la modista y se ponía la caja sobre las rodillas.

—Ya que os gusta el color de rosa, señorita, aquí teneis unas gorritas de este color que os han de sentar muy bien.

—¿Con que sois vos la modista de la señora de Pereux?

«Ya estamos» pensó Nicheta.

—Sí, señorita.

—¿Qué edad tiene esa señora?

—Todavía es jóven, tiene treinta y nueve años; y digo que es jóven, añadió Nicheta con el tono mas natural, porque tiene un hijo de veinte y tres años de edad.



—¡Ah! ¿tiene un hijo? preguntó Antonina aparentando mirar con la mayor atención una gorra que Nicheta acababa de entregarle.

—Sí, tiene un hijo, un jóven como hay pocos, bueno, de talento y que ama mucho á su madre.

—¿Le conoceis? preguntó Antonina con acento temblon.

—Mucho: le veo muy á menudo en casa de su madre.

—Esta gorra me gusta, dijo Antonina para aparentar que deseaba mudar de conversacion.

—¿Quereis probárosla, señorita? dijo Nicheta levantándose.

—Con mucho gusto.

—Os sienta muy bien, añadió Nicheta despues de haber mirado en el espejo el efecto que producía la gorra puesta en la cabeza de la señorita Devaux.

—¿Cuánto vale?

—Poca cosa. Luego hablaremos del precio, cuando hayáis escogido.

Antonina se quitó la gorra, la puso á un lado, y volviendo á sentarse, dijo:

—Veamos lo demás.

La caja fué registrada de nuevo.

Nicheta se guardaba bien de ser la primera en volver á hablar de Edmundo. Estaba, por otra parte, muy segura de que Antonina no se olvidaria de hacerlo, y en efecto, no se hizo aguardar mucho.

—Creo que mi padre conoce al señor Edmundo de Pe-reux.

—¿Edmundo? pues Edmundo se llama. ¿Os habia dicho su nombre?



—No; pero he visto su tarjeta en el gabinete de mi padre, si mal no recuerdo, dijo Antonina sonrojándose.

—En efecto, creo que vino á consultar á vuestro padre. Estaba un poco enfermo, y como su madre se alarma fácilmente, quiso tranquilizarla.

—¿Y lo ha conseguido?

—Del todo, contestó Nicheta por decir algo y para aparentar que ignoraba el verdadero motivo de la visita de Edmundo.

«¡Pobre muger! pensó Antonina, nada sospecha...!»

En seguida añadió en voz alta:

—Ayer vino.

—¿Y no ha vuelto esta mañana?

—No.

—¿Estáis segura de ello, señorita?

—Muy segura, respondió Antonina sonrojándose de nuevo.

¿Debía venir acaso?

—Creía haberle visto en la calle hace poco.

Antonina guardó silencio y bajó los ojos.

Como puede verse, Nicheta la empujaba hácia sus últimas fronteras.

—Necesito una gorra, repuso Antonina, para la señora que habeis visto aquí y á quien he mandado á casa de mi modista.

—¿De esta clase?

Y Nicheta ponía de manifiesto una nueva gorra.

—Sí, como esta.

—Una igual vendí á la señora de Pereux.

Antonina guardó silencio; temia haber hablado ya dema-



siado de Edmundo, y sin embargo no sospechaba que Nicheta tuviese tanto interés en saber lo que pensaba y decia de él.

La griseta comprendió aquel silencio; pero prometióse hacer hablar á la inocente jóven.

—Sí, continuó, su mismo hijo se la escujo. Tiene tan buen gusto!..... Figuraos, señorita, que se ocupa de su madre como un hermano de su hermana, como un marido de su muger. Merece ser muy feliz; y sin embargo.....

—¿Y sin embargo, qué? preguntó Antonina.

—Hace dos ó tres dias que está triste, ó á lo menos preocupado, si no me engaño. No sé que le pasa. Su madre me hablaba ayer de esto mismo, porque me quiere mucho, me conoce desde muy chiquita, y me cuenta todas sus impresiones.

—¿Y sabe su madre el motivo de la tristeza de su hijo? preguntó Antonina dando vueltas entre sus dedos al encaje y aparentando estar mas ocupada del encaje que de lo que decia.

—Sí, señorita, Edmundo nada le oculta.

—¿Y qué motivo es ese?

—Quisiera casarse.

—¿Y por qué no se casa?

No necesito decir que el corazon de Antonina latia desde el principio de esta conversacion, por la cual se dejaba arrastrar insensiblemente, al mismo tiempo que se decia que obraba mal hablando de este modo con una desconocida que por poco inteligente que fuese, no tardaria en descubrir su secreto.

¿Pero podia Antonina temer en realidad descubrir un sentimiento del que no podia darse cuenta á sí misma? En cuan-



to á lo de adivinar que Nicheta fuese una enviada de Edmundo, era tan inocente, que si tal le hubiesen dicho, habria vacilado en creerlo.

—No se casa, prosiguió la griseta, porque ignora si le ama aquella á quien ama él.

—¿Nunca la ha hablado, púes?

—Nunca; no ha hecho mas que verla.

—¿Y solo viéndola la ha amado?

—Sí, y es extraño, ¿no es verdad, señorita? Pero parece que la jóven á quien ama es tan hermosa, tan linda, tan buena y pura, que en una sola vez de verla le dejó enamorado.

Nicheta temia haber dicho demasiado.

—Mirad, señorita, añadió de repente, mirad que cuellos tan ricos, á las jóvenes les sientan muy bien.

—Sí... sí... balbuceó Antonina, son muy preciosos... me quedaré uno.

—¿Con que, dos gorros y un cuello? dijo Nicheta que queria dar á Antonina tiempo para recobrase de su emocion.

—Sí, contestó Antonina sin saber lo que estaba diciendo.

Nicheta se levantó.

Si Antonina no se hubiera reprimido, sin duda habria dicho á la griseta:

—«¿Por qué no seguís hablándome de Edmundo?»

Nicheta, que no la perdía de vista, adivinó lo que pasaba por ella, pero para que no descubrieran su ardid, prometiósese esperar que la hija del doctor renovára la conversacion acerca del señor de Pereux.

—¿Os gusta alguna otra prenda de las de la caja? preguntó Nicheta.



—No, gracias, contestó Antonina.

Nicheta se volvió á poner los guantes lentamente, para dar tiempo á Antonina de hallar medio de reanudar la conversacion.

La jóven buscaba en vano.

No le cabia duda alguna de que Edmundo estaba enamorado de ella, y complaciase en oir que se lo dijeran; pero no se atrevia á volver á hablar de él. Cuanto mas pasaba el tiempo, tanto mas veia difícil hablar á Nicheta del señor de Pereux sin que esta dejára de sorprenderse.

—Adios, pues, señorita, dijo la griseta en cuanto hubo acabado de ponerse los guantes, espero que continuareis siendo mi parroquiana.

—¿¿Donde vivís?

Nicheta le dió las señas de su casa.

—Voy á pagaros lo que os debo.

—Es inútil, señorita; otro dia me pagareis estos tres artículos.

Nicheta se dirigió hácia la puerta.

Entonces Antonina, viendo que aquella se alejaba, prefirió decirle una cosa que sin embargo no queria decir, que hablar de Edmundo.

En el momento en que la modista ponía la mano en la llave, Antonina le dijo con voz vacilante:

—Señorita....

Y encendida de rubor, bajó los ojos, no sabiendo que añadir.

—¿Qué se os ofrece, señorita?

—Cerrad la puerta.



Nicheta obedeció.

—Muy extraño va á pareceros lo que os diré: confieso que el señor de Pereux me interesa mucho.

Nicheta abrió los labios para responder.

—Me explicaré, prosiguió Antonina; me interesa por cuanto sé de él una cosa que solo mi padre y yo sabemos.

—¿Y qué cosa es esa?

—El señor de Pereux está mas enfermo de lo que cree. Ya que le conocéis, convencedle de que es preciso que se cuide..... que haga un viaje; no, que no se ausente, pero que se cuide mucho y venga á ver á mi padre que le tratará como á un hijo. Ya comprendereis, señorita, que debia yo interesarme por ese jóven desde que supe que su salud, su vida están gravemente comprometidas.

Nicheta, que no esperaba oír esta revelacion y que amaba á Edmundo como una hermana, se puso pálida.

—¿Es cierto lo que decís, señorita?

—Nada mas cierto.

—¿Edmundo enfermo?

—Y de mucho peligro.

—Gustavo no se engañaba..... murmuró Nicheta.

—¿Qué decís?

—Digo, señorita, respondió Nicheta sin poder ocultar su turbacion, que sois un ángel y que ya no me admira que Edmundo os ame tanto.

—¿Qué significa esto?

—Significa, señorita, que bastante hemos finjido ya; que la jóven que el señor de Pereux ama sois vos; que vos tambien le amais, quizá sin apercibiros de ello; pero secreto es



este, señorita, que solo vos y yo sabemos y que á nadie revelaré. Otro dia os lo explicaré todo y vereis que debeis estar agradecida. Pensad, señorita, que Edmundo está enfermo, que la menor pesadumbre puede agravar su enfermedad y que su felicidad y su vida están en vuestras manos.

Confusa quedó Antonina al oír esta confesion de boca de Nicheta; pero respondió muy pronto con toda la ingenuidad de su alma, y como si hubiese adivinado, sin explicacion alguna, que se las habia con un corazon capaz de comprender el suyo.

—Nada de lo de la enfermedad digais á su madre. Se le salvará sin que ella lo sepa.

—Vuestro amor por sí solo puede conseguirlo, señorita; y se dará por muy dichoso cuando sepa que le amais.

—Pero yo no he dicho.....

—¡Silencio! dijo Nicheta, alguien llega.

En efecto, la señora Angélica acababa de volver á casa y abria la puerta del cuarto de Antonina.

—Ya sabeis donde vivo, señorita, dijo Nicheta, si en algo puedo seros útil, escribidme y vendré volando.

Antonina, á quien habria sido difícil contestar, respondió con una señal de cabeza.

Nicheta saludó y retiróse.

—Tendreis el vestido de color de rosa, dijo la señora Angélica á Antonina.


—Muy bien, repuso esta; os regalo esta gorra, mi querida señora Angélica; ¿os gusta?

—¡Oh! ¡oh! y tiene cintas de color de punzó. Mi buena señorita, ¡qué bien habeis hecho en pensar en mí!

Y abrazó á Antonina en prueba de gratitud.



## CAPÍTULO XIV.


 l presentarse Nicheta aquella mañana en casa de Antonina, no esperaba semejante resultado de su visita. Confiada y alegre habia ido á saber si habia probabilidades de que Edmundo fuese correspondido, y se volvió triste y conmóvida, con la noticia de que el pobre muchacho estaba atacado de una enfermedad que ponía en riesgo su vida. Entraban tan poco en sus cálculos la enfermedad, la pesadumbre y la tristeza, que se afligió inmediatamente al oír las funestas nuevas de boca de la señora Devaux, y se preguntó qué es lo que respondería á Edmundo cuanto éste le preguntára acerca del resultado de la entrevista. Por un momento abrigó la idea de fugarse; pero luego, viéndolo todo tan negro y no queriendo decir ni hacer nada sin consultarlo con Gustavo, resolvió ponerlo en conocimiento de éste, y le escribió una carta concebida en estos términos:



«Mi querido Gustavo: ven á verme luego de recibida esta  
» carta; nuestro amigo Edmundo tiene necesidad de cuantos  
» le quieren. Ya te acordarás de que viéndote triste muchas  
» veces, te pregunté la causa de tu pesadumbre, y me respon-  
» diste que abrigabas temores por su salud; que le oías toser  
» á menudo, que su padre habia muerto á los treinta años, y  
» que á medida que Edmundo se acercaba á esta edad, au-  
» mentaban tus temores. Pues bien, amigo mio, no te enga-  
» ñaron tus presentimientos. Edmundo está afectado de la mis-  
» ma enfermedad que su padre, así me lo ha dicho la seño-  
» rita Devaux á quien el doctor se lo ha revelado. He querido  
» avisártelo en seguida, á fin de que empleemos inmediata-  
» mente los medios necesarios para salvar á nuestro amigo,  
» si es posible. Desde que lo he sabido, se me oprime el co-  
» razon, respiro con dificultad y lloro al escribirte esta carta.  
» Edmundo vendrá á verme á las dos; ven tú antes que él y  
» dime qué debo hacer, pues temo que no he de poder disi-  
» mular mi inquietud en su presencia. Por lo demas, Antonina  
» es un ángel; le ama, no te quepa duda, y estoy segura de  
» que la enfermedad de Edmundo y la simpatía que los pre-  
» sagios del señor Devaux han despertado en ella han contri-  
» buido á apresurar este amor. Hé aquí el resultado del paso  
» que tú sabes daba yo con la mejor intencion, y que ahora  
» me arrepiento de haber dado. Yo en tu lugar iria á ver al  
» señor Devaux y le diria que es preciso que á toda costa  
» salve á Edmundo. El pobre muchacho no guarda cáma to-  
» davía; quizá se le pueda curar. Ya sabes que haré cuanto  
» sea preciso hacer por él.

» NICHETA. »



La jóven dobló esta carta, cerróla, puso el sobre á Gustavo, y bajó á la portera á quien dijo:

«Que traigan esta carta á su destino y decid que se espera la contestacion.»

La portera entregó la carta á un encomendero que se dirigió á casa de Gustavo.

Entretanto Edmundo, en vez de volver á casa de su madre que se habia acostado tarde y que por consiguiente dormia aun, anduvo sin objeto por las calles, entregado á sus meditaciones, á su amor, á sus esperanzas.

Despues de haber andado así durante algun tiempo, dirigióse maquinalmente á casa de su amigo, á quien deseaba enseñar la carta que recibiera el dia anterior y hacerle partícipe de la dicha que ella le habia causado.

Gustavo habia salido; pero el criado, que conocia á Edmundo, que sabia que en casa de su amo estaba Pereux como en la suya propia, habia insistido en que le aguardara, asegurándole que Gustavo no tardaria en volver.

Edmundo, que nada tenia que hacer, aguardó, y echándose en un sofá, volvió á entregarse á sus pensamientos.

Hacia cosa de media hora que estaba aguardando, cuando llegó el encomendero.

—El señor Daumont ha salido, respondió el criado al encomendero, dejad la carta.

—Es que aguardan la respuesta.

—Pues esperad que vuelva el amo.

El encomendero se sentó.

Al cuarto de hora de estar esperando, empezó á impacientarse, levantóse y echó á pasëar por el comedor, murmurando:



—Si en todas partes tuviese que aguardar tanto tiempo, no ganaria para zapatos.

—¿Y yo qué puedo hacer? dijo el eriado; mi amo no está en casa, no puedo entregarle la carta.

El encomendero aguardó algunos minutos mas, y luego volvió á murmurar:

—La portera me ha encargado que no vuelva sin la respuesta.

—Dadme la carta, le dijo impacientado el criado.

—Buscad bien y vereis como vuestro amo está en casa; dijo el hombre entregando la carta.

El criado se encojió de hombros y no contestó. Con la carta en la mano, entró en el aposento en que estaba Edmundo.

—Decidme, señor Edmundo, dijo á nuestro jóven, á quien trataba con cierta familiaridad á fuerza de verle.

—¿Qué quieres, Hilario?

—Está allá fuera un encomendero que trae una carta para el amo, no quiere marcharse sin la respuesta y está diciendo que le hacemos perder tiempo.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Como sois tan amigo del amo y sabeis todos sus negocios, puede que sepais tambien de que se trata, y en este caso podriais dar la respuesta al tal hombre que me está fastidiando en el comedor.

Y al mismo tiempo Hilario entregó la carta á Edmundo, quien, despues de haber mirado el sobre, dijo:

—¡Toma! es Nicheta. ¿Qué diablos escribe á Gustavo? Sin duda le refiere su entrevista con Antonina, y en este caso



nada ha de decirle que yo no pueda saber tambien. Voy á dar la respuesta.

Y al mismo tiempo rompió el sobre y empezó á leer.

Al llegar á la última palabra, se miró al espejo: estaba pálido como un cadáver.

—¿Cuál es la respuesta? preguntó el criado.

—Dí que está bien, que el señor Gustavo Daumont va á salir de casa para trasladarse á la de la persona que acaba de escribirle.

Edmundo se llevó la mano á la frente. La tenia inundada en sudor frio, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos.

En aquellas dos lágrimas estaban todos sus pensamientos.

—¡Pobre madre mia! murmuró.

Y se guardó la carta. No necesitaba volverla á leer, pues la sabia de memoria.

Luego tomó el sombrero, y se salió de casa de Gustavo como un loco, andando á la aventura, sin ver ni pensar.

De repente se detuvo para averiguar donde estaba.

Se encontró en el boulevard.

Varias personas pasaban riendo, mirólas durante algun tiempo; luego se dirigió á la calle de Godot y subió á la habitacion de Nicheta, que al verle entrar tan pálido, quedó aterrada.

—¿Habeis mandado llamar á Gustavo? le preguntó Edmundo tendiéndole la mano que abrasaba y con voz cuya emocion no acertaba á dominar.

—Sí, respondió Nicheta á quien un presentimiento decia que acababa de suceder una desgracia.

—Gustavo no estaba en casa, mi buena Nicheta, y yo mismo he abierto la carta.



La jóven lanzó un grito desgarrador y se ocultó el rostro con las manos.

—¡Dios mio! ¿qué he hecho? exclamó cayendo de rodillas.

—Habeis hecho lo que debiais, Nicheta. Esta carta es la de un ángel. Un día ú otro debia yo saber la verdad. No se hable mas de ello. He venido á daros las gracias por la buena y santa afeccion que me profesais y para encargaros que nada digais de ello á mi madre acerca de este particular. Se moriria de dolor.

A esta idea las lágrimas se agolparon de nuevo á los ojos de Edmundo.

—¡Yo que era tan feliz! murmuró. ¿Habeis visto á Antonia? preguntó á Nicheta.

—Sí, respondió está enjugándose los ojos.

—¿Y es ella quién os ha dicho.....

—Sí.

—¿Estaba conmovida?

—Sí, muy conmovida.

—¡Pobre niña! ¿me ama, pues, un poco?

—Os ama, Edmundo, y quizás nos alarmamos sin motivo. Edmundo se sonrió tristemente. Esta sonrisa indicaba que el jóven comprendía lo fatal de su enfermedad.

—Gracias, mi buena Nicheta, gracias.....

En el mismo instante se abrió la puerta y entró Gustavo, que ignoraba lo sucedido.

—Vengo de mi casa, dijo á Edmundo, me han dicho que habias recibido una carta para mí.

—Es cierto, dijo Edmundo, tómala. Perdóname si la he abierto; mas pesadumbre te causará á tí que á mí.



Y Edmundo entregó á Gustavo la carta.

—Dios lo ha querido, murmuró Gustavo levantando los ojos al cielo y no sabiendo que decir al jóven.

—Sí; pero siento, prosiguió Edmundo, que Dios os haya mezclado en todo esto, á vosotros, amigos míos, tan contentos, tan alegres, tan llenos de salud. Voy á fastidiaros mucho.

—¿Qué estás diciendo? exclamó Gustavo.

—No digais esto, repuso Nicheta.

—¡Ah! amigos míos, dijo Edmundo estrechando en sus brazos la cabeza de la modista y la del jóven y cubriéndolas de besos, ¡ah! amigos míos, ¡soy muy desgraciado!.....

Y al decir esto, le abandonaron las fuerzas y cayó en una silla llorando á lágrima viva.





---

## CAPÍTULO XV.

---



NICHETA y Gustavo tomaron las manos de Edmundo, sin proferir una palabra, pues ambos habían comprendido que la esperanza y el consuelo eran inútiles.

—Vamos, seamos hombre, dijo de repente Edmundo levantándose y disponiéndose á salir.

—¿A dónde vas? le preguntó Gustavo.

—Voy á ver á mamá. A almorzar con ella, respondió de Pereux con un tono que trató de hacer indiferente. ¿Nos volveremos á ver hoy?

—Sí.

—Pues hasta luego. Adios, mi buena Nicheta, dijo Edmundo abrazando á la modista, gracias por la comida que nos disteis ayer..... ya la repetiremos.

Gustavo acompañó á Edmundo hasta la puerta.



Estaba casi horrorizado de ver tan sereno á su amigo.

—No cometas alguna imprudencia , le dijo al dejarle.

—¿Qué imprudencia quieres que cometa? no es este momento oportuno , replicó Edmundo sonriéndose.

—¡Valor, amigo, valor!

—Lo tengo. ¿Por qué desesperar? Los hombres pueden engañarse , ¿no es verdad? y Dios siempre es bueno. No ha concluido todo aun.

Edmundo estrechó la mano de Gustavo y bajó la escalera.

—Solo por tranquilizarnos , por no darnos pena , habló de este modo , dijo Gustavo á Nicheta cuando hubo cerrado la puerta ; pero lleva la muerte en el alma. Horroroso es lo que acaba de pasar. ¿Por qué me escribiste esta carta?

—¿Podia yo creer que caeria en sus manos? No me riñas, Gustavo, bastante padezco ya.

Y Nicheta se enjugaba de nuevo los ojos llenos de lágrimas.

—Veamos , dijo Gustavo, no nos dejemos seducir por esperanzas engañosas : miremos la cosa bajo su peor aspecto , y si nos equivocamos , resultará una alegría para nosotros. Edmundo no tiene mas que cuatro ó cinco años de vida.

—¡Pobre Edmundo! dijo Nicheta.

—Pues bien , es preciso que los viva feliz , y á mí me toca asegurar esta felicidad , porque , mira , Nicheta , si el dia en que muera Edmundo siento que no he hecho por él todo lo que debia , me haré saltar la tapa de los sesos. ¿La señorita Devaux vive sola con su padre?

—No; hay una aya en la casa.

—No le hace.

—¿Quieres ir á verla?



—Sí.

—¿Para qué?

—Tengo un proyecto.

Gustavo abrazó á Nicheta y se marchó á su vez.

Cuando hubo desaparecido en el ángulo del baluarte, Nicheta se puso el chal, se fué á la iglesia de la Magdalena, arrodillóse é hizo oracion durante un buen rato, pasado el cual regresó á su casa mas sosegada.

Entretanto Edmundo habia llegado á casa de su madre que acababa de despertarse sin recordar apenas las emociones de la víspera, y que recibió á su hijo como le recibia siempre, con una sonrisa y un abrazo.

A pesar de sus esfuerzos, Edmundo no podia triunfar de su tristeza y de los pensamientos á que le arrojára de repente la carta de Nicheta.

La señora de Pereux le preguntó dos ó tres veces acerca de su ensimismamiento, atribuyendo esta melancolía á los primeros sinsabores de amor que su hijo experimentaba.

¡Oh! cuando el corazon se ha abandonado á la esperanza, le cuesta mucho la duda, y por una de esas reacciones frecuentes del alma, los temores de la madre de Edmundo parecian borrados para siempre por la confianza que en Dios pusiera despues del terrible presentimiento que la afligió el dia antes.

Edmundo hizo cuanto pudo por estar alegre; pero despues del desayuno, durante el cual habia contado á su madre el encuentro con Nicheta y la cita que le habia dado, se retiró á su cuarto.

Sentóse, por decirlo así, enfrente de sí mismo, y apoyando la cabeza en la mano, empezó á reflexionar.



«; Cosa estraña la vida! se decia. Un niño viene al mundo; rodéanle de cuidados sus jóvenes padres; le reciben como un beneficio; aman en él el visible latido de sus dos corazones. Sus ojos se abren á la luz, su alma á la vida, y la naturaleza entera empieza para él. La mirada maternal sigue, estudia al recién nacido; el mas leve de sus males inquieta; protéjenle como una flor endeble que necesita siempre la misma cantidad de agua, de luz y sombra. Le educan como si debiera ser eterno; llenan de sentimientos su corazon, de ciencia su espíritu, y así va creciendo. Se fundan esperanzas en el niño para la época en que será hombre; se le indican todas las carreras, se examinan sus inclinaciones y simpatías; se le crean relaciones; sus progresos alegran á sus padres que dan gracias á Dios. Llega á los veinte años; sonrie á la vida que se le presenta. Llena de encantos; su inteligencia reflexiona, su mirada sondea los horizontes, su corazon ama. A su vez espera para sí; se siente capaz de grandes y buenas acciones, hace dichosos á los que le rodean y le hacen dichoso á él. Despiértanse en su espíritu todas las nobles ambiciones, sonrie á lo porvenir, en una palabra, es feliz. Sus padres se complacen en su obra acabada á fuerza de amor y solicitud, y un dia, cuando menos lo piensan, se nota que el niño tiene un tubérculo en el pulmon y que irrevocablemente es preciso que muera, y que dentro de poco tiempo será preciso encerrar entre cuatro tablas y arrojar á la tierra, con su cadáver, todo su pasado, todo su porvenir, sus esperanzas todas, toda su dicha; que ya no verá á los que amaba, que tampoco le verán los que le aman, y que en vez de estrechar en los brazos una criatura jóven, fuerte, feliz, amante, amada,



sus padres no tendrán mas que un sepulcro con un nombre en la losa para ir á rogar.

« ¡Ah! ¡esto es horroroso!..... ¡Y aquel niño soy yo!

« Vivo, veo, siento, pienso, amo; todas las cosas de la naturaleza tienen en mí un espejo ó un eco; y dentro de algun tiempo mis ojos nada verán ya, mi cuerpo será insensible, mi cerebro no será mas que una materia inerte, mi corazón, que ahora late, habrá muerto, será mi amor cosa olvidada y perdida. ¡Nadie verá que hay en el mundo un sitio vacío, y vendrán otros hombres que verán, sentirán, pensarán, amarán y morirán como yo!

« A mi edad por lo general se gasta alegremente la vida, sin cuidado; el pasado es corto, lo porvenir parece eterno....; se deja pasar los dias sin contarlos porque el corazón es rico en esperanzas. Y yo, yo que estoy advertido ya, moriré por consiguiente dos veces; cada dia me preguntaré: ¿esta noche? Cada noche me preguntaré: ¿mañana? Y un dia mi madre lanzará un grito que yo no oiré, y ¡todo habrá concluido!

« Un sacerdote, cuyas oraciones no podrán despertarme, rogará junto á la cabecera de mi cama, algunos hombres me acostarán en mi último lecho, angosto y frio, y llegará un momento en que estaré mas cómodamente en mi ataúd que hoy con el mundo entero en torno mio. Mi cuerpo será el mismo, un poco mas delgado, algo mas pálido y nada mas; pero nada terrestre ejercerá ya imperio sobre él y mi alma se hallará delante de Dios.

« Por más que yo no quiera, esto sucederá.

« Y amo no obstante... primero á mi madre, que habrá da-



do toda su vida sin poder asegurarse la mia; luego á Gustavo que aceptaria hoy mi enfermedad para que yo fuese feliz; á Antonina á quien he visto hace tres dias no mas y que me ha dado ya pruebas de simpatía y compasion; á Nicheta, á esa tierna jóven que me llorará sinceramente... y á pesar de todo, será preciso que me detenga en medio de mi camino y que los que he conocido prosigan el suyo sin mí.

» ¡Y yo que lloraba muchas veces pensando que un dia veria morir á mi madre!... Bendito seais, Dios mio, pues habeis querido evitarme este dolor.»

«Oprimido el corazon por estas reflexiones en que se complacia á pesar suyo, Edmundo se levantó, paseó algunos momentos por su cuarto, luego se dirijió á la ventana, descorrió la cortina y miró á los que pasaban por la calle; despues, volviendo á la mesa, se sentó, apoyó la cabeza en la mano izquierda, y maquinalmente empezó á escribir á la señorita Devaux.

«Antonina, se me figura que os amo mucho mas desde esta mañana. En el templo sin duda habeis rogado á Dios por mí. ¡Cuántas cosas en tres dias! ¿Qué voy á hacer ahora? A partir, pues me lo habeis aconsejado. ¡Partir! ¿Y á dónde iré? ¿Al Mediodía en busca de una atmósfera que me dé algunos dias mas de vida? ¿Revelaré á mi madre que estoy enfermo? ¿Me alejaré de vos? ¿Iré á llevar al extranjero mi tristeza, mi fastidio, mi mal? ¿Iré á morir en el cuarto de una fonda debajo de un nuevo cielo? ¿Para qué?»

«No obstante, si Dios y vos quisierais, podria ser dichoso todavía, y la fatalidad que he sabido esta mañana podria ser la causa de mi felicidad. ¿Qué criatura puede asegurar



» que será dichosa tres años? Yo podria serlo. Tres años pa-  
 » sados con la muger que se ama son una eternidad. Si me  
 » dirijiese á vos y os dijera: Me queda poco tiempo de vida;  
 » pero depende de vos que este período de tiempo sea feliz ó  
 » desgraciado, bendito ó maldecido; sacrificaos, sed mi mu-  
 » ger, y durante los años que Dios me conceda, todo lo que  
 » puede hacer un hombre, todo cuanto puede inventar por la  
 » muger que ama, lo haré é inventaré por vos. En cuanto yo  
 » muera, sereis libre, y jóven aun, podreis continuar con un  
 » nuevo esposo la dicha empezada conmigo. En nombre de  
 » vuestra madre que no existe, en nombre de la mia que  
 » morirá de mi muerte, sed mia, Antonina, y cuando Dios me  
 » llame á sí, me presentaré llena de gratitud el alma por el  
 » consuelo que me habreis concedido. Hacedlo, Antonina, y  
 » un dia podreis decir: «Hice una buena accion. Habia un  
 » desgraciado que sin mí habria muerto blasfemando y mal-  
 » diciendo, y gracias á mí, gracias á mi amor, murió lamen-  
 » tándose de la vida, pero no maldiciéndola.»

» ¡Qué precioso recuerdo para lo porvenir! ¡cómo os pon-  
 » dria orgullosa, Antonina! Ademas, ¿quién sabe?»

Edmundo no continuó la frase empezada, la pluma se le  
 cayó de las manos. ¡Cosa estraña! la idea de esperar le des-  
 alentaba.

Volvió á leer lo que acababa de escribir, y despues de ha-  
 ber meditado unos momentos acerca de la carta, la rompió  
 echando los trozos á la chimenea.

«¡Insensato de mí! exclamó, ¿no me ha dicho que partie-  
 ra? ¿Con qué derecho iré á pedir á esa jóven que asocie su  
 salud á mi enfermedad, su vida á mi muerte? ¿Con qué de-



recho le he de dar un cadáver por esposo? ¿en nombre de qué tomaré sus tiernos y hermosos años, como se toma un ramo de flores para esparcirlas sobre una tumba? ¿Me ama acaso? ¿puede amarme esa jóven á quien solo he dirigido la palabra al volverle un guante y que solo me ha visto dos veces? ¿Debo abusar de un movimiento de compasion con que me ha distinguido? Vamos, soy un loco muy desgraciado.»

Y Edmundo dejó caer la cabeza entre sus manos.

«Pero, prosiguió algunos momentos despues, si no tengo derecho á hacerme amar, lo tengo para amarla y verla, para darle á entender que desde el dia en que la ví asocié mi pensamiento al suyo. En vez de emplear en mi dicha el tiempo que de vida me queda, quiero emplearlo en la suya. Desgraciado del hombre á quien ame, si no la hace feliz. Voy á ver al señor Devaux; se lo esplicaré todo, le confesaré la verdad. Le suplicaré que me admita en su casa como á hijo: veré desenvolverse las primeras impresiones de Antonina. La pediré que me quiera como á un hermano. La amaré, no como á una muger, sino como á un niño, pues mi próxima muerte me envejecerá á sus ojos. Escuchará mis consejos: mi cariño por ella será casi paternal. Su marido no podrá tener celos de mí al saber quien soy. Sí, esto vale mas que casarme. No haré sufrir el dolor de mi muerte sino á los que la naturaleza ha colocado junto á mí. De este modo no quitaré á mi madre mis últimos años; seré todo suyo y me dormiré en sus brazos.»

Así reflexionaba Edmundo; tanta era su necesidad de dar alimento á su corazon destrozado: luego salió en direccion á la casa del doctor, pero principalmente con el deseo de ver á Antonina.



Entretanto Gustavo se encaminaba á la calle de Lille, preguntándose en el camino de qué pretesto se valdria para hablar á Antonina.

«No hay remedio, se dijo, es preciso que yo la hable, y á mi modo de ver los medios francos son los mejores. Se trata de la felicidad de Edmundo.»





## CAPÍTULO XVI.



L llegar á la calle de Lille, Gustavo entró en casa del señor Devaux.

—Servíos advertir á la señorita, dijo al criado que le abrió la puerta, que hay una persona que desea hablarle.

Gustavo dijo estas palabras con tono tan resuelto, que el criado se limitó á obedecerle.

Nuestro jóven entró en el salon que ya conocemos y en donde apareció poco tiempo despues Antonina.

—¿Sois vos quien pregunta por mí? dijo la jóven con sorpresa.

—Sí, señorita, y os suplico que cerreis la puerta de vuestro cuarto, pues lo que tengo que deciros no puede ni debe ser oido sino por vos.

Semejante lenguaje era para asombrar á la jóven; pero



el que lo pronunciaba lo hacia con tono tan suplicante, que ella cerró la puerta, y sentándose luego, le dijo:

—Ya os escucho, caballero.

—Señorita, repuso entonces Gustavo, sois jóven y hermosa, y como hija de un hombre honrado, vuestro corazon debe ser bueno y cariñoso; pero sin quererlo, habeis causado una gran desgracia.

—Me dejais sorprendida, exclamó Antonina que no comprendia la emocion de Gustavo á quien no reconocia á pesar de haberle visto imperfectamente del brazo de Edmundo.

—Ayer vino aquí una jóven á ofreceros gorras y encajes.....

—Es cierto.

—Os habló del señor de Pereux.

—Tambien es cierto, caballero, respondió Antonina sonrojándose.

—Podeis hablarme sin cuidado, señorita, pues no tengo mas que una vanidad, y es la de creer que no existe otro corazon mas franco que el mio. Dijisteis á aquella jóven lo que el señor Devaux os habia confiado acerca del señor de Pereux, esto es, que estaba atacado de una enfermedad mortal. Pues bien, señorita, aquella jóven me lo ha escrito todo sabiendo que quiero á Edmundo como á un hermano, y la carta ha caido en manos del señor de Pereux.

—; Desgraciado! exclamó Antonina.

—En efecto, muy desgraciado, señorita, pues esta profecía de muerte es la ruina de todas sus esperanzas, de todas sus afecciones, de toda su soñada felicidad, porque Edmundo os amaba, os ama todavía, y ahora será preciso imponer silencio á su corazon, y su corazon que no callará romperáse en



su pecho y le matará mucho tiempo antes de lo que se espera. Pues bien, señorita, me dirijo á vos con franqueza, sencillamente, y os digo: Hay un hombre que os ama, y que morirá jóven; tiene una madre que vive de su vida y de su felicidad no mas: ¿os sentís con bastante fuerza para convertirlos en ángel custodio de ese hombre, para acompañarle con vuestro cariño hasta la hora de su muerte, para reparar el mal que involuntariamente habeis hecho? ¿ó es preciso que parta, que vaya á morir en algun rincón, sin mas consuelo que el recuerdo de vuestro nombre, no bastándole, como estoy seguro de que ya no le basta, el amor de su madre?

Hay sentimientos que no necesitan comentarios.

Renunciamos á pintar la impresion que esta declaración tan sencilla cuanto estraña produjo en Antonina; pero en un momento se habia hecho muger y sentia todas las cuerdas del amor, de la abnegacion, de la generosidad vibrar ruidosamente en ella y aconsejarle la noble accion que Gustavo le pedia.

—Caballero, dijo en voz grave á Daumont y levantándose, ¿me jurais que es cierto lo que acabais de decirme?

—Lo juro, señorita.

—¿Estais seguro de que casándome con el señor de Pereux habré hecho todo lo humanamente posible para hacerle feliz durante los días de vida que el cielo le concede?

—Lo estoy.

—Pues bien, caballero, amo al señor de Pereux; mientras viva no seré sino suya; entregadle este anillo que conservo de mi madre, como prenda del juramento que acabo de hacer.



Gustavo se arrodilló á los piés de Antonina, besó sus manos y las cubrió de lágrimas.

—Id, caballero, dijo á Gustavo, idos á reunir con el señor de Pereux, yo voy á rogar por mi esposo.

—Esto diciendo, Antonina, pálida, digna, bella, radiante de juventud, de amor y belleza, abria de nuevo la puerta y volvía á su cuarto.

Gustavo saltó los escalones de cuatro en cuatro.

—¡Oh! ¡noble corazón! repetía á cada momento. ¡Pobre Edmundo! á lo menos me deberá una alegría.

Al llegar á la calle, Gustavo encontró á su amigo que, como ya hemos visto, iba á hacer una visita al señor Devaux.

—Te ama, exclamó Gustavo. Solo contigo quiere casarse.

—Toma el anillo que me ha dado en prueba de ello. Desde hoy sois prometidos esposos. Espera, amigo mio, espera.

Y se echó en los brazos de Edmundo.

Este estaba casi sofocado por la alegría.

—¿La has visto?

—Sí.

—¿Me ama?

—Sí.

—¿Consiente en casarse conmigo?

—Sí, te digo que sí.

—¡Ah! Gustavo, no creía que se pudiese ser tan feliz y tan desgraciado á un tiempo mismo.

Y esto diciendo, Edmundo abrazaba de nuevo á su amigo.

—¿Se han vuelto locos? dijo un hombre rechoncho que habia asistido á esta escena y que no comprendía que se abrazáran de aquel modo en la calle obligando á los que pasaban á bajar de la acera.



---

## CAPÍTULO XVII.

---

**E**DMUNDO queria subir á casa de la señorita Devaux, echarse á sus piés, decirle cuánto la amaba ya antes del sacrificio que ella acababa de hacer, y cuánto habia este sacrificio aumentado su amor; pero Gustavo le detuvo.

—Nicheta puede entrar en la casa, le dijo; vamos á su habitacion, escribirás á Antonina y ella le traerá la carta.

—Tienes razon, vamos, no tardemos.

Y echaron á andar precipitadamente. Edmundo se sentia tan feliz á la idea de que Antonina iba á ser suya, que esta idea desmentia casi la siniestra revelacion de la mañana. No se acordaba mas que de una cosa, y era que Antonina le amaba, que seria su esposa y llevaba á los labios el anillo que acababa de recibir.

—Es hermosa, ¿no es verdad? decia á Gustavo. ¿Quién



me habria dicho hace cuatro dias, cuando la seguimos por la misma acera en que ahora nos hallamos, que hoy estaria tan adelantada la aventura? Vamos, si Dios no me da muchos años de vida, añadió riendo, precipita para mí los preliminares de la felicidad, y en resumidas cuentas no me habrá ido mal, que digamos. Al fin y al cabo, ¿qué es la vida sinó algunos dias dichosos en medio de pesadumbres, luchas, ilusiones y desencantos sin número? La Providencia me sonrie, á mí, que esta mañana me creia maldecido. Antonina sabe que moriré jóven, y su amor, ó su piedad, apartará de mí todo lo que pueda darme pena. Solo habré vivido los dias felices, y al llegar al término prefijado, hallaré en mi pasado con qué labrar la dicha de dos existencias de una regular duracion. ¿Está la felicidad en los dias que uno ha vivido? No; está en los dias llenados por el amor, por la amistad, por todos los consuelos divinos que Dios concede al hombre. ¿He sido desgraciado alguna vez? Soy amado de mi madre, de tí, de Antonina. ¿Existe un hombre de sesenta años que pueda, juntando todos sus pasados dias, encontrar un total igual al mio? No: ya lo ves, Gustavo, soy dichoso como nunca hubiera creido poderlo ser.

Y hablando así, Edmundo se sonreia y andaba con cierto orgullo.

¿Qué es, pues, el amor, esa palabra que tiene el poder de hacer mirar la muerte riendo, y de cambiar en un instante la desesperacion en esperanza y el dolor en alegría?

Gustavo estrechaba las manos de Edmundo.

—Muy contento estoy de verte así, le decia: espera, amigo mio. espera. ¡Qué diablos! el señor Devaux puede haberse engañado, y apuesto que algun dia hemos de ver que su error



no habrá servido sino para apresurar tu casamiento con su hija.

Edmundo nada respondió á esto. ¿Participaba de la esperanza de Gustavo? No. Por otra parte, por un sentimiento que no trataremos de describir, pero que se comprenderá, le hubiera parecido ser ingrato con la muerte que le hacia tan dichoso, si no hubiese continuado creyendo que le pertenecía y que le debía un desquite.

Supersticion era esto; ¿pero acaso el amor no es el padre de todas las supersticiones, de todas las creencias?

Ambos amigos llegaron á casa de Nicheta.

Lo primero que hizo Edmundo fué arrojarle á los brazos de la jóven.

—Mi buena Nicheta, exclamó. Antonina me ama, va á ser mi esposa. Mirad su anillo: Gustavo lo ha arreglado todo. Aprisa, dadme papel y tintero, quiero escribirle.

Nicheta miraba á su amante, quien le hizo señal con los ojos como para asegurarle que todo era cierto y que Edmundo no estaba loco.

Nicheta se puso muy contenta al ver al jóven en esta disposicion de espíritu, y dió á Edmundo recado de escribir.

—Nicheta, dijo Edmundo sentándose, vais á hacerme un favor.

—Con mucho gusto.

Ireis á entregar á Antonina la carta que voy á escribir, y cuya respuesta aguardo aquí.

—En este caso voy á vestirme, contestó la modista.

Y entró en el cuarto inmediato para disponerse á salir.

Gustavo la siguió. Edmundo se puso á escribir.



» «Señorita Antonina, ¿cómo debo llamaros despues de lo  
 » que acabo de saber? ¿Debo encerrarme en mi respeto, ó me  
 » permitireis que os hable con todos los sentimientos que es-  
 » perimento? Vos tan bella y feliz, vos á quien no conozco sino  
 » desde hace cuatro dias, vos á quien no he dirigido todavía la  
 » palabra, vos que podeis escoger entre los mas nobles el ma-  
 » rido que querais, vos consentís en amarme, os compadeceis  
 » de aquél á quien vuestro padre condena. ¡Oh! ¡bendita sea esa  
 » muerte que me acerca á vos! Gracias, Antonina, gracias por  
 » la dicha que os debo.

» Yo habia pensado en lo que Gustavo os ha dicho esta ma-  
 » ñana, en la felicidad que me otorgais; pero nunca me hubiera  
 » atrevido á pedir os este sacrificio. Y vos á las primeras pala-  
 » bras habeis consentido en ser mi esposa, en asociar vuestro  
 » porvenir lleno de vida á mi limitado porvenir..... No habeis  
 » querido abandonar á la desesperacion un alma que espera  
 » en vos, y vuestra dulce piedad os ha movido á hacer por  
 » mí lo que el amor os hubiera movido á hacer mas tarde  
 » por otro. ¡Cuánta bondad! ¡cuánta generosidad, Antonina!  
 » Dios seria injusto si no os recompensára algun dia el bien  
 » que habeis hecho hoy. Pero los pocos dias que de vida me  
 » quedan quiero emplearlos en mi gratitud. Quizás habrá en  
 » el mundo mugeres mas felices, pero de seguro que no las  
 » habrá mas amadas que vos. Seré vuestro esclavo sumiso y  
 » desinteresado. Dios es quien ha permitido que os encontrára,  
 » él ha querido lo que está sucediendo, pues de otro modo,  
 » ¿cómo me esplicaria la ventura que me concede en tan  
 » corto tiempo?  
 » Ya que no teneis madre, Antonina, la mía lo será vues-



» tra tambien. Vereis que buena es y como os amaré casi tanto  
» como yo.

» Vuestro padre será el mio; le rodearemos de cuidados y  
» afeccion, nos someteremos á sus gustos y costumbres. Egois-  
» mo será tambien esto por mi parte, pues un dia tendré ne-  
» cesidad de él para que prolongue un poco mi vida y haga  
» que yo os vea mucho tiempo mas.....

» ¡Si supierais como os amo, Antonina!..... ¡Oh! permi-  
» tidme que os diga en esta carta toda la alegría que siente  
» mi corazon. Generalmente solo despues de pasado algun  
» tiempo se confiesa á la muger amada todos los sentimientos  
» que despierta en el alma. Una fatalidad providencial me  
» autoriza, á los cuatro dias de nuestro encuentro, á hablaros  
» con toda franqueza. Oid, pues, todo lo que necesito deciros.

» Al saber esta mañana la enfermedad de que estoy atacado,  
» maldecia al cielo y la vida, y ahora que sé que me amais,  
» por mas que el mal no haya desaparecido, por mas que  
» nada desmienta la prediccion de vuestro padre, mi corazon  
» desafía á los mas dichosos. Cuanto maldecia antes la vida,  
» tanto la quiero ahora. Una palabra vuestra ha disipado toda  
» mi tristeza. Tengo la eternidad en el alma: no hay una voz  
» en la naturaleza que yo no oiga y comprenda; me parece  
» que soy el centro á donde van á agruparse todos los bene-  
» ficios de Dios. Rio y lloro; quisiera errar solo por el campo,  
» la frente al aire, y dando voces á los árboles, á las nubes,  
» á las flores, á los horizontes, diciéndoles: —¿No lo sabeis?  
» Antonina me ama.

» ¡Cuando pienso que hay personas que pronuncian vuestro  
» nombre sin saber todo lo que encierra de abnegacion, de



» pureza é inocencia, de juventud y amor!..... ¡Qué hermosa  
 » es la vida! ¡qué bueno es Dios! ¡Hay algo en el mundo  
 » mas sagrado, mas noble, que dos corazones bien unidos  
 » que solo recuerdan de su pasado el tiempo en que el uno pen-  
 » saba en el otro, que no ven en el porvenir mas que el  
 » tiempo que pasaron juntos? Estos dos corazones son los  
 » nuestros, y desde hace una hora.  
 » ¿Debia yo comprender así vuestra respuesta?  
 » Os escribo sin pensar en concluir la carta: las palabras  
 » se agolpan en tropel á mi pluma: me parece imposible,  
 » sin embargo, espresaros todo lo que siento.  
 » Pensad que sois la primera muger á quien he amado.  
 » ¡y si supierais cuán hermosa sois, Antonina!  
 » Cuando os iba siguiendo el otro dia, una voz secreta me  
 » decia que mi vida estaba destinada á confundirse con la  
 » vuestra. ¿No pensasteis vos que yo representaria un papel  
 » importante en vuestro porvenir? ¿Dejasteis caer con inten-  
 » cion el guante? ¡Si hubieseis podido ver como latia mi cora-  
 » zon al recojérselo! Os sonrojasteis al recobrarlo..... ¿Quién  
 » se atreveria á negar en vista de esto la ley de las simpatías  
 » misteriosas?  
 » ¿Qué mas debo deciros? Mi corazon rebosa, Antonina.  
 » ¿Qué haré ahora? ¿Me será permitido veros, y miraros  
 » un instante y decirme: «Este ángel es mio?» ¿Conviene  
 » que vaya á ver á vuestro padre ó que sea mi madre quien le  
 » pida el consentimiento que necesitamos y que ya quisiera  
 » tener?.....  
 » Hay momentos en que dudo de que sea cierto lo que  
 » Gustavo acaba de repetirme. Recelo que la fria realidad



» venga á decirme: Has soñado; Antonina no te ama, no  
 » piensa en tí. ¡ Ah! si esto llegase á suceder, seria para mí  
 » demasiado largo el tiempo que me queda de vida.»

—¿Y bien? dijo Nicheta entrando, ¿estais escribiendo todavía?

—¡Tengo tantas cosas que decir!... contestó Edmundo.

—¿Y no tocan á su término todavía esas cosas?

—Sí, Nicheta, ya he concluido.

—¿Qué le diré á la señorita Devaux?

—Nada, entregadle la carta, y nada más.

Y esto diciendo, Edmundo doblaba y cerraba la carta.

—¿Os hallaré aquí? preguntó Nicheta tomándola.

—Sí, aquí os espero con Gustavo.

Nicheta se despidió de sus amigos y salió.

Encontró á Antonina conmovida aun por lo que acababa de pasar entre ella y Gustavo.

En vano la señora Angélica la habia hecho preguntas, pues Antonina no quiso responder á ellas, y la buena aya se vió reducida á dormirse de nuevo sobre el *Castillo de Kenilworth*.

«Creo haber hecho lo que debia, decía la jóven. Siento que un dia habria amado á Edmundo, si es que no le amo ya. ¿Pero qué dirá mi padre?»

En esto pensaba Antonina cuando entró Nicheta.

La señora Angélica se despertó sobresaltada oyendo entrar á la modista.

—¿Venís de parte del señor de Pereux? la preguntó Antonina.

—Sí, señorita, contestó Nicheta.



—¿Y quién es el señor de Pereux? preguntó la señora Angélica frotándose los ojos.

—Es mi esposo, respondió la señorita Devaux.

—¡Ave María Purísima! exclamó el aya mirando á la jóven, ¿estais loca?

—No, mi querida señora Angélica, replicó Antonina comprendiendo que ya no era una niña y no queriendo dar á sus sentimientos la vergüenza de ocultarlos. ¿Qué os ha encargado que me dijerais? prosiguió dirigiéndose á Nicheta.

—Me ha entregado esta carta para vos, señorita.

Y al mismo tiempo Nicheta, que veía que eran inútiles los misterios, entregaba la carta de Edmundo á la hija del doctor.

—¿Me esplicareis qué significa esto? preguntó la señora Angélica cerrando el libro.

—Significa, contestó Antonina que habia abierto ya la carta, que el señor de Pereux me ama, que yo le amo tambien y que voy á casarme con él.

—¿Y vuestro señor padre ha autorizado esta correspondencia?

—Mi padre nada sabe todavía.

—Pues en este caso mi deber me manda que se lo diga.

—Es inútil, pues dentro de un momento iré yo misma á decírselo.

Y al mismo tiempo Antonina empezaba á leer la carta que acababa de recibir, y Nicheta, que la estaba observando, veía temblar sus manos y colorearse sus mejillas.

La señorita Devaux sentia que el corazon le latia fuertemente.

No interrumpia su lectura sino para esclamar: ¡Cuánto me ama!



—¿De qué sirvo yo aquí? se preguntaba la señora Angélica. Nada me dicen, nada veo.

—Venga mañana la señora de Pereux á ver á mi padre, dijo Antonina á Nicheta, ya estará prevenido. Vos sois la causa de todo esto, señorita, añadió la jóven no dudando ya de que la modista estaba al corriente de lo que pasaba.

—¿Debo sentirlo, señorita?

—No, respondió Antonina, pues nunca olvidaré que habeis sido portadora de esta carta. Direis al señor de Pereux lo que de ella he hecho, añadiendo que al dejaros he entrado en el cuarto de mi padre.

Y diciendo esto, Antonina guardó la carta de Edmundo en el pecho y entró en la habitacion donde estaba el doctor.

—Papá, mi querido papá, dijo sentándose en las rodillas del señor Devaux, vengo á hablarte de cosas muy importantes.

—Me tienes inquieto, exclamó riendo el doctor. ¿Cosas muy importantes tú? vamos, habla, hija mia.

—Papá, prosiguió Antonina con voz grave, yo amo á un hombre.

—¿Amas á un hombre? repitió el señor Devaux un poco sorprendido.

—Sí, y que me ama tambien, y vengo á deciros que su madre vendrá mañana á pedirnos mi mano.

El médico miró á su hija con verdadero asombro.

—¿Y eres tú sola quien ha arreglado todo eso?

—Sí, papá.

—¿Y quién es ese jóven? pues supongo que es jóven. Dime su nombre, y si es digno de tener por esposa á la que doy gracias á Dios cada dia de tener por hija, te casarás con él.



- Es el señor Edmundo de Pereux, papá.
- ¿Edmundo de Pereux?... no conozco este nombre, dijo el doctor que ya no se acordaba de la visita de Edmundo.
- ¡Qué olvidadizo sois! dijo Antonina estendiendo la mano y señalando la tarjeta.
- ¿Ese jóven que vino á consultarme hace dos dias? preguntó el médico conociendo la tarjeta del enfermo.
- El mismo, papá.
- ¿Y te ama?
- Sí.
- ¿Desde cuándo?
- Desde que me vió.
- ¿Y cuándo te vió?
- Hace cuatro dias.
- ¿Y tú le amas tambien?
- Como él á mí.
- ¿Desde el mismo tiempo?
- Sí, papá.
- Estás loca, hija mia.
- Estoy en cabal juicio, papá, os lo juro.
- Ya sabes que no puedes ser su esposa.
- ¿Por qué?
- Porque el señor de Pereux habrá muerto dentro de tres años, pues yo lo sé, y sabiéndolo, no puedo dar mi hija á un hombre que la dejará viuda despues de tres años de matrimonio, con hijos atacados de la misma enfermedad que él. Dime que todo esto no es mas que una niñería y no se hable mas de ello.
- No es niñería, papá, y cabalmente la misma razon que



teneis para negar mi mano al señor de Pereux es la que me hace amarle.

—No te entiendo.

—Pues es muy sencillo, papá. El señor de Pereux me ama. Sé, como vos, que solo le quedan tres años de vida, y quiero ser su esposa para que sea dichoso durante esos tres años.

—¿Y crees que consentiré en este sacrificio?

—Será preciso que consintais, papá.

No solo Antonina jamás habia hablado á su padre de este modo, sino que el doctor nunca habia sospechado que le pudiese hablar con tanto carácter y gravedad.

—¿Y por qué será preciso?

—Porque hace una hora que le he prometido ser suya. Mira, papá, continuó la jóven mostrando la mano, ya no tengo el anillo de mamá; se lo he dado con el juramento de que solo seré suya. No hay tiempo que perder, papá, cuando se ama á un hombre á quien solo quedan tres años de vida que consagrar á su esposa.

—¿Y en tres dias has arreglado todo eso?

—En cinco minutos, papá.

—¿Y pudiste creer que yo consentiria en este casamiento?

—Porque sabia que os opondriais, por esto he dado el anillo y hecho un juramento.

—Mientras yo viva, no serás la esposa del señor de Pereux.

—He jurado sobre la tumba de mi madre, respondió Antonina.

—No hay sacrilegio donde hay locura, y tú estás loca.



Por un sentimentalismo poético no permitiré que contraigas un enlace que será la desgracia de tu vida. Tu dicha es primero que todo. Tengo mas juicio que tú y veo las cosas como tú no las ves. Créeme, hija mia, renuncia al señor de Pereux y no comprometas asi tu porvenir, del cual respondo delante de Dios. Y Dios, que me permite ver lo que los otros hombres no ven, quiere que esta triste ciencia sirva á lo menos para la dicha de mi hija. No me hables mas de esto. Te mandaria á un convento si pudiese creer por un instante que dentro de ocho dias no habrás rechazado todas estas ideas.

—¿Es esta vuestra resolucion, papá?

—Sí.

—¿Será en vano que os diga que la felicidad mia, la del señor de Pereux y la de su madre dependen de este enlace? ¿os opondeis á él á pesar de esto?

—Primero por la persuasion, y luego, añadió el doctor con tono algo mas severo, por todos los medios que mis derechos de padre pongan en poder mio, si no basta la persuasion.

—Con que direis á esa madre: «Niego la mano de mi hija á vuestro hijo porque está mortalmente enfermo.»

—No se lo diré; pero preferiria decíselo, aunque la viera morir, que consentir en este casamiento que por mi parte seria casi un crimen. Si fueses madre, en mi lugar, obrarias como yo.

—¿Y nada podrá haceros cambiar de resolucion?

—Nada.

—Adios, papá.

Y diciendo esto, Antonina abrazaba al doctor.



—Reflexionarás, ¿no es cierto?

—Sí, papá, y cualquiera que sea el resultado de mis reflexiones, os lo participaré.

Antonina antes de volver á su cuarto, donde estaba el aya, se detuvo en su gabinete de tocador, se puso el sombrero y el chal que llevaba el día en que Edmundo la vió por primera vez, y despues de haberse asegurado de que nadie la podia ver ni oír, abrió la puerta de la antesala y bajó la escalera.

Al llegar á la calle, subió á un coche que pasaba y dijo al cochero:

—A la calle de Trois-Freres, núm. 3.





---



---

## CAPÍTULO XVIII.

---



A señora de Pereux está visible? preguntó Antonina al criado que salió á abrir la puerta.

—Sí, señorita.

—¿Sola?

—Sola.

—Anuciadle la señorita Antonina Devaux.

El criado hizo pasar á la hija del doctor al salon, y abrió la puerta del gabinete en que se hallaba la señora de Pereux la cual se levantó al oír el nombre de la jóven y corrió á su encuentro, diciéndole:

—¿Sois la hija del doctor Devaux, señorita?

—Sí, señora.

—¿Habeis venido sola?

—Sola.

—¿Qué sucede, pues, hija mia?



—Suceded, señora, dijo Antonina abrazando á la de Pereux, que vengo á preguntaros lisa y llanamente si quereis ser mi madre.

—¡Y tanto como lo quiero, hija mia! título de orgullo será para mí.

Y diciendo esto la señora de Pereux llevaba á Antonina á su gabinete, le quitaba el sombrero y el chal y la hacia sentar, sentándose ella á su lado y diciéndole:

—Vamos, hija mia, contadme el motivo que aquí os trae.

Y la señora de Pereux contemplaba con curiosidad á la jóven que tanto preocupaba á su hijo desde hacia algunos dias.

—¿Está en casa vuestro hijo?

—No; pero volverá pronto.

—¿Le habeis visto desde esta mañana?

—Sí.

—¿Os ha dicho algo con respecto á mí?

—Me ha dicho que os ama: ¿y vos le amais un poco?

—¿Me hallaria aquí si no le amase? ¿Os pediria que fuérais mi madre si no hubiese resuelto ser su esposa? Sí, yo le amo, señora, y puesto que su dicha depende de mí, quiero que sea dichoso.

—¡Qué buena sois! ¿Y qué haré yo por vos, por vos que amais á mi hijo? Decídmelo.

—¿Os ha hablado de mí?

—No me habla de otra cosa, y yo os creía linda, pero no tanto como lo sois. Pero veamos, ¿por qué motivo habeis venido sola, por qué no os han acompañado vuestro padre ó el aya?



—Por una razon muy sencilla. He prometido mi mano á vuestro hijo, señora!

—¿Cuándo?

—Esta mañana.

—¿Le habeis visto?

—No; pero si á un amigo suyo.

—¿Gustavo?

El mismo. El señor Gustavo me ha dicho que Edmundo... que el señor de Pereux, repuso Antonina sonrojándose, no podia ser feliz sino casándose conmigo; entonces he jurado ser suya, y le he enviado el anillo de mi madre, una santa como vos, señora.

—Nada de esto sabia.

—¿Para qué suscitar lentitudes á sus sentimientos? Vuestro hijo me ama, sé quien es; yo le amo tambien, ya sabe quien soy yo. ¿Por qué no hemos de pertenecer el uno al otro cuanto antes, por qué retardar voluntariamente su felicidad? Hay un proverbio que dice: «Mas vale tarde que nunca.» Pero yo sé otro mejor: «Mas vale pronto que tarde.»

—¡Preciosa criatura! dijo la señora de Pereux conmovida por esta franqueza sencilla é inocente.

—Entonces, prosiguió Antonina, he mandado á decir á vuestro hijo que podriais desde mañana ir á pedir mi mano á mi padre y he entrado en su gabinete para decirle lo que yo acababa de arreglar.

—¿Y qué ha dicho el señor Devaux?

—Ha dicho que soy una loca, que no se puede amar al hombre á quien no se conoce sino desde tres dias, á quien no se ha hablado nunca, y se ha negado á mis súplicas.



amenazándome con mandarme á un convento si insisto.

—¿Y luego?

—Luego, como yo habia hecho un juramento con la firme resolucion de cumplirlo, añadió Antonina con voz grave, y como nada podrá impedirme que obedezca á esta voz de mi corazon, me he puesto el sombrero y el chal, he andado de puntillas para no ser oida, he bajado la escalera, he subido á un coche, y he venido á deciros lo que os repito: «Señora, ¿quereis ser mi madre?»

Y diciendo esto, Antonina abrazaba por segunda vez á la señora de Pereux.

—Segun esto, vuestro padre no sabe donde estais.

—Si me permitís que me quede aquí, se lo mandaré á decir.

—Vendrá á buscaros y os volverá á su casa.

—No, señora.

—¿Lo creeis así?

—Estoy segura de ello. Conozco á mi padre. Gritará un poco; pero acabará por hacer lo que yo quiera.

—Pero lo que estais haciendo es grave.

—¿Por qué?

—Huir de casa de vuestro padre.....

—Para venir á la vuestra. ¿Qué mal hay en esto? ¿No estoy aquí tan segura como al lado de papá?

—¡Qué ángel tendrá por esposa mi hijo!

—¡Y qué dichosos vamos á ser todos!

Antonina y la señora de Pereux se amaban ya como si se hubiesen conocido diez años antes.

—Ahora voy á escribir á mi padre.



—Reflexionemos antes, dijo la señora de Pereux tomando afectuosamente las manos de Antonina, ¿no os parece muy natural que vuestro padre se enfadé por el medio que con él vais á emplear? Una simple carta para cosa tan importante es muy poco.

—¿Pues qué haremos?

—Todo podria conciliarse si siguierais mis consejos.

—Hablad, señora, hablad.

—Ambas nos trasladaremos inmediatamente á vuestra casa: diré á vuestro padre que os vuelvo á él y que le pido vuestra mano para mi hijo. Le haré conocer mi posicion y la de Edmundo, esto nunca está de mas, y todo irá bien.

—Vamos, pues, dijo Antonina poniéndose el sombrero y el chal.

En el momento en que las dos mugeres iban á salir del gabinete, el criado abrió la puerta diciendo:

—El señor Devaux.

El doctor entró muy pálido. Se veia que estaba poseido de una profunda emocion; pero se calmó un poco al ver á su hija.

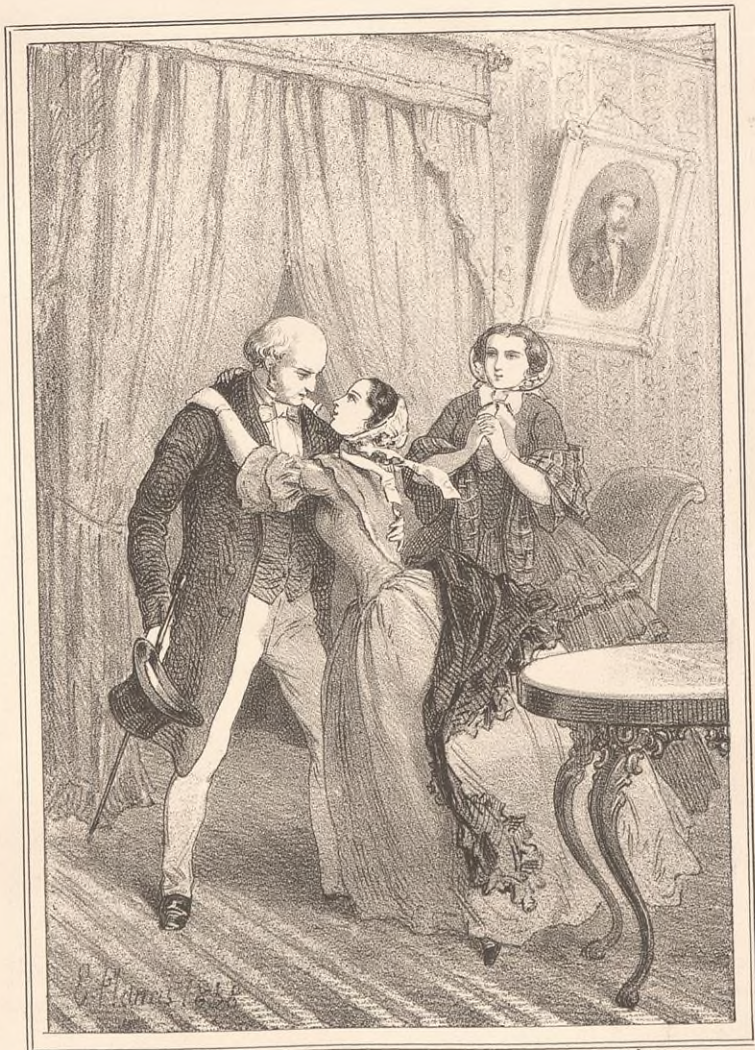
—¡Me has hecho mucho daño, Antonina! estas fueron sus primeras palabras.

Y en efecto, el doctor vióse casi obligado á apoyarse en un mueble para no caer. Sudaba á mares. Antonina se precipitó hácia él y le estrechó en sus brazos.

—¿Me creias muerta, papá? le dijo sonriéndose.

—¿Podia saber á qué atenerme con ese carácter tuyo? Si no te hubiese hallado aquí, no habria sabido á dónde ir. Perdonad mi inquietud, señora, continuó dirijiéndose á la de





Antonietta

Lit Labiella, C<sup>o</sup> Monserrate .

Me creias muerta, Padre mio, dijo ella sonriendo .







Pereux, inquietud que me ha hecho olvidar que estaba en vuestra casa; pero sois madre, y comprenderéis cuanto puede haberme hecho padecer la desaparición de mi hija.

—Sentaos, doctor, contestó la señora de Pereux. Ibamos á trasladarnos á vuestra casa; pero ya que habeis adivinado que vuestra hija estaba en la mia y os vemos en nuestra presencia, podremos hablar aquí.

—Tenemos, pues, dijo Antonina sonriéndose y yendo á dejar en un rincon del cuarto el baston y el sombrero de su padre, que has adivinado en seguida que yo habia venido á casa de la señora de Pereux.

—Era mi única esperanza, respondió el doctor enjugándose el sudor de su frente.

—¡Cómo estás sudando, pobre papá! dijo Antonina. Ya ves como puede perjudicarte tu empeño de que las gentes falten al juramento que han hecho.

Al mismo tiempo la jóven acababa de sentarse á los piés de su padre y le decia en voz baja:

—Ni una palabra de la enfermedad del señor de Pereux; padre mio, ó esta vez os vais á quedar sin hija.

—Doctor, dijo la madre de Edmundo, ¿me negareis la dicha de ser madre de esta jóven?

—¿Qué decia la señora Angélica al ver que no me hallaba en casa? preguntó Antonina que, no queriendo que la señora de Pereux pudiese sospechar por un momento siquiera la verdadera causa de la negativa de su padre, habia tomado el partido de tratar el negocio riendo.

—Se ha desmayado tres veces, y la he dejado anegada en llanto. Hablaba de gorra con cintas de color de punzó, de



modista, de vestido de color de rosa..... No he entendido nada de lo que decia, y he venido corriendo.

—Todo te lo explicaré.

—¿Amas, pues, decididamente á ese jóven? añadió el doctor sentando á su hija sobre las rodillas.

En los besos que el médico daba á su hija habia toda la afeccion de una inquietud calmada.

—Ya lo veis, papá, pues por él he consentido en daros pesadumbre, cosa que hasta ahora nunca habia hecho, y que no volverá á suceder si le concedeis mi mano. ¿Por qué no me creisteis cuando os dije mi resolucion? Todo esto no habria sucedido.

—Veamos, doctor, veamos, dijo á su vez la señora de Pereux, dejaos convencer. Ya que esos niños se quieren, cásen-se: de este modo vos tendreis una hija y un hijo y yo un hijo y una hija.

El pobre señor Devaux habia temido tanto que su hija se hubiese muerto, pues conocia su carácter exaltado, y se sintió tan dichoso al volverla á ver, que no tenia fuerzas para negar cosa alguna.

—Ya que Antonina lo desea, ya que tiene hecho un juramento, ya que ha venido á pedirnos vuestro cariño á falta del mio, cúmplase su voluntad.

—¿No os dije, mamá, dijo Antonina dirigiéndose á la señora de Pereux, que mi padre es el mejor de los hombres?

La señora de Pereux tomó la mano del doctor y la llevó á sus labios.

—Os deberé el reposo de mi hijo, le dijo llenos de lágrimas los ojos, y nunca lo olvidaré.



Al pronunciar estas palabras, Edmundo entraba y se detenía sorprendido delante del espectáculo que se ofrecía á su vista.

—Abraza á tu suegro, le dijo su madre, todo está arreglado.

Edmundo se echó en los brazos del doctor, y luego dirigiéndose á Antonina, le dijo:

—Esta es la primera vez que os hablo y tengo ya derecho para deciros que os amo.

—¿No me lo habeis escrito? preguntó Antonina sacando la carta que habia recibido y tendiendo la mano á Edmundo.

—Doctor, dijo en voz baja la señora de Pereux acercándose al padre de la jóven, no podeis figuraros cuan contenta me deja vuestro consentimiento. ¿Creereis que hasta hoy habia temido que Edmundo estuviese atacado del pecho, como su padre? Pero desde el momento en que vos, médico, le dais vuestra hija, nada debo temer. ¡Hermoso dia para mí!

—En efecto, nada hay que temer, señora, respondió el doctor. Luego añadió en voz baja hablando consigo mismo:

—Ahora es preciso que le salve. La felicidad de todos consiste en la vida de este jóven. Es una lucha entre la naturaleza y yo: Dios me ayudará tal vez.





## CAPÍTULO XIX.

**E**l casamiento se hizo, pues, y fué celebrado en la iglesia de Santo Tomás de Aquino.

Muchos fueron los convidados. Nunca la señora de Pereux habia tenido tanta confianza en la vida. En efecto, desde aquel momento, creia que nada habia de temer por su hijo.

Las comadres del barrio hablaban entre sí.

«¡Linda es la novia!» decia una y tenia razon, pues Antonina amante, conmovida, orgullosa por lo que habia hecho, pensando en la dicha desconocida que iba á venirle de su marido, olvidando el porvenir profetizado, aparecia en todo el brillo de su jóven belleza.

No dejaba la mano de Edmundo, quien le sonreia sin cesar.

«¡Qué pálido está el novio! decia otra; es la emocion sin duda.»



—La emocion no pone tan pálido, replicaba una comadre rechoncha. Cuando me casé, estaba conmovida; pero os aseguro que no estaba pálida. Ese jóven está enfermo, claro se vé.

—¡Pobre jóven! decia una tercera.

—¡Es lástima!....; son tan graciosos los dos!....»

Nicheta lo oia todo; pues, como puede figurarse, asistia á la ceremonia y lo que oia le destrozaba el corazon.

«¡Cuántas gracias doy á Dios, se decia, de que no puedan decir lo mismo de Gustavo!»

Y rogaba por su amigo, ya que no necesitaba rogar por su amante.

Terminada la misa, se trasladaron á casa de Edmundo, donde habian sido convidados algunos amigos, y el dia se pasó en felicitaciones de toda clase.

Solo Nicheta faltaba á la fiesta, y sin embargo, era la primera en quien la señora de Pereux habia pensado. La madre de Edmundo habia sabido todo lo que la modista habia hecho por su hijo, y habria creido ser ingrata no haciéndola asistir á la felicidad de que se le debia parte. Pero Nicheta era mas que una jóven de corazon, era una jóven de talento, y habia rehusado la invitacion de la señora de Pereux.

Gustavo, que habia comprendido la delicadeza de esta negativa, prometió á su querida ir á pasear con ella el resto del dia.

Por la noche Antonina y Edmundo se retiraron al aposento que éste habia alquilado encima del de su madre, y la señora de Pereux no se acostó sin haber puesto de nuevo su corazon á los piés de Dios.



Se habia tratado de ir á pasar el verano en el campo; pero el señor Devaux, para quien la curacion de su yerno se habia convertido en un estudio continuo, habia dicho á su hija:

—Dí que prefieres quedarte en París, para que pueda yo tener á Edmundo á la vista y estudiarle á mis anchas. Veremos si en otoño deberás tener el capricho de ir á Italia.

—Papá, habia preguntado Antonina, si puede salvarse á Edmundo, ¿cuándo lo sabremos?

—Si he de conseguirlo, habia respondido el señor Devaux, dentro de un año estará fuera de peligro.

Decidieron, pues, que se quedarian en París, y el señor Devaux puso manos á la obra, ayudado de su hija y de Gustavo. La curacion de Edmundo preocupaba á todos los que le rodeaban, menos á su madre, que con la confianza ilimitada que Dios concede á menudo á los padres, reia de sus temores de otro tiempo y se dormia cada noche en la dulce realidad del dia presente.

En cuanto á Edmundo, no creia ser objeto de tanta solitud. Habia arreglado su vida para dos ó tres años, y no veia mas allá. Su único cuidado era ocultar á su madre lo que sabia y hacerlo olvidar todo lo posible á su muger.

¿Habeis conocido á tísicos que hayan sabido que lo eran? ¿Habeis notado como para ellos tiene la vida aspectos desconocidos para los que están destinados á vivir muchos años? Sus ojos á los cuales, por medio del presentimiento de la muerte, Dios descubre ya una parte de su eternidad, perciben los objetos y los seres bajo una luz particular que los poetiza. Ven con el alma mas que con el cuerpo. En ellos las sensaciones tienen una instantaneidad eléctrica. Lo que á los otros solo les



conmueve por deducción, les conmueve á ellos á primera vista. Diríase que su alma, no cabiendo en el cuerpo, tiende perpétuamente á elevarse, y que desde las alturas á que llega distingue lo que escapa al vulgo. Vive mas alta que el cuerpo, y esto esplica su muerte fácil, pues al llegar la hora suprema, la parte inmaterial de su ser se ha separado desde hace mucho tiempo de la corteza corporal, de la que se destaca sin esfuerzo, sin dolor, y la abandona como se hace con un vestido muy pesado.

Como ya hemos dicho, teniendo menos tiempo de vida, tienen la facultad de vivir mas aprisa. De todas las enfermedades de que Dios ha hecho las compañeras del hombre, y que nos quitan una de nuestras fuerzas á cada paso que damos, la mas poética, la mas dulce, la mas simpática, es evidentemente esta. Es la única que tiene influencia directa sobre el espíritu; las otras no son mas que decrepitudes materiales, esta es una prueba de la inmaterialidad del alma. Ha producido poetas.

Los que están atacados de ella tienen, como el enfermo de Millevoye, que no era otro que el mismo Millevoye, una incesante necesidad de acercarse á la naturaleza, esta fuente primera de vida. Para ellos los árboles tienen una sombra particular, las aves un canto que solo ellos entienden, el color un color ignorado de los demas hombres. Ven un beneficio de Dios allí donde no suele verse por lo regular mas que un hecho natural. Su rostro acaba por cubrirse de la melancólica poesía de su espíritu. Tienen para los que padecen la piedad que ellos escitan: son indulgentes, y el perdonar entra en sus costumbres, porque están cerca del Señor. Si la naturaleza



les ha dado la facultad de reproducir físicamente las sensaciones que la vida despierta en ellos, su talento se convierte de repente en genio, se colora de una tinta pálida y trasparente como un rayo de la luna, perfumada como el invisible aroma de una flor oculta. Escuchad á Bellini, leed á Millevoye, y encontrareis en la música del uno y en los versos del otro ese indefinible sentimiento, doliente y melodioso que ha sido toda su vida.

Como sienten que lo porvenir les está vedado, hablan sin cesar de lo pasado. El rayo de luz que ilumina su camino colora tan solo el tiempo en que su razon no estaba abierta todavía para recojer lo que veian y hacer de ello recuerdos para mas tarde. Se acuerdan de todo á pesar suyo y porque la memoria les viene del corazon. La poesía que se pega á su mal es tan grande, tan aceptada, que cuando mueren y se sabe, la idea de la muerte siniestra y descarnada no nos asalta la mente. Cuando oimos decir: Fulano ha muerto del pecho, nos lo representamos frio, pero mas bien en la actitud del sueño, que en la inmovilidad del sepulcro. La imágen no se desfigura en el espíritu: privilegio maravilloso de la juventud que vive aun mas allá de la muerte. De esto provenia el profundo respeto que los antiguos tenian por los que morian jóvenes: les creían amados de los dioses; cubrian de flores su sepulcro como si fuera un lecho nupcial, y se acordaban con gusto de ellos en sus momentos de felicidad. Aquellos jóvenes fantasmas atravesaban por su espíritu sin turbarlo, como esas nubes blancas que corren por el azul de un cielo de verano sin empañarlo. Esto hemos heredado de los antiguos, y cuando nos acordamos de los amigos que han desaparecido de la tierra,



la memoria se detiene como complacida en los que la muerte ha herido antes de llegar á la vejez, ese primer sudario. Jóvenes son como ellos las lágrimas que les consagramos, y es muy raro que un hombre que ha vivido cuarenta años y que llora á un amigo de veinte, no diga un día, pensando en las miserias que acompañan á los que se quedan: «¡Dichosos los que murieron en la cuna de sus ilusiones!»

Finalmente, y este es el beneficio mayor que Dios les ha otorgado, los tísicos saben amar.

Cualquiera que sea el objeto de su amor, lo amarán mejor de lo que le amarían los otros. Encuentran en la muger lo que en ella buscan los poetas y que Dios ha puesto en ella. Su amor participa de la contemplacion y de la gratitud. Puede morir con ellos, pero no envejecerá. La naturaleza les dará para amar una energía insólita que apresurará su muerte. El fuego será demasiado grande para el hogar y lo consumirá. La fuente en que apaguen su sed les anegará al beber.

Pero hasta que la muerte les hiele, tratarán de estrechar en un último apretón la mano de la que hayan escogido. Amarán, en fin, como quisieran ser amadas todas las mugeres. Su amor será un recuerdo eterno, pues no tendrá tiempo para enfriarse y no verán la época en que el hombre puede siempre mirar con indiferencia á la muger á quien mas ha amado. Dejarán este mundo creyendo que hubieran podido amar siempre así: se dormirán en un sueño de su alma. Desaparecerán como una hermosa mañana de primavera, en los cantos, en las flores, en los murmurios, y sin haber visto caer sus hojas ni morir sus perfumes al soplo del invierno.

De este modo amaba Edmundo á Antonina.



¡Qué encantadores fueron los primeros meses que les fué dado pasar juntos, olvidando el mundo, olvidados de él, y entregándose sin restriccion el uno al otro!...

Cuando vió á Antonina en la iglesia, se dijo, como pueden recordar nuestros lectores: «Quizás un dia será mia.» Este dia habia llegado: Antonina era suya.

En aquella época ignoraba aun hácia que destino se encaminaba: pero ahora lo sabia ya, y un instante robado á su amor le habria parecido un robo hecho á su felicidad.

«Es mia, se decia; pero seré suyo hasta que llegue la muerte.» Y amaba á Antonina con todos sus pensamientos, con todas sus facultades, con todo su corazon. Todo en él era para aquella hermosa criatura y su presencia le hacia temblar de piés á cabeza. Al acercarse á ella, sus ojos observaban todos sus movimientos, latíale el corazon en el pecho, sus labios se entreabrian como para cantar, las jóvenes ideas se despertaban en él, y oia el eco de sus castas melodías, alegres y gorgeantes como currucas en los matorrales. Nada le era indiferente en su muger, y su alma la reflejaba sin cesar. Le habia mandado hacer un cuarto muelle y agradable como un nido en el cual habria querido encerrar la naturaleza entera. Las paredes y el techo habian desaparecido debajo de la seda, los piés se hundian en gruesas alfombras de lana larga como la yerba del campo. Un pájaro habria podido volar por aquella jaula perfumada sin correr riesgo de echarse á perder las alas al rozarlas con las paredes. Sillas y sofás parecian rellenos de musgo, pues se hundian al sentarse en ellos. En todo el cuarto no habia una pulgada de madera, y á lo largo de las colgaduras corrian grandes flores naturales sin perfumes; pero ricas en colores y buen gusto.



—Ya que no quieres ir al campo, dijera Edmundo á su esposa, haré que el campo venga á tí, no solo en verano, sino tambien en invierno.

Durante horas enteras nuestros dos enamorados se encerraban en aquel cuarto umbroso, cuyas persianas y ventanas cerradas solo dejaban penetrar un medio rayo de sol, parecido á un crepúsculo de junio. Edmundo no queria que una mano estraña tocara ni siquiera el vestido de Antonina.

—Mientras yo viva, le decia, nadie, ni la misma camarera, te ha de tocar. No son celos, sino egoismo. Se me figura que el contacto con estraños te quitaria alguno de tus perfumes.

Cuando salia con su muger, hubiera deseado llevarla en brazos hasta el coche, para que no tocára el suelo con los piés. La envolvía todo lo posible, á fin de ocultar aquella belleza que no era ni debia ser conocida sino de él. La acostaba en el coche como á un niño, y decian al cochero que les preguntaba á dónde debia llevarles: «Al campo.»

Estos paseos solian tener lugar durante la noche. Así permanecian hasta las dos de la mañana y la tierra les pertenecia. A veces Edmundo decia á Antonina: «Canta» y antes que hubiese concluido la cancion, un beso la habia cojido en los labios de la jóven.

Volvian á casa, y entonces Edmundo adornaba á su esposa para el sueño. Una noche, mientras ella estaba durmiendo, salió en direccion á la tienda de su florista, compró todas las flores que le quedaban, y las deshojó sobre la cama de Antonina. Al despertar la jóven, se vió cubierta de flores.

Edmundo no sabia ya que inventar.



Era para ella lo que habrían sido veinte esclavos. La contemplaba durante horas enteras mientras dormía, diciéndose:

«Este tesoro es mio. Este cuerpo, esta belleza me pertenece. Este pecho que se mueve dulcemente como una hoja agitada por la brisa de la mañana, estos hombros blancos y redondos como los de la Venus de Milo, estos ojos cerrados por el sueño pero que me buscarán al abrirse, esta boca entreabierta como un estuche de perlas que deja ver su contenido, esos hermosos cabellos negros que se desarrollan como una ola de ébano, todo es mio, solo mio..... Nadie, antes que yo, ha dicho á esta criatura encantadora todo lo que yo puedo decirle. No sabe mas que un nombre de hombre, el mio. No vive mas que por mí, y yo por ella no mas. ¿Dónde hallar felicidad mayor, ventura mas completa, arrobamiento mas cierto?.....»

Luego, Edmundo, que dejaba correr sus ideas hasta el extremo de la pendiente, se decía:

«¡Y pensar que un dia será preciso dejar tanta dicha!... ¿Qué será de mí entonces? ¿Será fiel á mi memoria, ó la necesidad de amor que vierto imprudentemente en su alma la dominará hasta el punto de que me olvide por otro?..... ¡Pensamiento horrible! si otro hombre poseyera á esa muger como yo la poseo, ella le diria las mismas palabras que á mí me dice..... ¡Podria contemplar, como lo hago yo en estos momentos, todas las riquezas de su hermosura!..... ¡Al despertar, Antonina buscaria un semblante que no sería el mio, sus manos estrecharian una mano que no sería la mia, mientras que yo, pálido y desfigurado, dormiria debajo de tierra,



olvidado de ella! Mi nombre no le recordaria mas que un deber, é iria una vez por acaso á echar una corona y á hacer una visita á mi tumba desolada. ¡Esto es imposible! y sin embargo, es la verdad probable, pues el corazón está hecho así, tiende á olvidar lo que ha amado cuando el recuerdo de lo que ha amado puede despertar un dolor en él. ¡Y esto sucederá dentro de tres años, quizás dentro de dos... dos años que pasarán como dos minutos! ¿Por qué, cuando supe aquella fatal noticia, no eché á huir sin mirar delante de mí? ¿por qué he comenzado una felicidad á cuyo término no podré llegar, y que me hará morir llorando y blasfemando?... ¡Si yo pudiese hallar un hombre que me hiciera vivir, que deramára toda su sangre jóven y fecunda en la mía!... ¡Hay tanta gente que vive inútilmente!

Y cuando Edmundo pensaba así, se daba en el pecho, y despertando de repente á Antonina, le decia:

«Repíteme que me amas y que, muerto ó vivo, serás fiel á mi memoria ó á mi amor.»

La jóven se echaba en los brazos de su marido, y aquella tristeza iba á reunirse con todas las tristezas disipadas al aliento de una muger.

En cuanto á Antonina, era tan feliz como puede serlo una criatura humana.

Desde que se habia casado, le parecia que su alma habitaba una nueva esfera, respiraba un nuevo aire, cargado de olores desconocidos y hechos para ella sola. Este amor continuo de que era objeto y del que habia tenido la revelacion hacia poco tiempo, abriera todo su ser á las ardientes emanaciones de la vida.



Se hallaba moralmente en aquel estado de bienestar que se experimenta cuando en un baño oriental, se pasa á una temperatura ya demasiado caliente, hábilmente impregnada de perfumes, y al través del cual llega al oído una armonía grata. Antonina era llevada por la vida como hubiera podido llevarla una nube.

Todo era afable, sutil, resplandeciente en torno suyo. Como un cisne, se deslizaba entre dos azules, y cuando, á la par que su marido, llegaba á temer lo porvenir, su padre le decia:

«Espera, todo va bien.»

Pero tan tristes pensamientos le asaltaban raras veces, pues su vida nadaba en un vapor de gozo parecido á esas nieblas de color de rosa que bajan por la mañana á los llanos y que durante algunos momentos cubren los mas inmediatos horizontes.





## CAPÍTULO XX.



«¿CÓMO CREES que un hombre puede decirse: «Tengo tanto tiempo de vida, lo viviré tan felizmente como pueda, y cuando venga la muerte, herirá á una víctima resignada que caerá sonriéndose?»

No: sería negar la naturaleza humana creer en un sacrificio hecho tan fácilmente. El hombre nunca consentirá en limitar sus esperanzas. De suerte que, como ya hemos indicado, había dias en que cuando Edmundo pensaba en lo porvenir, en aquel porvenir tan próximo, al cual debía su dicha presente, pero que cada dia disminuía y caía en el pasado, se golpeaba el pecho y se arrancaba los cabellos. Veinte veces había estado á punto de ir á encontrar al señor Devaux y decirle: «¡Salvadme!» pero siempre había temido que el doctor le respondiera: «¡Es imposible!» Es que desde que



sabia la verdad acerca de sí mismo, Edmundo se estudiaba y se daba cuenta de los síntomas que hasta allí dejára pasar desapercibidos y que ahora se revestían con toda su gravedad. Aquellos insomnios, aquellos sudores instantáneos, aquellas impresiones repentinas, aquella sed eterna, aquellos esputos de sangre que sucedían á las mas leves emociones, aquel mal-estar, aquellos ensimismamientos, aquella languidez, todo tenía una causa, y cada una de aquellas crisis se llevaba una partícula de su vida. Lo que en otro tiempo había ocultado á su madre pensando que no presagiaba peligro alguno, y que no debía inquietarse por tan poco, se lo ocultaba ahora que, por aquella revelacion, se habria encontrado iniciada en el terrible misterio de la enfermedad de su hijo. Por lo demas, tenía ella una confianza sin límites, tan grande, que cuando salía con Antonina, la hubieran tomado por su hermana mas bien que por su suegra. Se hubiera dicho que para ella Dios descontaba los años á medida que envejecía.

Antonina había hecho lo que su marido no se había atrevido á hacer: había preguntado casi todos los días al señor Devaux, y éste, obrando sobre su enfermo por la mediacion de su hija, no le había dicho todavía que era preciso desesperar.

Así pasaron cinco meses, cinco meses durante los cuales Edmundo llevó la vida de que hemos hablado, vida llena de amor y de terrores. Pasados aquellos, empezó á mirar atrás y se dijo: «¡Cinco meses vividos! ¡la cuarta parte de mi porvenir!»

El otoño había llegado. El otoño había llegado. —Lleva á tu marido á Niza, dijo el señor Devaux á su



hija, procura que haga exactamente lo que yo te escriba, y dame noticias tuyas cada ocho dias. En el mes de marzo sabremos definitivamente á qué atenernos.

Edmundo y Antonina partieron en compañía de la señora de Pereux. Edmundo queria lo que Antonina queria, y la señora de Pereux queria lo que queria su hijo.

Gustavo hubiera deseado acompañar á su amigo; pero no podia llevar consigo á Nicheta y le pareció demasiado difícil dejar á la modista. Por otra parte, Edmundo tenia á Antonina y ya no necesitaba tanto de la amistad. Gustavo se quedó, pues, en París, prometiendo á Edmundo que le escribiría con frecuencia, promesa á que éste se comprometió tambien con respecto á Gustavo.

Fácilmente comprenderán nuestros lectores por qué razon seguimos paso á paso á nuestro héroe principal. El interés, á nuestro modo de ver, está por entero en él. En la historia de los que le rodean, y cuyos tipos completan este libro, nada nos ofrecería en este momento pormenores interesantes. Gustavo sigue amando á Nicheta, de la cual es amado; el señor Devaux sigue visitando á sus enfermos cada dia, desde las once hasta las tres; la señora Angélica ha conseguido llegar mas allá de la línea cincuenta y dos del *Castillo de Kenilworth* y lee ya la entrevista de Tresiliano con Amy Robsart; la señora de Pereux continúa no respirando sino por su hijo y para su hijo.

—Quisiera hacer un viaje á Italia, habia dicho Antonina callando que Niza seria el término de su viaje, pues esta ciudad se ha creado un nombre que asusta á causa de la hospitalidad que ofrece á los enfermos incurables; y los tres se habian puesto en camino inmediatamente.



Niza está abrigada por todos lados, y por consiguiente no deja penetrar la intempérie. Allí se respira siempre un aire igual. La atmósfera está cargada casi siempre de esa tibia humedad que Gruber recomendaba para la tísis.

Al llegar, Antonina pretendió que era tan agradable el sitio y tan suave el aire, que no quiso continuar su camino.

—Quedémonos, pues, dijo la señora de Pereux sin sospechar la razon de esta preferencia.

—Todo acabó, pues, dijo Edmundo á su esposa; ya no hay esperanza; y tu padre me envia á morir aquí para que muera un poco menos aprisa.

—Al contrario, repuso la jóven echándose en los brazos de su esposo, mi padre tiene la mayor esperanza. Te ha confiado á mí, déjate vivir á mi capricho, y tendremos aun muchos años delante de nosotros.

Edmundo alquiló una casita separada de la ciudad que se parece mucho á un hospital. Aquella casa, arrimada á una colina, abria sus verdes persianas al sol matinal. Rodeábanla las exhalaciones mas puras, y un hermoso sendero plantado de naranjos á uno y otro lado conducia á las orillas del Var, el manso rio que nace en los Alpes y desemboca en el Mediterráneo, á media milla de Niza.

Cuando uno ha visto aquellos preciosos rios del Mediodía, transparentes como el azul que reflejan, paseando en sus tranquilas corrientes las flores que la brisa de verano arranca á la ribera, comprende la mitología de los antiguos y las poéticas bodas que suponian entre rios y orillas, á la sombra de las adelfas y en lo fresco de las escarpaduras de las rocas.

Antonina trataba de despoetizar lo menos posible la vida



á los ojos de Edmundo, y habia pedido á su padre que le indicára todos los medios curativos que emplear pudiera para su esposo, sin que éste, por decirlo así, notára que le cuidaban como á un enfermo.

Por esto todos los dias, al asomar el alba, Edmundo y Antonina montaban á caballo y seguian ya al paso, ya al trote las orillas del rio, volviendo luego á la señora de Pereux que, menos madrugadora, veia desde la cama la salida del sol.

Aquel paseo de la mañana tenia otro objeto que el de procurar un placer al enfermo. Debia cansarle y abrir su organizacion á las dos necesidades mas poderosas de la naturaleza, el sueño y el apetito.

Por la noche una lámpara ardia siempre. Aquella lámpara colgada del techo y que á primera vista nada particular ofrecia, calentaba un vasito de plata lleno de una mezcla de cera y trementina del cual se escapaba un vapor imperceptible que purificaba el aire y proporcionaba á Edmundo un sueño sin agitacion y sin calentura. Lo que comia encerraba tambien un remedio.

De modo que Edmundo debia encontrar la salud en todo, en sus placeres, en la comida, en su mismo reposo: la juventud, la naturaleza y los medios extremos debian hacer lo demas.

No dejaba de observar los cuidados de que era objeto y que aumentaban el amor que á Antonina profesaba.

—Triste vida es la que conmigo llevas, hija mia; decíale; pero estás sembrando nuestra futura dicha, y si te sales con la tuya, tendremos una gran cosecha de amor y felicidades que recojer.



A esta esperanza, las lágrimas humedecían los ojos de Antonina, y los dos esposos se confundían en un beso lleno de promesas y ya lleno de realidad.

Hemos observado, y nuestros lectores también lo habrán observado, que los enfermos acaban por hacerse una especie de vanidad de la enfermedad que tienen; están como orgullosos de tenerla, de soportarla y de poder hacerse los héroes de la fatalidad. Es una de las compensaciones que la enfermedad ofrece á los que afecta, y es preciso dejársela, pues no tienen mucho con ella que digamos. Encuéntrase esta lijera afectación en las cartas que Edmundo escribía á Gustavo, y que vamos á trascribir; pues nos identificaremos mucho mejor con la posición poniéndonos directamente en relación con las propias impresiones del jóven.

«Amigo Gustavo, escribía el señor de Pereux, hemos llegado á Niza. Todo tiene aquí el aspecto de la vida y de la muerte á un tiempo. Es extraño ver una ciudad blanca, alegre y perfumada, sonrisa palpable de la naturaleza, sacrificada al dolor y á la muerte. Niza es la imágen de la enfermedad que acoje con preferencia. Es esa melancólica dulzura, esa transparencia y palidez de la mirada que se encuentra en los que, como yo, van á pedirla un alivio; luego, mas léjos, aquella vegetación fuerte, superabundante, que brota de la roca y que es la espresión de la vida ardiente y fecunda que no es admitida en la ciudad. Hacemos aquí una vida muy sencilla. Dejo que Antonina me cuide segun los consejos de su padre y de su corazón. O porque los cuidados que me prodiga me hagan bien, ó porque tenga yo prisa de esperar, me parece que aspiro mas fácilmente la existencia. No estoy



tan pálido como lo estaba en París, y rompo un poco con mis sombríos insomnios. Un rayo de sol se desliza en medio de mis incertidumbres.

» Hay cosas que tú solo no puedes comprender, porque tus anchos pulmones se alimentan del aire de todos los países, pero que procuraré explicarte, pues son uno de los alivios de mi mal. Veo evidentemente todo lo que me rodea bajo otro aspecto. El amor, las flores, el cielo, todas las cosas de Dios se me aparecen, ahora que temo dejarlas muy pronto, diferentes de lo que las veía cuando creía poder gozar de ellas durante muchos años. La casa que habitamos está arimada á una colinita llena de profundas escavaciones y sembrada de árboles enanos. Muchas veces, á la hora en que el sol arde mas, y como para probarme que puedo luchar aun con el cansancio á que sucumben los mas fuertes, me estravió en aquel pequeño desierto, camino descubierta la cabeza, recojiendo todas las emanaciones y todos los ruidos que lo habitan. Estoy solo, entro en alguna cavidad fresca donde me siento y donde siento enfriarse poco á poco el sudor de mi frente. Entonces me pregunto: «¿Me perjudicará lo que estoy haciendo?» y me respondo: «Si nada resulta de ello, es que no estoy condenado todavía.» Me ejercito en vivir suscitando dificultades á mi vida cuando deberia pasar el tiempo en preservarla de todo ataque. Hay momentos en que me parece que solo la naturaleza puede curar los males que de ella vienen; entonces echo á correr, monto á caballo, bebo y como á gusto mio, y me estudio en seguida. No padezco mucho, quizás padezco menos.

» Fuera tan feliz viviendo amado como lo soy, amando



como amo! ¡Si supieras que ángel ha puesto Dios en mi camino!..... Hé aquí lo que muchas veces me hace temer que mi vida no será larga. «El cielo no me ha concedido semejante compañera, me digo con frecuencia; sino porque en su piedad ha comprendido que mi alma tendria necesidad, en los cortos momentos que me están reservados, de desahogarse en un alma simpática.»

» ¡Oh! ¡quisiera vivir para Antonina!..... Tengo en el alma un manantial inagotable de ternura. Aunque tuviera que vivir cien años á su lado, no tendria bastante tiempo para probarle mi amor.

» Veo en torno mio personas de mi edad, casadas y con salud, que pasan la vida en incomprensibles ocupaciones; esposos de mugeres jóvenes y hermosas que son ambiciosos ó jugadores, ó que prefieren no hacer nada, que estar á los piés de ella? ¿Puede, sin embargo, haber ocupacion mas grata que la de consagrar la vida á la muger amada?..... En vez de inclinarse hácia la criatura que Dios les da, tienden perpetuamente á alejarse de ella. ¿Creen haber leído en un año ó dos todo el libro de su corazon, del cual cada página, cada palabra es un encanto?..... Ellos comprenderian mejor la dicha de la vida, si, como á mí, la fatalidad les hubiese dicho un dia, señalándoles un término cercano: «No pasareis de aquí.»

» Desde que amo á Antonina, amo mas á mi madre, pues comprendo el enorme sacrificio que me ha hecho consagrándose enteramente á mí. ¿Quién le impedia, á su edad, cuando murió mi padre, casarse de nuevo y buscar, en un amor que nunca ha conocido, goces que solo ha querido hallar en su hijo y por los cuales me parece que debería abandonarse



todo? Cuando yo haya muerto, ¿será Antonina lo que ha sido mi madre? Este amor, en el que uno y otro lo olvidamos todo, sobrevivirá á la muerte de uno de los dos? ¡Duda horrorosa! ¿Pero no sería exigir demasiado de ella pedirle un juramento que la ligara á mi memoria como á mi mismo, y que sería para ella un remordimiento si faltara á él?..... Al contrario, no pido mas que una cosa á Dios, y es la felicidad de esa casta jóven que me ha dado la flor de su juventud y la juventud de su amor. Puedo morir, puede otro amarla, puede amar á otro; pero nadie podrá recojer como yo el tesoro de sus primeras impresiones, ni revelarle el misterio del primer cambio de las almas, y estoy seguro de que mi nombre irá á visitarla muchas veces, aun en medio de los momentos felices que deba á un segundo amor.

» Tú seguirás siendo su amigo, ¿no es cierto? velarás por ella, harás que no deje su costumbre de ir á visitar el sitio donde yo descanse, pues pienso muchas veces en lo porvenir; pero no me atrevo á esperarlo todavía, y la fria realidad se me aparece siempre en el horizonte. Piensa, Gustavo, que te amó como á mi hermano, y que debes protegerla como si fuese tu hermana. Si alguna vez la engañáran, tú la protegerás, y matarás al hombre que la haga padecer.....

» Pero ¿por qué pensar en todo esto?

» Algunas personas han querido entrar en relaciones con nosotros, pero me he opuesto á ello. ¿Para qué contraer amistades que no pueden ser de larga duracion y que no harán mas que aumentar el dolor que cause mi muerte? ¿Para qué contraer relaciones que para un hombre ocupado como yo en dos pensamientos continuos, la muerte y el amor, no pueden ser ni un consuelo, ni siquiera una distraccion?



» ¡Pasar las noches jugando al whist ó al ajedrez yo que en dos años quiero ser tan feliz como otro en cincuenta, yo que tengo á mi madre, á mi esposa, á un amigo como tú á quienes amar y que solo puedo disponer de un tiempo limitado para ello!

» Todavía cuento por años, luego contaré por dias, despues contaré por minutos... como mi padre. ¡Cuánto debió de padecer! y eso que no amaba como amo yo... Pero en el momento de morir, ¿será para mí este amor un consuelo ó una duda, y la dicha de lo pasado no me hará sentir mas amargamente el no tener porvenir?

» Cuanto te estoy fastidiando hablándote siempre de mí... Perdóname lo que acabo de decir, amigo mio; tranquilízate, yo no dudo de tí, íntimo confidente de mis íntimos pensamientos.

» ¿No te formas una idea de la dichosa vida que llevaríamos si el señor Devaux me salvára? Prolongar en el límite ordinario de la vida la dicha de que no espero disfrutar sino por algunos momentos, ¿no seria el paraíso en la tierra? Poner el corazón al abrigo de todo entre tres afecciones... Ruega por mí, Gustavo, ruega por mí...

» Escribeme con frecuencia; háblame de Nicheta, tu rubio diablillo. ¿Sigues amándola? ¿te ama mucho? ¡Pobre Nicheta! ¿lloraba el dia en que cayó en mis manos la carta que te dirigia á tí?... A aquella carta deberé toda mi felicidad. Abrázala por mí y dile que le mandaré telas y cintas venidas de Oriente y que cierta clase de contrabandistas vende aquí.

» Antonina te envia un beso muy fraternal doblado en cuatro pliegues en esta carta.»



Antonina escribía á su padre:

«Mi estimado papá:

«Hace algunos días que nos hallamos en Niza. La señora de Pereux sigue amándome como á una hija, y observo, desde que no estoy á tu lado, que te quiero mucho mas que antes, si esto es posible. Soy feliz, muy feliz, papá; no te arrepientas, pues, de lo que has hecho, acuérdate solamente que depende de tí que mi dicha sea de larga duracion. Viva Edmundo, y todo irá bien, pues si le sucediera una desgracia, no sé que seria de mí.

«No descuido ninguno de tus encargos, y, tal vez me engaño, pero me parece que no son infructuosos.

«Nada puede darte una idea de la afeccion con que mi esposo me trata, y de la que no me atrevo á hacerte una pintura, pues temo dar celos con ella á mi esclente padre; pero sabe que es imposible que una muger sea tan amada como yo.

«Se dice que los médicos lo esplican todo. Tú, que eres médico, esplicame, pues, el sentimiento que por mi esposo abrigo. Es una abnegacion sin reserva que debe parecerse un poco al amor maternal. Me parece que mamá me amaba como yo amo á Edmundo. Esto depende sin duda de que, aunque muger, soy mas fuerte que él y tiene necesidad de mi proteccion. Su enfermedad me ocasiona estrañas sensaciones. Solo pido á Dios una cosa, y es que cure, pues nuestra felicidad consiste en esta curacion. Para conseguirlo, hago cuanto me es posible. Cuando, durante un dia entero, no ha tenido un momento de debilidad, cuando una curacion momentánea se ha verificado con todas las apariencias de curacion completa, estoy como celosa. Me parece que quisiera verle mas



enfermo para que fuese mas mio. ¿Seria quizá el amor un sublime egoismo?

«Tú no me reñirás porque ame tanto á mi marido. Acuérdate de lo mucho que amabas á mi madre.»

Antonina no podia detallar á su padre todo lo que experimentaba por Edmundo. Su pudor comprendia que ciertas afecciones no pueden ser sin rivalidad los confidentes de otras. Mucho era ya que escribiera lo que se acaba de leer.

Pero nosotros podemos oir sin cuidado la confesion de aquel amor jóven, poético, lleno de sentimiento y melancolía, expansivo como el amor de los sentidos, desinteresado como la amistad de una hermana, inteligente como la solicitud de una madre. Curioso espectáculo digno de estudio habria sido el de aquella jóven, hermosa, fuerte, llena de salud, siguiendo paso á paso al hombre á quien amaba, confesándose el lado egoista de su amor y diciéndose: «Es mi felicidad lo que vive en este hombre; si él muere, mi dicha, mi fuerza, mi juventud, mi belleza, mis creencias, mi amor se desvanecerán. Es el vaso en que he depositado mi corazon demasiado pesado para poderlo llevar yo sola. Si el vaso se rompe, mi corazon caerá reduciéndose á fango.»

Antonina se decia á veces: «¿Qué seria la vida para mí sin Edmundo? Seguir viendo árboles y casas, vivir automáticamente entre un cielo que no habria tenido piedad de mí y una tierra que me habria arrebatado el tesoro de mi porvenir, tocar sin sentir, mirar sin ver, oir sin comprender, hé aquí lo que es la vida desheredada de amor. Amar por segunda vez es imposible. El corazon no contiene dos amores, se rompe perdiendo el primero. ¿Para qué vivir entonces y por qué



aceptar la nada para la que se ama y no aceptarlo para sí? ¿Por qué no conservar la fidelidad hasta en la tumba, y por qué, enlazada con lo vivo, no enlazarse con lo muerto? ¿Qué temor quimérico puede detener al ser que vé echar tierra sobre el cadáver de su adoracion? ¿El dolor que precede á la muerte? ¿Qué es esto? ¿El castigo del suicidio? ¿Puede Dios que perdona á la adúltera, castigar á la muger fiel que sigue á su esposo hasta el tribunal divino? ¿La esperanza? Esta flor que llaman eterna no florece sobre los sepulcros.

» Si á pesar de todos mis esfuerzos Edmundo sucumbe, moriré con él.

» Pero mi padre, mi pobre padre, ¿qué será de él si yo le dejo? Sí, Dios concede siempre al ser desesperado una razon para no quitarse la vida. Mi fidelidad á mi esposo sería un crimen hácia mi padre.

» ¡Dios mio! esclamaba entonces Antonina, cayendo de rodillas, ya que tanta felicidad y tantas existencias van unidas á la vida de un solo hombre, conservádnoslo.»

Y como si Dios se apresurara á tranquilizar á la jóven esposa, recibia del señor Devaux una carta concebida en estos términos.

«Paréceme, hija mia, que te burlas de tu padre cuando le pides la esplicacion de tus sentimientos. Los médicos no lo esplican todo, pues casi todos son materialistas, y nada se explica completamente por la materia; pero si tuviesen como yo una hija que les hiciera ver el cielo, esplicarian muchas cosas que ahora no conocen.

» Yo que creo en Dios como en todo lo verdadero y bueno, yo que quiero que seas dichosa porque has sido buena, yo,



en fin, que sé que la alegría de tu vida depende de la salud de Edmundo, te diré: Hay dos medios para curar á un enfermo: el uno consiste en obrar sobre el cuerpo, el otro en obrar sobre el alma.

«Tú tienes el alma de Edmundo y te la abandono sin reserva, pues no puede tener mejor médico que tú. O»

«En cuanto al cuerpo, algo llevamos adelantado sobre la enfermedad, y veremos si Dios ha dado para nada la ciencia al hombre.»

«Espera y ruega.»

Quince dias despues de haber recibido Antonina ésta carta, escribia á su padre:

«Al recibir la presente, sal de París, déjalo todo y ven á reunirte con nosotros. Por muy de prisa que vengas, quizá sea ya demasiado tarde... Edmundo está gravísimamente enfermo.»





---

---

## CAPÍTULO XXI.

---

**UNA** imprudencia de Edmundo hizo surgir de repente la enfermedad aguda en la via, sino de curacion, á lo menos de mejoría en que se hallaba desde su llegada á Niza.

Como ya hemos visto en una de las cartas que escribía á Gustavo, sucedíale con frecuencia que echaba á correr con el calor del sol y se detenía de repente en alguna sinuosidad fresca en donde sentía que el calor se secaba en su frente. No habia tenido necesidad de renovar muchas veces estos esperimentos para sentir los funestos efectos, y un dia volvió á casa, pesada la cabeza, tiritando de pies á cabeza, y se vió obligado á guardar cama, despues de un largo desmayo.

Entonces fué cuando Antonina, asustada por la rapidez del acceso, escribió á su padre que se pusiera en camino al recibir la carta.



En efecto, con los terribles indicios que tenia, convenci6se en seguida de que ya no habia remedio, y de que Edmundo estaba perdido.

Mand6 que llamáran al m6dico á quien su padre, que le conocia, la habia encargado que se dirigiera en caso de urgencia, y se sent6 resueltamente á la cabecera de la cama.

Como puede suponerse, habia sido imposible ocultar este ataque á la se6ora de Pereux. Esta, que desde el casamiento de su hijo estaba tranquila acerca de este punto, apenas pudo creer de pronto en la gravedad del mal que se declaraba; pero cuanto mas habia tardado la duda en entrar en su alma, tanto mas debia enseñorearse de ella, cuando nada pudi6se desmentir lo que los ojos veian y lo que el corazon presentia.

Cuando la se6ora de Pereux, que al principio no habia creido mas que en una ligera indisposicion, vi6 á su hijo desmayado durante dos horas, sin que nada consiguiera volverle los sentidos, cuando vi6 que el delirio sucedia al síncope, y al doctor, que acababa de llegar, moviendo la cabeza en se6al de que esperaba poco, ó de que no tenia esperanza alguna, el trastorno que ella esperiment6 fu6 r6pido y violento como el rayo.

Para las naturalezas amantes, viviendo como ella por el corazon, no hay término medio. El dia antes estaba tan segura de la salud de su hijo, que ni siquiera pensaba en ella. El dia siguiente se visti6 de luto.

Para ella su hijo habia muerto.

Envejeció de diez años en diez minutos. Sent6se junto á la cama de Edmundo, y permaneci6 allí con los ojos fijos en el enfermo, parecida á la est6tua del dolor mudo.



• Dos lágrimas se escaparon de sus ojos, dos no mas; pero se habria podido seguir, por la huella que habian dejado en las mejillas de la pobre madre, el camino que habian seguido. Aquellas dos lágrimas habian ahuecado las mejillas como ahueca los flancos de un volcan un torrente de lava.

Toda la vida, toda la inteligencia, toda el alma de la señora de Pereux habian pasado á sus ojos limitados al rostro de Edmundo y que seguian los imperceptibles movimientos que hacia la sábana sobre el pecho oprimido del moribundo. Sentíase que al detenerse aquellos movimientos, la mirada de la madre se apagaria con su vida, sin esfuerzo, sin grito alguno, y que las dos almas gemelas se elevarian á Dios ligadas una á otra.

Este dolor era tan grande, tan poderoso, dominaba de tal modo á la que lo soportaba, que no tenia fuerzas para socorrer al que lo causaba. La señora de Pereux habria dado inmediatamente su vida por su hijo, y hubiera sido una imprudencia permitir que le cuidára. No podia hacer mas que morir con él, si él moria. Padecia demasiado para hacer otra cosa que padecer.

No le sucedia lo mismo á Antonina, y la diferencia de los dos amores se manifestaba en la diferencia de los dos dolores.

— Cuando Antonina vió á su esposo frio, inmóvil y pálido como si estuviese muerto, exclamó, desde las profundidades de su alma: «Todo acabó!» pero habia sentido crecer sus fuerzas y redoblar su energía delante del terrible aviso, y juró no separarse del enfermo, relegando el dolor al fondo del corazon, y se habia dicho: «Él antes que todo.» Entoncez abrazó á la señora de Pereux sin que ésta moviera la cabeza;



pero aquel abrazo encerraba todas las promesas de abnegación que podía hacer y que sabría cumplir el alma de la jóven esposa.

En seguida hizo llamar al médico, y escribió á su padre y á Gustavo para que vinieran cuanto antes. Se le figuraba que Edmundo no estaría nunca excesivamente rodeado de amistad y cuidados.

Ya lo hemos dicho, el médico había llegado, y á primera vista desesperó.

«Que viva ocho dias, le dijo Antonina, es todo lo que os pido, caballero.»

Se necesitaban ocho dias para que las cartas llegáran á París y el señor Devaux á Niza, y le parecia á Antonina que si conseguia prolongar hasta entonces la vida de Edmundo, no sucumbiria á la enfermedad.

Tenia una gran confianza en la ciencia y en el cariño de su padre.

El señor Murret, que así se llamaba el médico que el señor Devaux habia recomendado á su hija, respondió á la jóven que el estado del enfermo no empeoraria antes de ocho dias.

El estado peor hubiera sido la muerte.

El señor Murret practicó sangrías abundantes que descar-garon el pecho y permitieron al enfermo respirar mas libremente; pero hubo una reaccion inmediata sobre el cerebro, y sobrevino el delirio, el delirio, esa horrible peripecia del dolor, esa dolorosa imágen de la locura que hace que los que lo presencian miren en torno suyo con horror, no sabiendo como detener el flujo de palabras sin ilacion que se escapan de la boca del enfermo y que son mas siniestras que el silencio, aun



cuando este silencio fuese el precursor del descanso eterno.

Durante el delirio que agitaba el sueño de su hijo, la señora de Pereux se inclinaba hácia éste, y le decia, como si su voz hubiese debido llegar al corazon del jóven: —

—Edmundo, Edmundo mio, no hables así. Yo te lo suplico, yo, tu madre.

Pero los labios calenturientos del enfermo seguian agitándose convulsivamente, y el delirio continuaba.

Durante aquellas largas noches, Antonina se acostaba á los piés de la señora de Pereux, y besaba las manos ardientes de la madre de su esposo.

—Esperad, mamá, esperad..... decia; mi padre va á llegar.

La señora de Pereux estrechaba, sin responder, la mano de Antonina.

En vano se hubiera pedido un pensamiento ó una palabra á la pobre muger. No comia ya, y bebia grandes vasos de agua para calmar su fiebre. Vivía y habria vivido así durante meses enteros. Solo su alma tenia necesidad de alimentos y se mantenía de cuidados y oraciones.

Así se pasaron cuatro noches y tres dias.

La mañana del cuarto dia el delirio habia cesado, un sueño mas tranquilo habia descansado al enfermo, que se despertó en un estado de debilidad extrema; pero, sin embargo, con la percepcion de las personas y de las cosas que le rodeaban.

—Antonina, mamá, dijo volviendo la cabeza hácia las dos mugeres.

—Me ha llamado en segundo lugar, murmuró la señora de Pereux.



—¿Cuánto tiempo hace que estoy acostado?... no me acuerdo de nada, dijo Edmundo sobre cuya frente pesaba como un velo de plomo.

—Hoy hace cuatro días, hijo mío, contestó la señora de Pereux. ¿Cómo te sientes?

—Tengo un gran dolor en el costado. ¿Y las dos me habéis velado relevándoos de tiempo en tiempo? continuó Edmundo dando sus dos manos, ó mas bien tratandó de tender ambas manos hácia su madre y su esposa.

—Las dos á un tiempo, contestó Antonina.

—¡Mis buenos ángeles, benditos seais!

Y Edmundo sintió que lágrimas de gratitud humedecían sus ojos.

Lo poco que acababa de decir le habia fatigado, y notó que respiraba con mucha dificultad. Entonces le asaltó la memoria, y á la idea de una muerte próxima, se echó á llorar.

—Dejadme llorar, decia á Antonina y á su madre, esto me hará bien.

La señora de Pereux se dejó caer de nuevo en la silla que no habia dejado hacia ochenta y seis horas.

—Vamos, todo concluyó, se decia Edmundo que sentia arder su pecho, yo mismo he apresurado mi muerte, como si hubiese tenido que vivir una eternidad.

Y nuevas lágrimas sucedían á este pensamiento, pues el pobre jóven solo tenia fuerzas para llorar.

Antonina adivinaba el motivo de este llanto.

—Sosíégate, Edmundo, decia á su marido, he escrito á mi padre y no tardará en llegar.

A esta esperanza los ojos del enfermo se reanimaron un poco.



Entretanto las dos cartas de Antonina habían llegado á París. El señor Devaux fué inmediatamente á la administración del coche-correo por un asiento para el mismo dia, pues el tal carruaje era entonces el medio mas rápido de transporte.

Todos los asientos estaban tomados.

Entonces alquiló una berlina y mandó á pedir caballos de posta, reservándose únicamente dos horas para los preparativos.

Gustavo, al recibir la carta que le iba dirigida, corrió á casa de Nicheta.

—Edmundo se muere, la dijo; parto, Nicheta mia. Dios me castiga por no haberle acompañado; pero era tan feliz, que me figuraba que no necesitaba de mí. Me escribirás á Niza, y te tendré al corriente de cuanto pase.

Nicheta y Gustavo se abrazaron llorando.

—Antonina habrá escrito sin duda á su padre, dijo Daumont; voy á casa del señor Devaux y volveré á despedirme de tí.

Gustavo encontró al doctor haciendo los preparativos del viaje.

—Parto con vos, le dijo.

—Pues dentro de una hora, contestó el doctor.

Gustavo volvió á abrazar á Nicheta segun le habia prometido, y entró de nuevo en el patio de la casa del doctor, en el momento en que el postillon montaba á caballo.

El coche partió al galope.

Cuatro dias despues los dos viajeros llegaban á Niza.



---



---

## CAPÍTULO XXII.

---



os días antes de la llegada del señor Devaux y Gustavo, Edmundo volvió á caer en el delirio, y el señor Murret practicó nuevas sangrías. Edmundo estaba desconocido: la opresion disminuia poco.

Las dos mugeres seguian velando junto á la cabecera de la cama, y de los tres, el que mas padecia, no era seguramente Edmundo, pues su pensamiento no le pertenecia ya.

Medio cerradas las cortinas de la cama, mantenian en la sombra el sueño del enfermo; sin embargo, un rayo de la lámpara velada iluminaba la palidez mate de una mano débil y flaca.

Antonina y la señora de Pereux que viendo que el jóven recobraba el conocimiento habian creido un momento en la curacion, se entregaron á nuevos temores viéndole caer otra



vez en la calentura, en el desfallecimiento y en el delirio. En el lecho de los moribundos es donde los que les aman ven reaparecer todos los recuerdos que se refieren al tiempo en que el que van á perder era feliz y fuerte. El pasado vuelve, llevando sus venturosas horas, y echándolas sobre el presente desolado, como un niño sacudiendo sobre un sepulcro su vestido lleno de flores. Estos recuerdos son aun mas amargos cuando se despiertan en el corazon de una madre, pues para ella el pasado no tiene límites. No le es desconocida ninguna de las facés de la existencia de su hijo, y su nombre evoca otros nombres, muchas veces borrados antes que el suyo. Ayudada por la cabeza y el corazon, remóntase por la corriente de su vida y se sienta un momento á la sombra fresca aun de la juventud, de las ilusiones y del amor. Dios permite que durante algunos momentos, en defecto del sueño que no viene, pueda descansar en la memoria de los dias venturosos: no por eso padece menos despues, y el dolor nada pierde en ello.

Así, pues, al ruido de aquella respiracion difícil, única cosa que le daba á entender que su hijo no habia muerto todavía, la señora de Pereux veia pasar por delante de sus ojos la sombra infantil de Edmundo, animada con sus primeras sonrisas, sonriendo á sus primeros juegos. En aquella época todo era júbilo en torno suyo. Era jóven, y si no amaba con el ardor de los sentidos y de la pasion, amaba con la reflexion del corazon y la razon del alma. El cielo le enviaba un hijo que resumia en él solo todos los amores que ella habia perdido y todos los que á su edad habria podido tener. Recordaba sus temores á la indisposicion mas leve de la débil



criatura, su alegría viéndola crecer, su gratitud á Dios viendo abrirse como frescas flores al sol de la vida el alma y la inteligencia del Edmundo. Cuando murió su marido, ella fundó la felicidad, el amor, la esperanza y hasta la existencia en el hijo que le quedaba, y ahora, despues de veinte y cuatro años de cuidados, de temores nacidos y desaparecidos, despues de haber creado para su corazon una de esas costumbres que lo destrozan cuando lo dejan, envejecia inclinada sobre el lecho de muerte de su hijo, como envejeciera sobre su cuna, y nada podia practicar para detener aquel aliento que iba perdiéndose en el aire, á llevarse con él un pasado lleno de encantos y la esperanza de todo un porvenir.

Sólo las madres pueden comprender este martirio, y si lo que estamos escribiendo no hubiese de ser leído sino por madres, nos habriamos limitado á decir: «Edmundo se moria y su madre velaba junto á su lecho de muerte.»

No es cierto, madres que me leéis, que en la posicion de la señora de Pereux habriais dicho á pesar vuestro lo que ella decia á pesar suyo:

«Dios mio, conservadme mi hijo! No os pido, no me atrevo á pedir os su salud; pero que viva, que me vea, que yo pueda verle aun, que no oiga detenerse su respiracion á que está unida mi existencia, que yo no vea entrar aquí al sacerdote, que yo no oiga junto al lecho del hijo de mis entrañas el rezo de difuntos... no quiero ver acostado en un ataúd estrecho y frío este cuerpo formado con mi sangre, este rostro que me sonreia y me llamaba «mamá,» esas manos que puedo estrechar todavía!... no oiga caer sobre él la tierra húmeda del cementerio, ni vea arrebatado á mis miradas el



ser que un dia sentí moverse en mi seno!... Todo cuanto querais, Dios mio, en cambio de la vida de mi hijo; pero que viva para mí, para acompañar mis últimos años, para que yo no sufra en este mundo los tormentos que teneis reservados á los condenados! Si es preciso que vele durante el resto de mis dias, como velo en este momento, si es preciso que ruegue sin cesar como ruego ahora, el velar y el orar me serán en extremo gratos. Señor, aun cuando él no debiera verme ni conocerme. Si quereis mas, Dios mio, continuaba la pobre madre creyendo en medio de su desesperacion que es posible hacer pactos con Dios, no le veré mas, os consagrare mi vida, entrare en un convento cuyas losas gastare con las rodillas; pero sabré que vive, que es dichoso, y de vez en cuando permitireis que vaya su imágen á visitar mi sueño, si es que concedeis el sueño á las madres separadas de su hijo. Hice mal en permitir que amara, que se casara. Yo hubiera debido guardarlo para mí sola, á estas horas quizá no estaria moribundo. Es mi castigo. Mientras fué solo mio, nada le sucedió. Ese amor apasionado le ha muerto, al paso que mi amor tranquilo y vigilante le habria hecho vivir.»

Y á la idea de que su hijo moriria tal vez, la pobre madre casi aborrecia á Antonina.

Por su parte, la aflijida jóven decia á Dios:

«Señor, ¿es posible que me lo arrebaseis despues de seis meses, vos cuyo nombre invocábamos santamente en nuestros momentos de felicidad? ¿Es posible que no le concedais siquiera el término que tanto temíamos y que si ahora lo tuviéramos seria una eternidad?... Dios mio! ¿hay dolor mas profundo que el de ver desvanecerse, de repente el encanto



de la vida, que el de ver fria y helada la boca que nos dijo las primeras palabras de amor que oimos? Vos lo sabeis, yo le amo, quise ser suya; si por un momento he esperado triunfar del porvenir, perdonadme, Dios mio, y no me castigueis hoy por ello. Dejadnos vivir juntos, y nos amamos tanto! Si supierais, Señor, á qué gratas esperanzas nos abandonábamos los dos! ¿Y he de ver echado á la tierra este cuerpo que tantas veces he rodeado con mis brazos? No puede ser. Y sin embargo, si le está reservada una vida enfermiza que cierre su alma al amor, si ya no he de oír las palabras que en otro tiempo me decia y cuyo recuerdo me persigue hasta este lecho de muerte, si es preciso que renuncie para que él viva, á la dicha que de seis meses á esta parte me ha ofrecido, si la curacion no debe hacer de él mas que un cadáver animado solamente por la vida exterior, prefiero devolvéroslo, Dios mio, porque esta muerte parcial seria peor que la muerte completa.

Es probable que si en vez de contar seis meses de matrimonio, hubiese llevado cinco ó seis años y hubiese tenido hijos, Antonina habria pensado de otro modo; pero no era madre todavía, y la voz imperiosa de la juventud hablaba aun en ella.

Si Dios oia estas súplicas, y las oia, pues las oye todas, debía reconocer en ellas, espresándose con toda su franqueza, las dos naturalezas que ha dado á la muger.

Como ya hemos dicho, el señor Devaux y Gustavo habian llegado á Niza; pero la señora de Pereux, su hijo y Antonina no vivian en la misma ciudad, sino en una de las casas situadas no lejos de esta, á cierta distancia unas de otras, de



modo que los dos recién llegados no sabían á dónde dirigirse.

El señor Devaux iba mirando á uno y otro lado, buscando una señal que le diera á conocer lo que buscaba, cuando vió á tres personas que se paseaban. Eran una jóven, un caballero entrado en años y una señora que llevaba una silla de tijera debajo el brazo derecho y un libro en la mano izquierda.

Dos lebreles corrian delante de los tres paseantes. El señor Devaux hizo que se detuviera el coche, bajó, y dirigiéndose al caballero, le dijo:

—¿Podriais indicarme, caballero, la casa del señor de Pereux, si es que sabéis donde vive?

—Precisamente vamos á informarnos de la salud de ese caballero, respondió el desconocido. Somos vecinos suyos, y desde que el pobre jóven está enfermo, venimos todos los días á saber de su estado. No nos hemos atrevido á pedir que se nos recibiera. Si veis á su madre y á su esposa, caballero, dignaos manifestarles el vivo interés que nos tomamos por su salud.

Entretanto Gustavo habia bajado tambien del coche, y se habia acercado al señor Devaux y al grupo de las tres personas.

—Esta es la casa del señor de Pereux, dijo el desconocido señalando una casita con persianas verdes, y aquella es la mia, prosiguió indicando otra casa que se hallaba á unos cien pasos de distancia de la primera. Me llamo el comandante de Mortonne, y vivo con mi esposa y mi hija; si en algo podemos ser útiles á las señoras de Pereux, decidles, caballero, que nos hallarán siempre á sus órdenes.



La señora de Mortonne y su hija aprobaron con un gesto lo que el comandante acababa de decir.

—¿Y vive todavía el señor de Pereux? preguntó el doctor al comandante despues de haberle dado las gracias.

—Anteayer estaba un poco aliviado, respondió el comandante.

—Gracias, caballero; gracias; soy el padre de la jóven esposa, soy médico, y si por desgracia vos ó alguno de vuestra familia caeis enfermos, dignaos aceptar mis servicios.

El comandante y el señor Devaux se saludaron afectuosamente, y este último acompañado de Gustavo se encaminó hácia la casa que acababan de indicarle.

El comandante, su esposa y su hija continuaron su paseo.

Antonina, viendo entrar á su padre, se echó en sus brazos; la señora de Pereux le besó las manos, y abrazando á Daumont como á su propio hijo, no le dijo mas que estas pocas palabras: «Mi pobre Gustavo!...» Pero en la entonacion que á estas palabras habia dado se veia todo lo que habia padecido durante aquellos últimos ocho dias y todo cuanto quedaba temiendo.

El doctor se acercó á la cama de Edmundo y le tomó la mano.

Edmundo no se movió. La calentura le tenia insensible.

—¿Ha venido Murret? preguntó el doctor á su hija.

—Sí, papá.

—¿Qué ha hecho?

—Ha mandado que le sangraran.

—¿Todos los dias?

—Todos.



—Bien.

Gustavo y la madre de Edmundo escuchaban con la mayor atención las palabras del doctor.

Este descubrió el cuerpo del enfermo y aplicó el oído á su pecho.

—Dios le ha mandado tal vez esta enfermedad, dijo levantándose y volviendo á cubrir á Edmundo.

—¿Qué quereis decir? preguntaron ambas mugeres á la vez.

—Quiero decir, continuó el señor Devaux, que si le salvo de esta fluxión de pecho, quedará completamente curado del mal que temíamos. Nada en él se opone ya á los remedios que voy á probar, y puedo obrar mas cómodamente sobre un enfermo que guarda cama, que sobre un enfermo que bebe y come, en cuyo caso el menor accidente puede destruir todos mis esfuerzos.

—Tenemos, pues, dijeron ambas mugeres.

—Tenemos, repuso el doctor, que todo me mueve á creer que esta enfermedad es una dicha, lo repito.

La señora de Pereux y Antonina se abrazaron mutuamente, riendo y llorando á la vez.

La curación de Edmundo era el punto de union de sus dos amores.

Aquel dia casi hubo fiesta en la casa.

—¿Cuánto tiempo necesitas, papá? preguntó Antonina al doctor.

—Edmundo quedará salvado, pero no curado, dentro de quince dias. Su convalescencia será larga y durante ella procuraré destruir completamente el mal. Podrá durar cinco ó seis meses, los cuales pasaremos aquí.



— Es decir, que no nos dejarás.

— ¡Esto me preguntas? Tu felicidad antes que todo, y tu felicidad consiste en la salud de tu esposo; ¿no es cierto?

— ¡Y en la tuya.

— ¡Hija mia! dijo el doctor abrazando á Antonina. Ahora, no quiero, y piensa que es el médico, esto es, el amo, quien lo manda, no quiero lágrimas en casa.

Tres semanas despues, la casa presentaba un aspecto del todo diferente.

Antonina estaba sentada junto á la cama de Edmundo que podia hablar apenas; pero que la miraba con toda el alma y la estrechaba la mano.

— Mucho has llorado en estas tres semanas, le decia con voz débil, pobre ángel mio; ¿cuánto habrás padecido! ¿Qué cosa tan horrible! la enfermedad no nos deja ver á los que amamos..... Yo te sentia á mi lado, pues una de las fibras de mi corazon estaba unida á tí, y yo no podia verte, no podia hablarte, y el delirio embrollaba lo que hubiera querido decir.

— ¡Pobre amigo mio!

— ¡Oh! si vuelvo á la vida, quiero que seas la muger mas feliz del mundo, como has sido la mas amada; ¿Dónde está mi madre, mi buena madre! ¿sabes que casi la olvido por tí? Te amo tanto, que mi amor reaparece antes que mi vida.

— Tu madre está en el salon; sabe que te gusta encontrarme aquí cuando te despiertas, y ahora que te ve fuera de peligro, se odice: «no tiene necesidad de mí», y hace todo cuanto le parece que puede darte gusto.

— Dila que venga, dijo Edmundo cuyos ojos se humedecian al recuerdo de la santa afeccion de su madre; quiero



reñirla por no haber aguardado que me despertára. Verás que contenta se pone. ¿Tienes celos de ella?

—Yo creo que es ella quien los tiene de mí.

—¿Qué quieres? me da su corazón por entero, y no puede resolverse á partir con otra el mio! Si yo llegára á perderte, Antonina, me mataría; pero si perdiese á mi madre, me moriría de pesadumbre. Anda, dile que venga.

Antonina estampó un beso en la frente serena de su marido y pasó al salón.

Una plegaria muda se escapó de la boca del enfermo. Pedía á Dios para aquellos dos ángeles que á su lado tenía la salud y la dicha que habían pedido para su querido enfermo.

Quando Antonina volvió al salón, la señora de Pereux estaba hablando con el comandante de Mortonne, su muger, su hija, el doctor y Gustavo.

—Mamá, le dijo, Edmundo desea veros; quiere reñiros porque no os ha encontrado junto á su cama al despertar.

Una sonrisa de gozo iluminó el rostro de la madre.

La señora de Pereux corrió á ver á su hijo.

—¿Sigues pensando siempre en mí, hijo mio? le dijo.

—Abrazame, mamá, dijo Edmundo rodeando con sus flacos brazos el cuello de la señora de Pereux; tus besos me dan la vida.

—¡Salvado! ¡salvado! murmuraba la madre. El señor Devaux lo decia ahora poco. ¿Es cierto, Dios mio?

Y abrazaba á su hijo.

—¿Hay gente en el salón? preguntó Edmundo.

—Sí, allí está el comandante de Mortonne.



—¿Qué comandante es ese?

—Un hombre excelente que viene cada día á saber de tí con su esposa y su hija; graciosa jóven de diez y seis años. El señor Devaux tiene sus costumbres... En París iba á visitar á sus enfermos; por la noche recibia á algunos amigos y jugaba al whist. Aquí, no sabe qué hacerse. En los primeros dias de tu enfermedad, tú seras una ocupacion suficiente para él; pero ahora que ya sigues mejor, bueno del todo..... porque ahora ya no padeces, ¿verdad?

—No, mi buena mamá; tranquilízate.

—Pues bien, el pobre hombre encuentra largas las noches, desea distraerse un poco; y juega al tric-trac con el comandante. A veces por darle gusto, hacemos el whist, que yo he aprendido. Te confieso que me divierte poco, pues preferiria estar á tu lado; pero ha hecho tanto por nosotros, que bien puedo hacer esto por él. Si me pidiera la vida, se la daria.

—¿Y Gustavo, mamá? ¿cuánto se estará fastidiando!

—Nada de eso. Monta á caballo con el comandante y su hija; hacen escursiones y no dejan de divertirse. Como ya están tranquilos por lo que á tí hace... Cuando puedas levantarte, dentro de ocho dias, irás al salon á jugar con nosotros. Todavía han de brillar para nosotros en la tierra hermosos dias, hijo mio.

—¡Mi pobre madre!... dijo Edmundo mirando atentamente á la señora de Pereux en quien la dicha que experimentaba desde hacia algunos dias no logrará borrar las huellas de lo que habia padecido.

—Sí, dijo ella, estoy un poco cambiada; tengo algunos



cabellos grises que tú no habias visto antes de tu enfermedad. Pero no es nada, pues tengo en el corazon una esperanza y una juventud eternas.

Y esto diciendo, la señora de Pereux abrazaba de nuevo á su hijo, que no habia podido retener algunas lágrimas que se secaron entre los dos besos.

### CAPITULO XXIII.

Después de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.

Olivier se acordaba de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.

Después de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.

Olivier se acordaba de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.

Después de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.

Olivier se acordaba de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.

Después de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.

Olivier se acordaba de haber estado en la cama durante un mes, y por lo demás no teniendo necesidad de seguir el tratamiento que se le prescribió, entró definitivamente en un buen camino, y regresaría á París.



## CAPÍTULO XXIII.



DAUMONT había tenido al corriente á Nicheta de las diferentes faces de la enfermedad de Edmundo. Los dias en que la modista recibia cartas de Niza, eran para ella dias de fiesta. Desde la marcha precipitada del jóven, no habia tenido distraccion alguna ni la habia buscado. Para dar gusto á Gustavo, para pasar á solas mas horas con su amante, habia renunciado á sus antiguas amigas, de suerte que en cuanto el jóven hubo partido, nadie fué á visitarla.

Nicheta habia empezado por llorar mucho; luego, cuando supo que Edmundo estaba fuera de peligro, sintió doble placer, por cuanto al paso que veia restablecido á su buen amigo, pensaba que esta curacion apresuraria la vuelta de Gustavo á París.

Escribió á Daumont una carta en que le detallaba su fas-



tidio desde que se veía sola y la dicha que experimentaría volviéndole á ver.

Gustavo recibió la carta, leyóla, la volvió á leer dos ó tres veces, y guardándosela en el bolsillo, dijo con verdadera emoción:

«¡Pobre Nicheta!»

Luego le contestó diciéndole que Edmundo estaba tan débil todavía, que necesitaba todas las afecciones que le rodeaban, y que en cuanto su convalecencia entrara definitivamente en buen camino, regresaría á París.

Olvidábamos decir, y por lo demas no teníamos necesidad de decirlo hasta ahora, que el moribundo al volver á la vida y encontrando á Gustavo á la cabecera de la cama, entre su madre y su esposa, habia dado gracias á Dios por este tercer consuelo que le enviaba.

Como hemos visto en el capítulo anterior, ya nada habia que temer con respectó á la enfermedad de Edmundo; quedaba el mal de que estaba atacado desde niño y que el señor Devaux trataba de destruir.

Previno, pues, al enfermo que debia pasas tres ó cuatro meses en casa, sin salir de ella, y que contaba con este tiempo para trasformarle enteramente.

Edmundo se resignó. ¿Quién en su lugar no se hubiera resignado, viéndose amado como lo era él?

Procuráronse, pues, al enfermo todas las distracciones que podian ir á él, ya que momentáneamente no podia él ir á ellas.

Estas distracciones fueron las mismas que suelen ser ofrecidas á todos los convalescientes.



Mientras no pudo levantarse, Antonina permaneció á su lado, leyendo, trabajando, hablando, é interrumpiéndose muchas veces para descansar la cabeza sobre la cama de Edmundo, quien destrenzaba sus cabellos y los acariciaba durante horas enteras.

—¿Sabes que pasaria así con mucho gusto el resto de mi vida? le decia. ¿Hay felicidad mayor que la mia? Te veo, te oigo, y el mundo está para mí en estas dos palabras. ¿Para qué el resto de la tierra? ¿Por qué otros horizontes? ¿De qué sirve el ir á buscar otros cielos y otras gentes? ¿Necesito algo mas que tu mano estrechando dulcemente la mia? Mi madre y tú, esta casa tranquila, ese horizonte cercano, ese paseo solitario que serpentea á nuestros piés, de vez en cuando las visitas ó las cartas de Gustavo, ¿no constituirian para mí un paraíso en la tierra? ¿Te contentarias tú con esa existencia?

—Estando á tu lado, todo ha de parecerme hermoso.

—¡Qué locos son los que piden á la vida otros goces que los del corazon y de la dulce intimidad! Y tu padre que me promete largos años de vida!

—Te salvará, y tus odiosas ideas de muerte se disiparán para siempre.

—¿En este caso, sabes qué haremos? Compraremos en Suiza ó en Italia una casita blanca, muy solitaria, muy ignorada de todos, oculta como un nido en un árbol, reflectándose en las azuladas aguas de un estanque, pues aquí tendríamos siempre á la vista el espectáculo de la muerte de los otros. Allí nos encerraremos mi madre, tú y yo. Jamás nos ocuparemos de lo que hagan ni digan los demás hombres. Nuestra dicha quedará oculta á los ojos de todos, y habremos vivido



como solitarios, sin que nadie haya podido traducir mas que el contento nuestro que nos resplandecerá en la frente. Nuestros hijos, si Dios nos los concede, criados entre sus padres y la naturaleza, crecerán para el bien. La misma tumba nos unirá, así como nos ha unido el mismo amor; descansaremos ambos en alguna altura acariciada por el sol, y el pastor que conduciendo su ganado pase junto á nuestra losa, dirá «Éstos fueron dichosos.» ¿No es verdad que fuera de esto, toda otra ambicion es una locura?

Al oír espresarse á su marido de este modo, Antonina sonreía apretándole las manos. No parecia sino que él habia leido en el corazon de su muger lo que la decia, porque aquello era precisamente la realidad de sus ensueños. Todos los dias renovaban esta conversacion.

Finalmente el señor Devaux permitió á su enfermo que se levantára y pasase al salón, en donde entró apoyándose en Antonina y su madre.

Se encontraba muy demudado: tenia la palidez de un mármol, sus mejillas estaban demacradas, los ojos, que aparecian mayores por la delgadez del rostro, brillaban con los nuevos fuegos de la vida, llevaba el pelo echado hácia atrás con estudio, y la sonrisa que iluminaba aquel rostro demacrado era encantadora y simpática como el alma que reflejaba en él.

Al ver entrar á Edmundo, se levantaron las personas que habia en el salon. Ya hemos dicho quienes eran estas.

—Ya sé, caballero, dijo Edmundo al comandante, la benigna solicitud con que cada dia habeis venido á saber de mí; permitidme que os viva reconocidísimo y os tienda la mano de amigo.



El comandante estrechó con emoci3n la mano que le presentaba el enfermo.

—Sé tambien que estas señoras han acompañado asíduamente á mi madre durante la prueba dolorosa por que acaba de pasar, dijo, dirigiéndose á la señora de Mortonne y su hija, y aguardo con impaciencia el momento en que pueda á mi vez visitarlas frecuentemente. La compa3a de un enfermo no es lo que mas atractivos tiene; sin embargo, espero que durante la reclusi3n á que todavía me condena mi querido doctor, os dignareis visitarnos de vez en cuando.

—Vuestra buena madre ha estado muy inquieta, dijo la muger del comandante, y á pesar de todo nuestro conato, éramos insuficientes Lorenza y yo para distraerla un poco de sus temores.

—Todo esto ha concluido ya felizmente, ¿no es así doctor? dijo la señora de Pereux al señor Devaux.

—Tranquilizaos, contestó éste, todo irá bien.

Edmundo tendió las manos á Gustavo y al padre de Antonina, y sentóse en un gran sill3n cuyos almohadones acababa de arreglar su madre.

—Por mí que no se interrumpa la conversaci3n, señores. Me apresuro á tomar parte en ella.

—¿No te sientes fatigado? le dijo por lo bajo la señora de Pereux.

—Aun no, mi buena madre, contestó sonriéndose Edmundo, soy mas fuerte de lo que crees. Y dejó la mano entre las de su madre.

—Estaba contando al doctor y al señor Daumont, dijo el comandante á Edmundo, como vinimos á vivir aquí, buscando



en vano mi esposa y yo las razones de nuestra residencia en este desierto.

La casita que habitamos nos ha parecido muy preciosa y nos hemos fijado en ella. Yo adoro los golpes así, prontos. Mis continuos cambios de guarnicion me han hecho contraer la eterna necesidad de mudar de casa con frecuencia. A los seis meses que permanezco en un punto, ya me fastidio y necesito ir á otra parte.

Al paso que Edmundo escuchaba al comandante, iba pasando revista á las personas con las cuales entablaba conocimiento y de las que nos hemos ocupado poco hasta ahora.

El señor de Mortonne tenia unos cincuenta años. En su cara estaban marcados todos los signos por los que se distingue un militar. Grandes bigotes, cabello recortado, mirada franca, mejillas algo coloradas, la dentadura blanca y que daba realce á su fisonomía; era alto, vestia un largo redingot, y en uno de los ojales de éste se hallaba adherida una roseta de oficial de la legion de honor.

Hombre de bien en la acepcion mas escogida de la palabra, el comandante tenia la discrecion de no hablar jamás de sus batallas ni heridas, sin embargo de tener en su frente una cicatriz, que en otro hubiera sido asunto de una grande historia.

La señora de Mortonne tenia cerca de cuarenta y ocho años, y todas las tendencias de las mugeres de su edad; gastaba anteojos y hacia punto de malla. Comunmente llevaba un vestido de color de hoja seca y una gorra al gusto de la señora Angélica, nuestra antigua conocida, que hace algun tiempo hemos perdido de vista, y que seguia en París al fren-



te de la casa del señor Devaux, sin que dejase todas las mañanas de ir á murmurar una súplica á Santo Tomás de Aquino por la curacion del marido de Antonina. La señora Mortonne habia sido bonita, conservaba de sus buenos años una piel fresca y manos de una blancura sorprendente. Era bien medrada de carnes, y daba con esto la mejor opinion de su salud y de su régimen higiénico.

La señorita Lorenza de Mortonne era, como habia dicho la señora de Pereux á su hijo, una bella moza de diez y seis años. Tenia los cabellos negros como el azabache y naturalmente rizados, ojos grandes, tan rasgados y espresivos, que al pronto no se sabia si eran negros ó azules. Azules eran, pero con un no sé qué de salvaje que daba atractivo al rostro. La señorita de Mortonne tenia el cutis de raso, la boca quizá un poco grande, pero tan graciosa y con dientes tan bellos, que tal defecto venia á ser un mérito.

Era esbelta y su talle tan flexible y ligero que con gusto la hubiera un poeta comparado á la caña ó á la palma.

No sé por qué, y sea dicho entre paréntesis, se comparan estos talles flexibles con las palmeras, que son los árboles menos flexibles de toda la creacion.

La señorita de Mortonne llevaba un vestido negro cerrado hasta el cuello.

Miraba á Edmundo con curiosidad.

Parecia que su naturaleza vigorosa no comprendia nada de esta otra débil y enfermiza.

—Ahora bien, comandante, es preciso derogar vuestra costumbre y que permanezcais aqui mucho tiempo. Cuando el señor Devaux me permita salir, haremos juntos algunas buenas escursiones, dijo el enfermo.



—Este pais me conviene; no es muy alegre, pero si no desagrada á la señora de Mortonne ni á Lorencita, y mi compañía puede distraeros un tanto, nada impide que permanezcamos seis meses más.

—Nada, seguramente, dijo la señora de Mortonne.

Lorenza guardó silencio.

—¿Qué diablos tienes tú, Gustavo? dijo por lo bajo Edmundo inclinándose al oído de su amigo, que parecía sumergido en la mas profunda cavilacion.

—¿Qué quieres que tenga?... dijo Gustavo, estoy escuchando.

—Tú te fastidias aquí; te fastidias, confiésalo.

—¿Yo? al contrario.

—¿En qué piensas, pues, si no es en París, en Nicheta?

—Esta mañana he recibido una carta suya.

—¿Qué te dice?

—Quisiera venir á encontrarme aquí.

—¿Y por qué no viene?

—Incomodaria mucho.

—¿Por qué?

—Porque entonces yo estaria mucho con ella y poco contigo.

—Una cosa me pregunto á mí mismo, dijo Edmundo.

—¿Y es?

—¿Por qué no te casas con Nicheta?

—¡Jamás!

—¿Por qué jamás? Tú la amas, ella te corréponde, se arrojaría al fuego por tí. Sabes la estimacion, la afeccion particular que la profesa mi madre. Si os casais, siendo ya tu



esposa, ningun inconveniente habrá en que ella viva con nosotros, y seremos felices. Tú habrás labrado la dicha de una buena criatura, y puede que jamás encuentres, ni aun en las familias mas honradas, ni en las solteras de la mas alta posicion, un corazon semejante al de Nicheta. Te aseguro bajo mi palabra de honor que yo en tu lugar me casaria con ella.

—Eres un loco.

—Qué, ¿todavía tienes preocupaciones?

—Sí.

—Haces mal. En todo caso, si le escribes, dile que la abraza con entusiasmo.

Durante este tiempo, los señores Devaux y Mortonne comenzaron su juego de espadilla y la señora de Pereux se habia acercado á la señorita Lorenza con la cual se puso á hablar de todas aquellas frivolidades que siempre tienen las mugeres á la órden del dia.

Gustavo se levantó á su vez y se acercó á Lorenza, mantuyéndose en pié.

—¿Vuestro señor padre trata de dar mañana por la mañana un paseo á caballo, señorita? la dijo.

—Sin duda, y hace muy bien. No tenemos otra distraccion.

—Si lo permite vuestro padre, yo os acompañaré.

—Tendrá un gusto en ello. Con vos podrá hablar y fumar, al paso que mi compañía es poco grata para un antiguo militar.

—¿Habeis hallado caballos aqui? preguntó la señora de Pereux á Lorenza.

—Sí señora, y escelentes. El señor Daumont tiene uno que es una maravilla.



—Lo he puesto, señorita, varias veces á vuestra disposición, y todavía lo está.

—Es demasiado fogoso para mí; me da miedo.

—Eso es modestia, señorita, vos montais mejor que yo.

—Su padre ha sido quien la ha enseñado este ejercicio y no podia haber tenido mejor maestro, dijo la señora de Mortonne.

—¿Cómo te sientes? preguntaba Antonina á Edmundo.

—Muy bien, y soy muy dichoso. Veo cuan agradable seria esta vida. Noches pasadas en medio de personas amables, ¿qué mas puede apetecerse?

—Piensa así siempre, esto es cuanto pido yo á Dios.

La señora de Pereux dejó á Gustavo hablando con Lorenza, á cuyo lado se sentó, y se fué á preparar por sí misma la tizana que de hora en hora debia tomar su hijo, á quien ella misma se la trajo.

Los dos jugadores concluyeron su partida, el comandante tomó su sombrero y se dispuso á retirarse.

—Padre, dijo Lorenza, el señor Daumont pregunta si mañana montaremos á caballo.

—Como todos los dias.

—Pues á las ocho, dijo Daumont, me reuniré con vos, comandante.

—Estando prontos.

Ambas familias se despidieron mutuamente y se separaron.

Gustavo subió á su habitacion que estaba encima de la de Edmundo y abrió la ventana: miró como se alejaban el señor de Mortonne, su muger é hija, la cual caminaba detrás de ellos como frecuentemente le acontecia.



Vió tambien que Lorenza se volvia y miraba hácia la casa de la señora de Pereux.

Gustavo cerró la ventana.

«Preciso es que escriba á Nicheta» se dijo; y en efecto, acercándose á una mesa tomó una pluma y se disponia á escribir. Pero antes que trazase una letra, dejó caer su cabeza sobre la mano izquierda y la pluma permaneció inactiva en la derecha.

Pensaba sin duda lo que habia de escribir, por mas que en otro tiempo las palabras le acudiesen por sí solas.

Quizás no pensaba solo en esto.

Despues de reflexionarlo un cuarto de hora, escribió:

«Mi querida Nicheta, esta mañana he recibido tu carta y...»

De nuevo se detuvo, pero esta vez se levantó, corrió á abrir la ventana y miró algunos instantes el camino por la parte que el señor de Mortonne entraba en su casa.

El camino estaba desierto. Volvió á sentarse Gustavo, y leyó otra vez la carta de Nicheta, así, como si necesitase hacerlo para saber lo que habia de decirla: seguidamente tomó la pluma y continuó:

«Te contesto esta noche despues de la buena tarde que acabamos de pasar con Edmundo, quien ya hoy se ha levantado por primera vez, su madre, su esposa, un caballero anciano y una señora tambien de edad que son vecinos nuestros y visitan diariamente al enfermo.»

¿Omitia Gustavo por casualidad ó voluntariamente que aquel caballero y aquella señora tenian una preciosa hija?

Seguramente que fué sin intencion, porque ¿qué razon podia tener para ocultárselo á Nicheta?



Cuando concluyó Gustavo de escribir la frase arriba transcrita, hubiera podido creerse que no escribiría mas, pues en vez de continuar, se entretuvo en hacer puntos con la pluma sobre la tabla de la mesa en que escribía, y siendo así que no podia llegar á fijar su atencion en la continuacion de la carta, la ponía, y muy mucho, en hacer bien los puntos fijándolos á una distancia igual los unos de los otros.

De pronto pasó el dedo sobre aquellos puntos, los borró y se puso á escribir.

«Aquí siempre hace buen tiempo, y estoy seguro de que á la hora en que escribo esta, llueve en París, mientras que nosotros nos hallamos bajo un cielo tachonado de estrellas.»

Positivamente el pensamiento de Gustavo estaba en otra parte, pues escribió estas dos últimas líneas casi sin mirar el papel y porque conocía que era indispensable escribir algo.

Y sino, ¿qué podia interesar á Nicheta que hubiese estrellas en Niza, mientras que probablemente llovía en París?

Sin duda comprendió esto mismo Gustavo, puesto que tomando otra hoja de papel, se dispuso á escribir una segunda carta, pero en esta no puso mas que una sola palabra, y esta palabra fué:

«Señorita.»

Cuando iba á continuar, se detuvo, y estrujando el papel con su mano, lo arrojó á la chimenea, diciendo:

«Vamos, estoy loco.

Y volvió de nuevo á la carta que habia comenzado antes.

Despues de leído nuevamente lo que habia escrito en ella, pues ya no se acordaba, continuó: «No echo de menos aquí mas que una cosa, y es á tí, mi querida Nicheta, á tí, en



quien incesantemente pienso y creo que tú también pensarás en mí. Luego que Edmundo se halle fuera de cuidado volveré á París, y no necesito decirte á donde correré tan luego como llegue. Seguramente que vives disgustada; ¡es tan triste el invierno en París!... Pero tranquilízate, esta ausencia no puede durar mucho; en cuanto haya pasado no volveremos á separarnos.

» No te escribo mas largo porque no me dá mas tiempo la salida del correo, pero la carta inmediata tendrá cuatro páginas.»

Esta última parte la escribió Gustavo resueltamente y con rapidez, como temiendo que le detuviera en la conclusion alguna otra ocurrencia.


Ahora bien; siendo así que escribia á las diez de la noche, ¿por qué decia que iba á marchar el correo?

Esta era la primera vez que Gustavo mentia á Nicheta, si en alguna otra cosa de la carta no habia también faltado á la verdad.





## CAPÍTULO XXIV.


 omo la naturaleza es en todo previsora, ha dispuesto que el enfermo que entra en convalecencia se contente con goces inocentes que pueden proporcionársele sin que impidan la completa curacion. Contrae hábitos que cuando estaba en perfecta salud hubiera tenido por ridiculeces aun en los viejos, y á los que le parecia que nunca podria avenirse su naturaleza.

El gran sillón que reemplaza á la cama, la visita de personas que en el estado normal seria enojosa; una conversacion pacífica, sin causa ni efecto; un rayo de sol deslizándose por la ventana entreabierta; los alimentos lácteos, media hora de lectura, una partida de damas ó de ecarté y que para dar gusto al convaleciente, de intento pierde el que juega con él; todo esto contribuye á dar objeto y ocupacion á los dias de convalecencia.



Fatigado el espíritu por el malestar del cuerpo, nada mas desea, y como cada dia que pasa dá á la persona enferma nuevas fuerzas, llega el momento en que, sin apercibirse de ello, vuelve á entrar en su vida pasada, y recuerda admirado el tiempo en que cifraba su ambicion en poder andar y en que caminaba con trabajo desde la cama á la mesa y desde esta á la cama.

Es la enfermedad un aviso que la Providencia dá al hombre y del cual nos aprovechamos poco, preciso es decirlo, porque nada se olvida mas pronto que el mal pasado: todos los dias hallamos gentes que nos dicen: «Hace dos ó tres años tuve una enfermedad que me duró seis meses,» mas, en la entonacion de esta frase, nada recuerda el mal que tuvieron que sufrir durante aquel tiempo.

Felizmente la enfermedad tiene una cosa buena, y es que regenera las impresiones, y durante algun tiempo nos presenta la naturaleza bajo un nuevo aspecto.

Como nos ha acercado mas ó menos á la muerte, esto es, á Dios, nos deja sedientos de todas las cosas que emanan de él; los árboles, flores y bosques se nos aparecen como amigos que se temió no ver otra vez y que, no obstante, volvemos á ver, cual eran, buenos y afectuosos.

Luego pasa este tiempo, y tan dulces emociones hacen lugar á las que se llaman grandes preocupaciones de la vida.

Pluguérame saber si el sér inteligente que llega á los cincuenta años y vuelve su vista á lo pasado, encuentra idea mas grata que la del tiempo en que pudo entregarse á los placeres fáciles, digámoslo así, y á las alegrías inocentes de la naturaleza.



Por qué sentimos tanto no hallarnos siempre en la infancia sino por la independencia de espíritu que se disfruta en ella y que no permite al alma que sea accesible sino á las impresiones castas de este mundo, á las que mas adelante se junta el amor, esta flor que se halla para todos los hombres colocada en el mismo punto de su camino, la cual cojen, cuyo perfume respiran, que con frecuencia ajan y arrojan y que seguidamente quisieran recoger del fango en que la sepultaron y en el que su esencia divina impidió que se corrompiera?

Se comprende que con el carácter que ya conocemos en Edmundo, fácilmente se prestaria á las exigencias de la enfermedad, la cual tenia sobre él la influencia de hacerle olvidar los temores del porvenir. En efecto, la salud que milagrosamente le habia vuelto el señor Devaux, era una garantía de su restablecimiento.

«Si hubiese yo de morir, se decia interiormente, ya habria muerto.»

No obstante, en él no habia ni conviccion ni esperanza. Se juzgaba dichoso volviendo á verse rodeado de las personas á quienes amaba y de quienes estuvo en poco que no se separara para siempre.

El médico, que ya una vez le salvó, le decia que tuviese confianza, y él, que conocia la nueva vida que iba adquiriendo, sin recuerdo de lo pasado, se dejaba conducir por esta dulce sensacion.

Así pasaba el tiempo, y para Edmundo iban trascurriendo los dias llevando consigo el tributo de restablecimiento que la ciencia les pedia.

El tratamiento á que el señor Devaux habia sometido á su



verno comenzaba á obrar. Poco á poco iba debilitándose aquella tos que habia sucedido á la fluxion del pecho. En lo demas, el sistema que habia adoptado era muy sencillo aunque pocos médicos se atreviesen á hacer uso de él, porque hacia muy poco tiempo que se conocia.

Consistia solamente en hacer permanecer al enfermo siempre en una misma temperatura y en suministrarle una disolucion de hidriodato de potasa, aumentando gradualmente la dosis.

Tambien es verdad que se necesitaba conocer admirablemente la organizacion y temperamento del enfermo, porque este remedio, que para los unos podia ser muy bueno, tambien para otros podia ser funesto, y consiguientemente no debia ser administrado al primero que llegase.

Dos meses hacia que Gustavo habia dejado á París, y todavia no pensaba en volver á él, por mas que las cartas de Nicheta fuesen cada vez mas apremiantes, y que el estado satisfactorio en que se encontraba Edmundo le permitiese alejarse en caso de necesitarlo, y por mas que la misma señora de Pe-reux, que conocia muy bien el gran cariño de aquel jóven por la modista, le hubiese dicho muchas veces que le dejaba ya en plena libertad y que no queria que llevase mas adelante el interés afectuoso que profesaba á su hijo.

A pesar de todo, Gustavo se habia quedado.

Algo nuevo se obraba en él, y era que, como hemos tratado de indicar en el capítulo anterior, acababa de colocarse al lado del nombre de Nicheta otro que empezaba á borrarlo.

Trabajo tendremos en describir las diferentes impresiones á que se habia entregado Gustavo desde que se hallaba cerca



de Edmundo y habia conocido á la familia de Mortonne. El que hasta entonces, como ya dijimos, no habia considerado el amor sino bajo el punto de vista del placer, y que amando á Nicheta como la amaba, es decir, como á una agradable concubina y como á una hermana tierna, creia haber llegado á los últimos límites de su cariño, Gustavo, decimos, estaba asombrado de la nueva luz que introducida en su alma aclaraba ciertas regiones que hasta entonces habian permanecido desconocidas para él.

Por otra parte, el amor verdaderamente puro que Nicheta concibió por él, los buenos dias que la debia, su rostro encantador tan halagüeño que, á pesar del espacio de doscientas leguas que le separaban de ella, entreveia triste y bañado en lágrimas, el gran pesar que le causaria una total separacion, siendo así que ella habia cifrado toda su dicha en la felicidad de su amante, y que con esta ruptura la pondria en una de las playas mas desiertas de la vida, todo esto, que afligia á Gustavo allá en sus horas de noche, hacia que de tiempo en tiempo la balanza se inclinase hácia el lado de Nicheta.

Pero no duraba esto el tiempo necesario para tomar una resolucion, y cuando al dia siguiente se presentaba la bella y casta Lorenza, la pobre Nicheta perdia toda su influencia y sacaba la parte peor en el parangon.

Con frecuencia, antes de que esto fuese probable, y aun tambien cuando creia que jamás sucederia, Gustavo habia dicho para sus adentros: «Si me caso, aseguraré la suerte de Nicheta, y todo quedará arreglado.» Pero en aquella época no entraba el matrimonio en el plan de Gustavo, ni tampoco se presentaba muger alguna que se lo hiciese desear.



III Acontece que no inclinamos nuestros sentidos y corazón á ciertas cosas, sino porque interiormente estamos convencidos de que no sucederán, y si la casualidad las hace probables ó tan solo posibles, entonces echamos de ver la dificultad que existe en llevar á cabo la resolución que tan fácil parecía.

— Pero las ideas de Gustavo habían cambiado, el matrimonio había tomado forma en su imaginación, y hé aquí que lo que en otro tiempo aceptaba tan fácilmente para consolar á Nicheta, le parecía ahora insuficiente, porque una voz secreta le decía que debía algo más que dinero á la pobre jóven, á quien su abandono dejaría en la desesperación.

— Recordaba el consejo de Edmundo, que le había dicho: «cásate con ella,» y se decía: «¿Por qué no?» Pero entonces vibraban las fibras de su amor propio y se sometía á este raciocinio que es adherente á la naturaleza del hombre y que por desgracia quizá era favorable para Nicheta.

— «Nicheta me quiere mucho, se decía, es una excelente muchacha toda corazón, pero al cabo no es más que una modista, una obrera sin razón alguna para que me case con ella, toda vez que soy su amante y que puedo continuar viviendo con ella sin casarme.

— «Si la señora de Pereux la admite en su casa es porque la conoce y porque la madre de Edmundo está exenta de preocupaciones, pero, ¿el mundo la admitiría tan fácilmente? Yo mismo, cuando fuese su esposo, ¿no la pediría cuenta del pasado haciéndola desgraciada con mis preguntas?

— «No, no; decididamente es imposible. Además, puesto que la señorita de Mortonno es quien ha escitado en mí la idea de casarme, ¿qué razón hay para que me case con Nicheta?»



De esta suerte habia Gustavo llegado al estado que no se llama ya indecision. Se hallaba colocado entre dos amores, el uno por una muger de quien fué dos años amante, pero con aquella afeccion que se profesa á una manceba, cuando se principia á tener amor á otra muger: la que despues absorvia su atencion era jóven, bella, de buena familia, pura como un ángel, á la cual habia revelado ya las primeras emociones del alma, (pues Lorenza se iba apercibiendo de que una porcion de su alma seguia á Gustavo cuando se separaba de él), por la cual todos le felicitarian, y acerca de la cual podia tener la seguridad de que ningun hombre la habia tocado ni á la punta de un dedo.

A Gustavo, pues, solo le contenia su delicado modo de pensar. «¿Cómo confesar yo esto á la pobre Nicheta?» se decia.

Añádase á esto que la vanidad del hombre, que le conduce siempre mas allá de lo verosímil, triplicaba la impresion que este matrimonio haria en la modista, y le movia á decir:

«¿Si se matará en sabiendo lo que pasa?»

«No, se contestaba á sí mismo, por eso nadie se mata; al contrario, Nicheta me olvidará...» Y obsérvese lo que es el hombre; la idea de que la modista le olvidase le daba pena, siendo así que por el contrario debia alegrarse mucho, toda vez que de este modo tenia una disculpa para seguir en su nuevo proyecto.

El corazon del hombre se parece al laberinto de Dédalo; todas las sendas de éste guiaban al curioso á la presencia del Minotauro. Asimismo, cualquiera que sea el camino que el hombre emprenda en la vida, siempre viene á tropezar con



su egoismo, Minotauro que mata las ilusiones, esas vírgenes del alma.

Como es de presumir, Gustavo no pensó en el casamiento con Lorenza, sino cuando tuvo muy formales garantías de que le sería posible verificarlo.

Ademas, estaba seguro de que si ella no sentia por él una simpatía esquisita, á lo menos tampoco se opondría á este enlace, si los señores de Mortonne adherian al suyo su consentimiento.

Muchas veces Gustavo habia preguntado diestramente al comandante sobre sus intenciones acerca de su hija, y supo que estaba dispuesto á casarla si encontraba un hombre de su agrado y con las convenientes circunstancias de fortuna y posicion.

En cuanto á la señora de Mortonne, siempre queria lo que su marido, y si dijimos que Gustavo creyó averiguar con destreza las ideas del padre con respecto al porvenir de la hija, fué porque éste, á quien no queria dar á conocer desde luego su proyecto, lo habia adivinado en algun tanto y hablado de él con su muger:

—El señor Gustavo Daumont seria un partido escelente para Lorenza, habia dicho la señora de Mortonne, si no me engaña la idea que tengo formada de él; por lo demas, yo hablaré á la señora de Pereux y sabré á qué debo atenerme.

Sin que Gustavo se apercibiera de ello, los padres de Lorenza habian ya notado que aquel hacia la corte á su hija.

Quando nos enamoramos de una muger, á falta de las palabras que no nos atrevemos á decir y que serian la espresion del amor que se siente ya y que descamos desahogar, sin quererlo dicen nuestros ojos lo que aun calla la boca, y este



es el lenguaje que no pasa desapercibido para los padres que velan por sus hijas.

—Así es que aunque se hablase del buen tiempo ó de las lluvias, Gustavo miraba á Lorenza como mira un hombre que está pensando en otra cosa más que en lo que dice.

Un dia la señora de Mortonne dijo á la de Pereux:

—¿El señor Gustavo Daumont es íntimo amigo de vuestro hijo?

—Un camarada de colegio, respondió ésta.

—¿Es de buena familia?

—De una familia excelente.

—¿Viven sus padres todavía?

—No; es huérfano.

—¿Es rico?

—Tiene veinte mil libras, lo que es una buena circunstancia para un mozo.

—¿Qué tal carácter tiene? muy luego os diré por qué pregunto esto.

—Tiene el carácter que le conocéis; es bueno, magnánimo, yo le amo tanto como si fuera hijo mio; es cuanto puedo deciros.

—Mil gracias, señora; contaré á mi marido todo esto.

—¿Pues qué hay de nuevo?

—Lo que hay es que el señor Daumont obsequia á Lorenza, que ya está en edad de casarse, que no la desagrada, si he de creer lo que ella me ha dicho, y que seria muy de mi agrado que se arreglase este casamiento, pues así estrecharia mas los vínculos de nuestra amistad la que el señor Daumont profesa á vuestro hijo.



—¡Ah! con que galantea á la señorita Lorenza, dijo la señora de Pereux.

—Decís eso como si tuvieseis algun reparo en este casamiento.

—Ninguno, os lo aseguro, contestó la señora de Pereux; solamente extraño no haber conocido como vos que Gustavo ama á Lorencita.

—¡Oh! es muy fácil conocerlo. Pero vos no os ocupais mas que de Edmundo, y es muy natural que todo cuanto no concierna á este pase desapercibido para vos, aunque suceda á vuestro alrededor.

—Teneis razon, y si gustais, hablaré de eso á Gustavo.

—Con mucho gusto. Sondead sus intenciones; si os parece que no me he engañado, decidle que el señor Mortonne y yo estamos muy predispuestos en su favor. Si han de ser felices estas criaturas uniéndose, que lo hagan cuanto antes.

—Es muy justo. Hoy mismo hablaré de ello á Gustavo, me ama como si fuese su madre y nada me ocultará.

—No necesitamos espresar la admiracion de la señora de Pereux; se habia presentado á su imaginacion la memoria de Nicheta y no pudo menos de compadecerla.

Aquella misma tarde habló á solas con Gustavo.

—Tengo que hablaros, le dijo, y de cosas serias.

—Os escucho, señora.

—Amais á la señorita de Mortonne, le dijo, pues con la franqueza que la caracterizaba desde luego fué derecha al asunto.

—Lo habeis adivinado, señora, contestó Gustavo avergonzado.



—No; no soy yo quien lo ha adivinado, ha sido la señora de Mortonne quien lo ha visto.

—¿Y os ha hablado de ello?

—Sí, ahora mismo.

—¿Qué os ha dicho?

—Lo que como madre debía decirme. Me ha hablado de vos informándose, y como yo no tenía que decir sino que os adornan muy buenas prendas, me ha venido á manifestar que en caso de que pidais la mano de su hija, nada se opondría á vuestro matrimonio.

—¿Cuánto os lo agradezco, señora, dijo Gustavo, tomando la mano de la señora de Pereux.

—Ahora ya lo sabéis; si gustáis, os podré servir de medianera.

—De madre, quereis decir!

—¿No amais vos á Edmundo como á hermano?

—¡Ah! ¡cuán buena sois!

—Entretanto, ¿me permitiréis daros un consejo?

—Decid, decid, señora, cualquiera que sea le seguiré.

—Pues bien, yo, Gustavo, en lugar vuestro, antes de declararos, iria á París.

—Iré, respondió Daumont que no se engañaba en la interpretación del consejo, y bajó los ojos avergonzado.

—Esto, dijo la señora de Pereux, me daría tiempo para estudiarme y daros cuenta de mis verdaderas impresiones. Acaso una vez en París, en el seno del mundo, en medio de otras jóvenes, cerca de las personas que amasteis en otro tiempo, os apercibiríais de que este nuevo amor aun no ha echado raíces en vuestro corazón y de que solo el aislamiento os lo ha hecho concebir.



La señorita de Mortonne es la única jóven soltera que habeis visto de dos meses á esta parte que os hallais aquí. Es muy natural que toda vuestra atencion se haya dirigido á ella; pero tambien es muy natural que un dia os apercibais de que cometisteis un error obedeciendo al primer impulso.

El matrimonio es cosa seria. Ya lo veis por el de Edmundo. Antes de contraerlo, aseguraos de que necesitais de él para ser dichoso y de que rompisteis definitivamente con lo pasado.

La señora de Pereux recalcó esta última frase, cuyo sentido no se le ocultó al jóven y por la cual le quedó muy reconocido.

—Ademas, añadió la señora de Pereux, os son necesarios los papeles que no teneis aquí, á fin de que cuando volvais os halleis dispuesto en regla y se realice inmediatamente vuestro enlace.

—Vuestro corazon lo prevé todo, señora, dijo Gustavo, ¡cuán agradecido os estoy por lo que acabais de decirme!

—Vamos, ya me habeis comprendido, Gustavo.... Jamás seamos ingratos con las personas que nos han querido. Si aun despues de vuestra permanencia en París vieseis que vuestra dicha depende de la señorita Mortonne, esta seria la última satisfacion que proporcionarais, estoy segura de ello, á la persona que ahora piensa en vos. Marchad mañana mismo. Mas de un mes teneis de tiempo. Algunos dias antes de vuestra vuelta, si es que volveis, escribidme, y cuando llegueis, será vuestro matrimonio cosa concluida. ¿No es así?

—¡Cuán dichoso es Edmundo en teneros por madre, y yo en que querais guiarme en cierto modo!



Era muy sensato el consejo de la señora de Pereux, y Gustavo quedó muy satisfecho de haberlo recibido, puesto que efectivamente, contrapesando las cosas de este modo, todo lo conciliaba.

Estando en Niza, no se sentia Gustavo con valor para ir á ver á Nicheta y dejar á Lorenza; se trataba ahora de saber si al volver á París lo tendria para dejar á Nicheta y buscar á Lorenza. ¿Cuál de los dos amores prevaleceria, el nuevo ó el antiguo?

Todo estaba en esto.

Subió á su habitacion á preparar el equipaje, toda vez que ya estaba resuelto á partir, y se dió prisa á comunicar una alegría á Nicheta escribiéndole:

«Salgo de Niza casi al tiempo mismo que esta carta; doce horas despues de haberla recibido tú, estaré en París.»

Fué en seguida á despedirse de los señores Mortonne.

—¿Volvereis? le dijo el comandante.

—Lo mas pronto posible, respondió.

La señora de Mortonne cambió una mirada con su marido, á quien tenia ya prevenido del paso que habia dado con la señora de Pereux.

Lorenza sentia palpar con violencia su corazón.

—¿Os hallaré aquí á mi vuelta, comandante? preguntó Gustavo.

—No nos moveremos, contestó aquel.

Gustavo se despidió de Lorenza; ella le alargó una mano que fué apretada y que correspondió á esta presion.

—¿Por qué se marcha el señor Daumont? preguntó á su madre luego que Gustavo se alejó.



—Porque piensa casarse, segun creo, contestó su madre, á quien la señora de Pereux participó algo de la conversacion que habia tenido con Gustavo, y por consiguiente tiene que arreglar sus negocios.

Diciendo así, miraba confidencialmente la señora de Mortonne á su hija.

—¡Mi buena madre!... exclamó esta arrojándose en sus brazos.

—¿Tú le amas, pues?

—Sí, madre mia.

—Pues bien, dentro de algunos dias podrás confesárselo.

Marchó Gustavo dejando la casita del camino de Niza entregada á las tranquilas preocupaciones de cada dia.

Edmundo continuaba restableciéndose de la enfermedad.

A los cuatro dias de viaje llegaba Gustavo á París y corría á la calle de Godot, y Nicheta que con impaciencia lo esperaba se arrojó en sus brazos sin poder contener el llanto de alegría que le hacia verter aquella vuelta inesperada.

Ocho dias antes creia Gustavo no poder separarse de Lorenza; ahora, al primer beso que recibió de Nicheta, se convenció de que no podia dejar á París.

Los que definen el corazon humano que expliquen esto, yo no hago mas que referir!





---

**CAPÍTULO XXV.**

**CU**ADA había cambiado en casa de Nicheta: Gustavo sintió que el sitio en que la encontraba era el mismo en que desde hacía dos meses le estaba ella aguardando. Las paredes toman un carácter nuevo de las costumbres nuevamente contraidas: todos los objetos que Gustavo conocía en casa de Nicheta ofreciéronse tan bien en el mismo orden á sus ojos, que por un instante olvidó que había dejado á París.

—Finalmente has vuelto, exclamó la jóven mirando á Daumont y estrechándole las manos. ¡Qué contenta estoy! Temía no volverte á ver, dijo riendo, pues desde el momento en que estaba segura de la vuelta, podía reír hablando de la ausencia.

—No podía dejar á Edmundo, hija mia, contestó Gustavo. ¡Si supieras qué enfermo ha estado!...



—¿Está ya en salvo?

—Así lo creo.

—¡Cuánto he pensado en él! Todas las noches rogaba al cielo por vosotros dos.

—Creo que le volveré á encontrar fuera de peligro.

—¿Vas á partir de nuevo? dijo Nicheta con tristeza.

—Así lo he prometido á la señora de Pereux y á Edmundo.

—¡Ah! exclamó Nicheta resignada.

—¿Qué tienes? le preguntó Gustavo que no ignoraba lo que Nicheta tenia, pero que habia querido establecer desde luego la posibilidad de su partida, para el caso en que la modista no lograra hacerle olvidar á Lorenza.

—Hace diez minutos que has llegado; antes de quitarte la capa de viage, me dices que vas á partir de nuevo, ¡y me preguntas qué tengo.....!

—Tranquilízate, pasaremos juntos quince dias.

—¡Quince dias no más!

—Puede que tres semanas.

—Mucho amas á Edmundo, dijo Nicheta fijando los ojos en Gustavo.

—Ya lo sabes, no me ha dejado partir sino con mucho trabajo; pero yo me empené en ello, queria absolutamente volverte á ver.

—¿Es cierto lo que dices?

—Ya sabes que nunca he mentido.

—Empezaba á estar inquieta, dijo la jóven, echando sobre la cama la capa y la gorra de viage que acababa de quitar á Gustavo.

—¿Y de qué estabas inquieta?



—Temia que ya no me amabas y que hubieses dada tu corazón á otra.

—¿Quién? ¡Dios mio! exclamó Gustavo sonrojándose y esperando ocultar su vergüenza bajo esta exclamación.

—Sí, á otra muger.

—¿Y ahora estás tranquila? preguntó Gustavo sentando á Nicheta sobre sus rodillas.

—Completamente, pues te he vuelto á ver, aunque.

—¿Qué?..... repitió Gustavo, con una entonacion que reclamaba la conclusion de la frase.

—Aunque temo que haya otra cosa que no es Edmundo que te obliga á marcharte de nuevo.

—¿Habria vuelto si así fuese?

—Del mismo modo. Te habrias dicho: «Esa pobre jóven está padeciendo en París, vamos á verla unos dias....» Quizá mientras la otra se ve tambien obligada á ausentarse..... esto podria ser muy bien.

No hay que negar los secretos presentimientos de la muger que le revelan frecuentemente, y sin la menor indicacion, una parte de la verdad, presentimientos que se esplican fácilmente cuando la verdad es probable.

—Estás loca, dijo Gustavo, que deseaba cortar de un golpe esta conversacion.

—Pues entonces almorcemos, repitió Nicheta, yendo por una silla y acercándola á una mesita que servida ya aguardaba la llegada de Gustavo, pues la jóven habia previsto que este llegaria cansado y con hambre.

—En todo caso, añadió Nicheta, sentándose junto á su amado huésped, si te ama, no te ama tanto como yo.



Esta última frase quedó ahogada bajo los labios de Gustavo que, reintegrado en las costumbres de dos años, no veía reaparecer aun el recuerdo de Lorenza, tanto mas cuanto hallaba un verdadero placer en entregarse de nuevo á esas costumbres siquiera fuese por algunos dias no mas. Por otra parte, Nicheta era realmente encantadora. Para recibir á su amante, habia echado mano de todos los recursos de su espiritual coquetería; decimos espiritual, porque la coquetería tiene variados matices, y se requiere talento para utilizarla en ciertas circunstancias, sin que se aperciba de ello el que de ella es objeto. De suerte que Nicheta en su papalina, en su peinado, en su vestido tenia un no sé de nuevo que, al mismo tiempo que recordaba lo pasado, seducia á Gustavo. En una palabra, era Nicheta con algo mas.

Ese algo mas era tal vez los dos meses que Gustavo habia pasado sin verla, inefable encanto para el hombre que está de vuelta.

Durante el desayuno, Gustavo refirió á su querida todo cuanto no habia podido escribirle y todo cuanto le habia escrito. Le dijo detalladamente en qué empleaba los dias, teniendo mucho cuidado en olvidar los momentos consagrados á Lorenza y los paseos á caballo dados con esta y su padre.

Nicheta, por su parte, le refirió en qué habia pasado la vida. Era muy fácil recordarlo..... Al principio habia llorado mucho, luego pasó quince dias sin salir de casa, y despues habia ido á visitar á una amiga á quien no habia visto desde hacia mucho tiempo, á quien habia conocido en una tienda donde ambas trabajaban, que acababa de heredar y que iba á establecerse en Tours.



Esperando que la tal amiga emprendiera su viaje, Nicheta se habia hecho su compañera; habian ido juntas de vez en cuando al teatro, separándose lo menos posible, hasta el momento en que la señorita Carlota Toussaint se vió obligada á dejar á París, esto es, ocho ó diez dias antes de la llegada de Gustavo, lo que no efectuó sino despues de haber rogado en vano á Nicheta que se asociara con ella, asegurándole que haria fortuna.

—Ahora, dijo Nicheta á Gustavo terminado el almuerzo, has pasado cuatro noches en coche, tendrás sueño; es preciso que duermas.

—Sí, me marchó á casa, dijo Gustavo.

—No, replicó Nicheta, te acostarás en mi cama, y en tanto que duermes yo trabajaré ó leeré.

Gustavo obedeció á la jóven; se echó en su cama, y una hora despues dormia como un hombre que acaba de andar doscientas leguas.

Nicheta sentóse al amor de la lumbre como para leer, pero mas miraba al que estaba durmiendo que el libro que tenia abierto sobre las rodillas.

A las siete de la noche, al despertar Gustavo, Nicheta, medio iluminado el rostro por la luz de la lámpara cubierta con la pantalla, trabajaba junto á la mesa, puestos los piés en un taburete cerca del fuego.

Gustavo quedó en contemplacion por espacio de algunos minutos delante de aquel hermoso cuadro, al cual nada habria podido añadir un pintor.

«Hé aquí mi pasado, dijo para sus adentros, ¿haré de él mi porvenir? Esta criatura me ama, al primer movimiento



mio, todo su ser se dirigirá hácia mí, vendrá á abrazarme, á cubrirme de besos. Pero, ¿á dónde nos llevará esto así á ella como á mí? Envejecerá, tambien yo envejeceré, otros serán nuestros gustos. ¿Nos bastaremos mutuamente en las horas en que busquemos en torno nuestro una familia que ni uno ni otro tenemos? ¿Nos amaremos entonces como ahora? Sin dolor vé uno como envejece su esposa; es doloroso ver envejecer á una querida; los sentimientos que nos unen á ésta son diferentes de los que nos unen á aquella.»

Esto era lo que pensaba Gustavo, y ocho dias despues de su llegada empezaba á convencerse de que volveria á partir, y casi sentia haber prometido á Nicheta que pasaria tres semanas con ella.

Nuestros lectores comprenderán muy pronto el motivo, y no acusarán á Gustavo de ingratitude, sino que echarán la culpa de ello á las eternas necesidades de nuestra naturaleza humana.

Bonita era Nicheta, Gustavo al verla sintióse conmovido, pero pasados los primeros transportes, era siempre la misma: era la muger á quien se ha amado por su hermosura, que nos ha inspirado un capricho, que se ha entregado sin esfuerzos, con quien hemos seguido en relaciones porque la hemos encontrado con cualidades que no esperábamos reuniera, que ha distraido nuestro espíritu, lisongeadó nuestro amor propio, y hasta interesado nuestro corazon, que no pensaremos en abandonar mientras no veamos á otras mugeres ó no veamos mas que mugeres inferiores á ella: pero puesta en paralelo con una vírgen inocente y sencilla que solo se entregará á aquel á quien ame si éste le da su nombre, que ha crecido en el respeto de las cosas santas y bajo la proteccion de la familia,



que ha sido criada en los deberes y preceptos de la religion, que tendrá ademas para ella las promesas y el encanto de lo desconocido y ese irresistible atractivo de la virginidad del alma y del cuerpo, la primera muger deberá ceder el paso á la segunda, pues el corazon del hombre no vacilará entre las dos el dia en que, como Gustavo, despues de haber vivido dos años con la una, pueda tener la esperanza de vivir eternamente con la otra.

Triste es esto para la pobre muger á quien se deja abandonada; pero aquí está el uso consagrando esa voluntad del corazon á la que los mas de los hombres se someten al avanzar en la vida, y el uso ha probado al mismo tiempo que esas pobres abandonadas acababan por resignarse, por consolarse, y muchas veces por decirse un dia: «Mas vale que haya sido así.»

Sin embargo, el amor de una querida tiene á las veces ciertas realidades que la hacen mas fuerte que á cualquiera otra, sobre todo cuando, como Nicheta, la querida es jóven, hermosa, y llena de expansions físicas. Desgraciadamente á esas realidades sucede un cansancio de cuerpo del que se aprovecha el corazon para abrir de nuevo la puerta á ese otro amor que no se halla todavía mas que en estado de esperanza y de promesas. Colocado entre los dos, el hombre da entonces la preferencia á este porque nada tiene ya que pedir al primero y lo espera todo del segundo.

¿A quién no ha sucedido tener á una muger en los brazos y pensar en otra? Aun en esto es tan exigente el corazon, que se vuelve egoista y desleal. Habia momentos, momentos indescriptibles, en que Gustavo, cuando Nicheta se entregaba



á él con todas las expansiones de su alma, trataba de vencerse de que aquel cuerpo que se estremecía bajo sus besos era el de Lorenza, y la pobre Nicheta se decia en su ignorante confianza:

«Me parece que Gustavo nunca me ha amado tanto como ahora.»

Si hubiese sabido á qué debia ella la energía de aquellos abrazos, la pobre niña habria llorado mucho.

Sin embargo, cuanto mas se acercaba el momento en que Gustavo iba á dejar para siempre á Nicheta, tanto mas sus recuerdos de soltero levantaban la voz para decirle: «Quédate con nosotros.»

Un dia fué á casa de la modista hallándose ésta ausente: tomó la llave y subió á la habitacion, y mientras estaba aguardando, pasó revista á todos los objetos que adornaban el cuarto de su querida. Volvió á ver todos los que le habia dado, y fué recordando las ocasiones en que le hiciera aquellos regalos.

«La pobre muchacha, decia examinando las figuritas y los cuadritos con que habia adornado su habitacion, conserva cuidadosamente todo lo que ha recibido de mí. Aquí están estas joyas, las únicas que ha querido aceptar; solo se las pone cuando sale conmigo. Aquí está mi retrato que ha ocultado en el fondo de la alcoba, detrás de las cortinas, para no comprometerme á los ojos de los que puedan venir á visitarla. ¡Escelente Nicheta! Un dia mirará llorando todos estos objetos á los que ahora sonrie y que le recordarán al hombre que la habra olvidado para amar á otra. Ellos aumentarán su soledad, pues con su presencia casi la privarán del consuelo



de pedir á otro hombre lo que no haya encontrado en mí.»

Y, pensando así, Gustavo quizá hubiese querido encontrar en su entendimiento una razon bastante fuerte que le detuviera; pero las promesas de felicidad que el porvenir le hacia al solo nombre de Lorenza, movíanle á partir, sin que esto le impidiese derramar lágrimas por Nicheta, como una madre que teniendo dos hijos, perdido el uno, llorára la muerte de éste y sonriera al mismo tiempo á los besos del otro que acabará tal vez por consolarla.

Aquí llegaba Gustavo de sus reflexiones, de pié en el centro del cuarto de Nicheta, húmedos los ojos, cuando la jóven entró sin ser oida, y fué de puntillas á apoyar su graciosa cabeza en el hombro de su amante. Volvióse éste vivamente y encontró una sonrisa y un beso en los lábios de la modista.

—¿Qué tienes? le dijo ella, pues no se le ocultó la emocion de Gustavo.

—Nada, mi buena Nicheta, nada, respondió el jóven tomándola en sus brazos; me entristece la idea de que voy á dejarte.

—¿Decididamente quieres marcharte?

—Sí.

—¿Has tenido noticias de Niza?

—Esta mañana he recibido una carta.

—¿Empeora Edmundo?

—No; pero no mejora, y el pobre muchacho desea verme á su lado; es preciso complacer á los enfermos.

—¿Gustavo!... dijo Nicheta con voz suplicante.

—¿Qué quieres?

—Si me amases mucho, harías una cosa.



—Dí.

—No querrás hacerla.

—Habla, y si es posible, la haré.

—Es mas que posible, es fácil.

—Habla, pues.

—Llévame contigo.

—Cuando me escribiste pidiéndome esto mismo, te contesté dándote las razones que me impedían verificarlo.

—¿Es decir, que no quieres?

—No, contestó dulcemente Gustavo.

—No habria vivido contigo, replicó ella, como si esta razon hubiese tenido que influir en su amante que nada contestó. Luego continuó, creyendo haber ganado terreno: alquilaré un cuartito en Niza; nadie sabrá qué soy, ni quién soy; la señora de Pereux y el mismo Edmundo lo ignorarán; irás á verme de vez en cuando, á la hora en que las calles estén desiertas, por la noche, pues París es muy triste para mí, estando ausente tú.

—Volveré cuanto antes, Nicheta mia, repuso Gustavo, y no volveremos á separarnos nunca.

—Como quieras; tú mandas en mí; dijo la jóven enjugándose los ojos. ¿Cuándo partes?

—Dentro de cinco ó seis dias.

—¿Quieres que te acompañe hasta Chalon? Así estaré mas tiempo contigo.

—Corriente, me acompañarás hasta allí, contestó Daumont, dichoso con poder otorgar algo á la pobre jóven.

—¿Qué bueno eres! dijo ella echándole los brazos al cuello.

Y bailaba loca de contento.



Gustavo era para Nicheta, desde que estaba de vuelta, lo que un padre es para el hijo que va á volver al colegio en donde ha de fastidiarse. Le daba cuantos gustos darle podia, diciéndose: «A lo menos, se habrá divertido un poco mas.»

En esto, recibió una carta de Edmundo, pues como ya habrá sospechado el lector, la carta que Gustavo dijo haber recibido de Niza, no era mas que un pretesto; nadie le habia escrito.

Hé aquí lo que nuestro enfermo escribia á Daumont:

«Todavía me siento débil, mi querido amigo, pero pienso que tendré fuerzas para escribirte algunas líneas. Por lo que á mí hace, te lo diré todo en pocas palabras: sigo mejor y esta mejoría promete ir en aumento.»

«Mi madre me ha hablado de la conversacion que tuviste con ella y me ha participado la verdadera causa de tu partida. En seguida he pensado en nuestra pobre Nicheta, tan buena, tan desinteresada, y á quien debemos algunos dias buenos. Luego he reflexionado, y como se acerca el momento de tu regreso, me ha parecido oportuno darte un consejo antes que llegues. Ya sabes que quiero entrañablemente á Nicheta, pero sabes tambien que á tí te quiero aun mas, lo que es muy natural. No vacilaré, pues, en darte el consejo que, á mi entender, puede hacerte dichoso, aun cuando deba afligir á ella. Tu dicha antes que todo. Ahora bien, creo, amigo Gustavo, que tu felicidad depende de la señorita de Mortonne. Gracias á tí es mia Antonina, y aun cuando no hayas de deberme la mano de Lorenza, á lo menos habré cumplido mi deber combatiendo tu indecision, y caso de que estés indeciso todavía. Puedo asegurarte que te ama mucho; pues al hablarle fre-



cuentemente de tí, el interés que la inspiras retrátase en su semblante. La felicidad está pues aquí, ya que aquí está el amor. Su padre y su madre son excelentes, y reemplazarán á los padres que tú has perdido. Aquí está, pues, la dicha, ya que aquí está la familia. Lorenza es un ángel de inocencia y de hermosura, un alma que tú has abierto por primera vez á la vida, un paraíso vírgen por conquistar. Aquí está, pues, la dicha, ya que están aquí la religion, la inocencia, el porvenir.

«Cásate con la señorita de Mortonne; pero haz por Nicheta cuanto debes hacer. Yo en tu lugar nada le ocultaria; se lo diria todo, en vez de escribirle como sin duda piensas hacer. En su buen sentido, sabe que vuestras relaciones no pueden ser eternas, y creo que ha de quedarte agradecida por la confianza que pongas en su amor, discutiendo ambos buenamente este asunto. Asegura su porvenir, no necesito encargártelo; pero asegúraselo de modo que ese mismo porvenir sea para ella una distraccion. Cómprale una tienda, destina una cantidad que esté siempre á su disposicion, por si sus negocios no tienen buen resultado. Ya sabes que un enfermo tiene derecho para hablar como un viejo; de todo esto casi casi, he dado noticia á Lorenza que estraña tu larga ausencia. En efecto, tiene razon, para recoger unos papeles no se necesita un mes, y pronto cumplirá un mes que estás ausente. La he dicho que sin duda prolongabas tu estancia en París para arreglar todo esto del modo como yo te lo aconsejé, y me ha contestado que hacias bien en obrar así, pues este ha de ser el comportamiento de un alma noble y de un hombre honrado. Ya comprenderás que si le he hecho esta confianza, es porque



estaba seguro de la respuesta de la señorita de Mortonne. Pero date prisa en volver, pues si consiente en que permanezcas en París para asegurar el porvenir de Nicheta, no consentirá en que retardes tu vuelta por amor á nuestra pobre amiga, cosa que podria muy bien suponerse si dejáras de apresurar tu regreso. Parece increíble como las solteras comprenden fácilmente ciertas delicadezas del corazon que muchas veces no aceptan ya cuando están casadas...»

Esta carta acabó de decidir á Gustavo, pero no pudo resolverle á declarar á Nicheta su proyectado enlace. Quiso retardar todo lo posible este momento en su cariño por la modista y para no envenenar el júbilo que se prometia al acompañarle.

«No, dijo para sí, no quiero que lo sepa sino cuando ya estemos lejos de aquí: no quiero que al recordar el tiempo que conmigo ha pasado, encuentre en él una pesadumbre; quiero que me agradezca mi cuidado en no afligirla, para que en esto mismo vea una última prueba de amor. Siempre hay tiempo para dar una mala noticia; ademas, su llanto tal vez me detendria.... Tiene razon Edmundo, allá está mi felicidad, pues siento que allá está mi corazon.»

Hay cosas que desgraciadamente no pueden decirse á una muger cuando se la deja por otra, pues la pasion no admite término medio, y sin embargo, llega dia en que las mas de esas cosas se realizan; sucede esto cuando el tiempo ha cambiado las impresiones y los que se amaron pueden pasar el uno al lado del otro sin despertar en su corazon mas que el recuerdo, esa ceniza caliente de las sensaciones estinguidas. Si despues de haber dirigido muchas preguntas al alma, viéramos



definitivamente que no sentimos amor por la muger que nos lo inspirára y que lo sentimos por otra; si pudiésemos confesar francamente lo que sentimos á la muger que vamos á dejar; si pudiésemos hacerla llegar inmediatamente á la temperatura de afeccion en que nos hallamos con respecto á ella, y convertir en una amistad leal y desinteresada el amor que siente todavía, el corazon humano habria dado un gran paso. Por desgracia esto no puede verificarse más que en espíritus distinguidos, á los cuales el amor propio en el primer momento y la razón despues dan fuerzas para ocultar su dolor y olvidar lo pasado.

Imposible era esto con Nicheta, que habria prorrumpido en sollozos y se habria arrastrado á los piés de Gustavo.

Sin embargo, era preciso concluir de una vez.

Gustavo escribió á la señora de Percux diciéndole que llegaría á Niza el día despues de recibida la carta. Esto, como ya recordarán nuestros lectores, era escribirle: «Pido la mano de la señorita de Mortonne.»

Aquella misma tarde salia con Nicheta para Chalón.

La modista estaba loca de contento. Como nunca habia viajado, todo le divertia. No sospechaba la pobre niña que habia de ser muy triste el fin de un viage tan alegremente emprendido.

A las seis de la mañana llegaron á Chalón. El buque de vapor salia á las doce para Lion; Nicheta, que durante el viage habia hecho repetir á Gustavo que esta separacion no seria larga, estuvo muy alegre hasta el momento en que trasladaron los equipages al vapor, en donde permaneció todo el tiempo que podian permanecer en él los que acompañaban á los viajeros.



Finalmente dieron la señal de partir. Nicheta dejó el buque despues de haber abrazado á Gustavo, que se quedó en el puente para verla algun tiempo mas. El vapor se alejó, y Nicheta, que no queria afligir á su amante, le dijo sonriéndose:

—¡Hasta luego! ¿no es verdad?

Gustavo respondió con un movimiento de cabeza, pues sentia que si abria la boca las lágrimas ahogarian su voz.

Mientras pudo ser vista, la jóven agitó el pañuelo; luego continuó mirando el buque; pero Gustavo ya no la veia sino confusamente entre las otras personas y objetos que estaban en el muelle.

«Vamos, dijo para sí Nicheta, enjugándose las lágrimas involuntarias, no tardará en volver.»

Y resolvió no llorar más: El buque desapareció en una de las révueltas del rio.





## CAPÍTULO XXVI.

**L** que este libro escribe no tiene otro objeto, al escribirlo, que pintar y tal vez disculpar las transformaciones morales que la edad y la sociedad producen en el hombre y que destruyen casi siempre algunas de sus primeras teorías y de las esperanzas que hizo concebir. Gustavo era una de esas transfiguraciones naturales. Habiendo creído que la vida podía continuarse como la había empezado, acabó por experimentar la influencia de las diferentes sensaciones que aguardan al corazón en la parada de la vida y que le llevan hacia nuevos horizontes. La felicidad de Edmundo había abierto su alma á nuevas ideas. Al paso que se decía: «Edmundo tal vez muera joven,» no pudo menos de confesar que antes de morir su amigo habría disfrutado de goces para él desconocidos, y que presentia eran los mas agradables de la vida en



razon de ser los mas castos. Al quedarse en París cuando Edmundo partió para Niza, fué cuando se hizo estas reflexiones, y los detalles que de su felicidad le daba cuando le escribia el marido de Antonina, no hicieron mas que enardecerle en deseos vagos, sí, pero á los que el acaso debía dar pronto un objeto. Lorenza se apareció providencialmente, y Gustavo vió en ella un nuevo porvenir.

No siempre las transformaciones que el hombre experimenta tienen un resultado tan satisfactorio para todos como para Gustavo: esto depende del modo como se han pasado los primeros años de la vida. Por esta razon vemos que se convierten en maridos escelentes algunos libertinos, y por otro lado, cambian bruscamente y entregan el corazon á los vicios y á las pasiones mas desordenadas hombres cuyos principios y creencias parecian una garantía.

Hemos tratado de dar á comprender, no la indecision, sino la delicadeza de Gustavo, pues no vacilaba entre Nicheta y Lorenza, antes bien se preguntaba si tenia derecho de hacer lo que hacia. A veces el lado malo de su naturaleza, (pues cada hombre tiene un mal instinto que se presenta en las grandes circunstancias de la vida, del cual no hay duda que al fin se puede triunfar, pero que, apoyado en el materialismo del hecho, conserva aun por mucho tiempo su autoridad), el lado malo de su naturaleza, decimos, le decia de vez en cuando al oído que bien mirado no debía gastar tantos cumplidos con Nicheta; que otros, antes que él, no habian tenido tantas precauciones para dejarla; que era una de esas jóvenes que se contentan siempre con lo que por ellas se hace, y que asegurándole una posicion hacia mas de lo que debía hacer.



Gustavo echaba de sí estos razonamientos, que le avergonzaban, pero ellos seguían asaltándole sin cesar. Eran para él lo que un peso corto que se viene siempre á mano: acabamos por comprender que puede servirnos de recurso, y llega día en que nos admiramos de haberlo puesto en una balanza y de habernos aprovechado de él.

Por mas generoso que uno sea, es muy costoso hacer olvidar al corazon quanto tiene interés en recordar.

Debía tantos momentos de verdadera dicha á Nicheta; que habria sido un ingrato si no hubiese buscado en torno suyo disculpas á la pesadumbre que iba á causarle.

Complaciase entonces en recordar á los amigos que se habian encontrado, poco mas ó menos, en la misma posicion que él, y procuraba saber en qué sentido se habian resuelto. Siempre encontraba, y esto le enardecia mas y mas, que no se habian portado tan bien como él y que sin embargo no se hablaba mal de ellos.

En esto estuvo pensando desde Chalon á Niza, y al llegar á la puerta de la casa de Edmundo, en donde creía hallar á Lorenza, latíale el corazon de esperanza; pues los pesares se habian despedido ya de él.

Todos sus amigos estaban reunidos en el salon como en la víspera de su partida; y le recibieron como solian hacerlo siempre.

Echóse en los brazos de Edmundo que ya empezaba á andar; besó la mano de Antonina y estrechó la de la señora de Pereux. La señorita de Mortonne sonrojóse al verle entrar y bajó los ojos; el comandante, su muger y el doctor se sonrieron.



—Ea, querido Gustavo, dijo el comandante encaminando á nuestro jóven hácia Lorenza, abrazad á vuestra esposa.

Lorenza acercó la frente á Gustavo quien estrechó las manos de la jóven.

—¿Seguís pensando en París? le preguntó ella por lo bajo.

—Ya no.

—¿Me lo jurais?

—Lo juro.

—¿Y estais contento?

—Tanto, que no encuentro palabras para espresarlo.

—Mira, dijo el comandante á su muger exhalando un suspiro, así nos echó tu padre el uno en brazos del otro hace veintidos años.

—Puedan decir lo mismo dentro de otros ventidos, contestó la señora de Mortonne mirando con ternura á los prometidos esposos.

—Estoy contenta de vos, Gustavo, dijo la señora de Pereux tomando la mano de Daumont.

—Te has portado bien, le dijo Edmundo por lo bajo.

¡Cosa estraña! Gustavo, en medio de su alegría, sintió cierta opresion en el pecho viendo que ni la señora de Pereux ni Edmundo parecian acordarse de Nicheta, que á la hora en que aquella escena pasaba escribia á Gustavo diciéndole cuánto se fastidiaba desde su partida y los deseos que tenia de volverle á ver.

¡Pobre Nicheta!.....

—Ya veis, querido Gustavo, añadió la señora de Pereux, que he cumplido mi palabra.

—¿Y cuándo se celebrará el casamiento? preguntó Lo-



renza que se echó en los brazos de su madre al decir esto.

—Cuando Edmundo, testigo por mi parte, pueda salir de casa para ir á la iglesia.

—Pues dentro de ocho dias, dijo el doctor, y solo por este motivo, pues debe pasar dos meses mas sin salir de casa.

—¿Teneis esperanzas? dijo en voz baja Gustavo al doctor.

—Todo va bien, contestó este.

—Ahora, Gustavo, id á descansar un poco, dijo la señora de Pereux á Daumont. Grato es el sueño que sucede á la alegría.

Algunos momentos despues Gustavo subia á su cuarto, diciéndose, como para acabar con los últimos recuerdos que atravesaban por su espíritu :

«Ahora no hay que pensar mas en ello. Todo concluyó.»

Acostóse y se durmió como habia hecho en casa de Nicheta al regresar á París.

¡Oh! naturaleza humana!

Al despertar, estaba ya muy adelantado el dia. Entreabrió la cortina de la ventana y vió á Lorenza que se paseaba con Antonina por el jardinillo de la casa.

La jóven confiaba sin duda algun secreto á la esposa de Edmundo. Pasó un cuarto de hora mirándolas y sin que ellas pudiesen verle.

«¡Qué hermosa es!» exclamó.

Y un estremecimiento de amor recorrió todo su ser.

Al abrir su saco de noche para sacar de él sus efectos, Gustavo encontró el resto de las provisiones que en él habia puesto la previsora Nicheta. La vista de aquellas naranjas y vizcochos rotos le tuvo perplejo durante algunos instantes.



En aquel momento dieron las cuatro.

Gustavo se pasó la mano por la frente.

«Puedo disponer de dos horas, dijo; tengo tiempo para escribir á Nicheta, acabemos de una vez hoy.»

Sentóse á la mesa y escribió, despues de haber buscado como empezar aquella difícil carta.

«Mi buena Nicheta, fuí á París para decirte una cosa; no tuve valor para manifestártela viéndote tan dichosa, y pido á la distancia que nos separa la fuerza que necesito. No nos volveremos á ver mas, amiga mia. La vida tiene exigencias que tú comprenderás. Tarde ó temprano era preciso un rompimiento entre nosotros. Tu excelente corazon esperó tal vez una eternidad que por desgracia no existe en las realidades humanas.

» Yo habria podido engañarte, amada Nicheta mia, y decirte que dejaba la Francia; pero he preferido ser franco contigo, ya que es digno de mi franqueza tu corazon..... ¡Voy á casarme!.... Un dia ú otro debia verificarlo. Necesito una familia, y quien sabe si es mejor que nos separemos ahora, que no que aguardemos una época en que nos habriamos dejado sin sentimiento. Recordarás que me has hablado á menudo de mi probable matrimonio, diciéndome que te resignarias á esa necesidad de mi posicion. ¿Me perdonarás el haber dado razon á tus presentimientos?....»

Con dificultad hallaba Gustavo las palabras necesarias para excusar su conducta, pues comprendia que por mas que dijera, apareceria culpable á los ojos de la pobre jóven que iba á recibir aquella carta. Así fué que pasó bruscamente de la última línea que acaba de leerse á las precauciones que to-



mára para asegurar el porvenir de Nicheta: además, le parecía que aparentando dar poca importancia á aquella separacion, la modista la consideraria menos dolorosamente. Y prosiguió en estos términos:

«Pero deseo que seas feliz, y he dispuesto lo necesario para conseguirlo. Eres jóven y bella, el porvenir es tuyo: encontrarás sin duda alguna un hombre honrado que reconocerá las cualidades de tu corazon sin pedirte cuenta de tu pasado. Para esto es preciso que tengas una posicion independiente, y hé aquí lo que he hecho. He dado órden á mi notario que te entregue en billetes de banco dos mil quinientos francos que te pondrán siempre al abrigo de la necesidad, y una suma de diez mil francos que te aconsejo que emplees asociándote con tu amiga la señorita Carlota Toussaint. Si á pesar de mi prevision, lo que hago por tí fuese insuficiente un dia, no quiero que te dirijas á nadie mas que á mí. Al recibir esta noticia, sé, mi buena Nicheta, que será grande tu pesadumbre, pues me amas realmente; pero estoy convencido de que puede haber aun dias felices para tí, si quieres tener un poco de valor.

«Me escribirás una línea, ¿no es cierto? siquiera para decirme que me perdonas y que quieres aceptar lo que te ofrezco como recuerdo de nuestro buen afecto. Si con el tiempo llego á ser desgraciado, á tí, no mas que á tí iré á pedir el primer consuelo.

«Adios, Nicheta mia, te abrazo con toda la ternura de un amigo que te vivirá obligado eternamente, que te ama y te aprecia como merece tu corazon.—GUSTAVO DAUMONT.»

Gustavo sintió varias veces que las lágrimas se le agolpaban á los ojos al escribir aquella carta; pero no quiso mani-



festar en ella lo que su emoción le hubiera dictado. Fácilmente se comprenderá el motivo. Era preciso que aquella carta fuese grave, fría, si se quiere, que asestara un golpe violento y que en seguida pudiese dar valor á aquella á quien iba dirigida.

Gustavo escribió al mismo tiempo á su notario encargándole que al recibo de su primera carta fechada en Niza, pasase á casa de Nicheta y le entregara los billetes de banco y la suma de que hemos hablado mas arriba. No queria que Nicheta se molestara en lo mas mínimo para recibir este regalo. Además, ella lo habria rehusado á serle preciso ir por él como por una limosna.

Tres dias despues de haber echado estas cartas al correo, Gustavo recibió la que Nicheta le escribiera el dia de la llegada de éste á Niza. Lejos estaba de sospechar la pobre griseta al escribirle que antes de haber recibido la contestacion, todo quedaria roto entre ella y su amante. ¡Su carta estaba llena de proyectos y esperanzas!....

Los preparativos del matrimonio llevaban revuelta la casa de Edmundo. Publicadas ya las amonestaciones, el dia en que debia celebrarse la ceremonia, Gustavo recibió la respuesta de Nicheta. Durante un momento tuvo intencion de no abrirla y aplazar su lectura para algunos dias; pero no pudo resistir al deseo de saber su contenido y la abrió.

Hé aqui los sencillos términos en que estaba concebida:

«Gustavo, bajo la influencia de la primera impresion que vuestra carta me ha causado no quise escribiros. Al principio creí que me habia vuelto loca, y temia mezclar mis reproches con las últimas palabras que me dais derecho para diri-



giros. Miraba con asombro todos los objetos que me rodeaban, en medio de los cuales habiais estado pocos dias antes, y que parecian dar un mentís á vuestra carta. Pero vuestra carta era por desgracia una realidad. Mucho he llorado, Gustavo; hoy que me siento mas tranquila, me aprovecho de ello para escribiros.

» No os dirigiré reproche alguno; ninguno tengo que dirigiros. No os fastidiaré pintándoos mi dolor; seria inútil. Muchas veces he pensado que hariais lo que vais á hacer; pero no creia que fuese tan pronto. Yo os amaba con toda la ternura de mi corazon.

» Sed dichoso, amigo mio, este es el deseo mas ardiente de mi alma, y no pasaré un solo dia sin rogar al cielo por vos.

» Cumpliré vuestra voluntad: iré á Tours á reunirme con Carlota. Tenéis razon, ella me distraerá, pero padeceré mucho al dejar el aposento donde he pasado los dos mejores años de mi vida.

» Cúmplase vuestra voluntad, Gustavo, y ámeos tanto vuestra esposa como os amaba yo: es cuanto le pido á Dios.

» Os envio en esta carta algunas hojas del último rosal que he comprado y que conservaba la tradicion de aquel al cual debí el conoceros. Es un último recuerdo.

» Puede que todavía sea yo feliz, en todo caso no os aflija lo que habeis hecho.

» El notario acaba de salir de mi casa. Gracias.

» Adios, Gustavo, os estrecho la mano como un amigo. —  
NICHETA.»

«¡Cuánto habrá padecido antes de escribir esta sencilla carta!» murmuró Gustavo.



En efecto, Nicheta habia padecido mucho.

El mismo Gustavo no podia dominar su emocion. De pronto quiso romper la carta que acababa de recibir, temiendo que alguien la encontrára; pero, por una supersticion muy natural, la guardó, y despues de haberla guardado, puso en el devocionario de su muger las hojas del rosal de Nicheta.

Dos horas despues la señorita de Mortonne se llamaba la señora Daumont.

A la misma hora poco mas ó menos, una muger cubierta con un velo y encendidos de llorar los ojos, subia, en París, á la diligencia que se dirigia á Tours.

Aquella muger era Nicheta.





---



---

## CAPÍTULO XXVII.

---



SEGUIREMOS el carruaje en que va Nicheta? ¿Seguiremos el cortejo que sale de la pequeña iglesia de Niza?

Hagamos como los egoistas y los aduladores, sigamos á los que son felices.

Gustavo lo era, y en torno suyo lo eran todos.

Habian pasado las brisas frias, y el sol precoz del medio dia empezaba á abrir los primeros pimpollos de las flores. Para todos, era la primavera; para Edmundo era la salud.

Todo el mundo habia tenido en Niza noticia de la enfermedad del señor de Pereux, todos celebraban su convalescencia. Felicitaban á la madre, felicitaban al señor Devaux, y nada tan hermoso como ver á aquel jóven pálido y débil todavía, sonriendo á la vida á la que volvia, apoyándose en el brazo de su esposa, radiante de belleza y abnegacion.

El casamiento de Gustavo fué como un segundo casamiento

*Ediciones Vicente Castañón*



para Edmundo. Recordábale el suyo, y delante del sacerdote que bendecía las nupcias de Daumont, Edmundo juró de nuevo eterno amor á Antonina.

Gustavo junto á Lorenza, la señora de Pereux junto al doctor, rogaban á Dios con todo el fervor de las almas agradecidas. Lágrimas dulces bautizaron aquel piadoso dia.

—A menos que tu marido vuelva otra vez á la imprudencia que cometió hace dos meses, habia dicho el doctor á su hija, nada debes temer por él. Le he salvado.

Edmundo entraba, pues, en una nueva vida que no tenia tristezas, por cuanto estaba destituida de inquietudes.

Así fué que su corazon abrióse á todo; en el camino que recorrió desde su casa á la iglesia y desde la iglesia á su casa nada le fué indiferente. La existencia y la fuerza que Dios volvia á la naturaleza reflejábanse en él; tenia la primavera en el corazon. A las flores recientemente abiertas, débiles aun en su primer tallo, volviéndose hácia su primer sol, á las hojas que se desenvolvian al calor del dia y que esperaban de la mañana siguiente una nueva sávia, al suave calor de un aire entibiado por la vuelta de la primavera, á todas las promesas anuales de la tierra, Edmundo daba su alma en comparacion.

Aquellas flores débiles aun y que cada dia que pasaba hacia mayores y mas perfumadas, aquellas hojas que no eran mas que botones y que muy pronto darian sombra en torno suyo, aquella tibia respiracion de un mundo que sale del invierno, tode aquello era suyo, era la imágen de la felicidad que Dios le concedia y de las halagüeñas esperanzas que le permitia recordar.

Una mirada de Antonina reunia todas aquellas maravillas



primaverales, y Edmundo sentia el amor, vida del alma, entrar de nuevo en él con la salud, vida del cuerpo.

Su sangre circulaba sin esfuerzo por las venas; respiraba libremente; miraba con gusto todo lo que le rodeaba; parecia que decia á los niños que pasaban corriendo; «Pronto podré hacer como vosotros.» No desconfiaba de su felicidad, pues esta iba delante de él como enseñándole el camino. Era el conquistador precedido de las flautas y obóes del triunfo: todo cantaba en torno suyo. Oia despertarse voces que hasta entonces nunca habia oido. Los diez meses que habia vivido con su muger se disipaban como un minuto delante de los largos años que el porvenir le prometia. El amor que por ella habia sentido le parecia nada comparado con el que le animaba. Forjábase junto á Antonina las ilusiones que se forja unó al lado de una hermosa desposada que nada ha descubierto aun de lo que puede ofrecer á aquel á quien ama.

Edmundo estaba mas que enamorado: sentíase poeta. Sus impresiones se exhalaban de su alma en estrofas rimadas, y confesaba que nunca habia sido tan dichoso.

Haber creído su vida limitada y encerrado el porvenir en dos años; haberse dicho cada dia: «Otro paso sin duda hácia el sepulcro.» Haber padecido de antemano los dolores del dia siguiente, á la idea de dejar la vida, la juventud, su madre, una esposa adorada y de renacer de repente y volver de nuevo á esperar; náufrago perdido, despertar de repente en la orilla cubierta de flores, en medio de todos los encantos de la naturaleza y del alma, ¿no era en efecto una felicidad superior á toda expresion, y no habria sido una ingratitude y un sacrilegio dejar de confesarlo?



La casita del camino de Niza dejaba ver también el contento que en ella se abrigaba. Las ventanas abríanse alegremente al sol y le ofrecían canastas de flores; la madre selva corría á lo largo de las paredes, y el viagero que pasaba no podía menos de volver los ojos á aquella casa blanca de persianas verdes, de la cual, como de un nido de pájaros, siempre salía algún alegre canto.

Nunca se habían visto tantas personas felices reunidas bajo un mismo techo. Las dulzuras en recuerdo y en esperanza para Edmundo eran ya una realidad para Gustavo. Desde que se había casado con Lorenza se preguntaba cómo había podido vivir antes de conocerla. Aquel amor jóven, sencillo, ardiente, cuya primera expansión recibía, en el seno de una naturaleza jóven como él, llena de luz, de aroma y armonía, le hacía comprender sentimientos que dormían en él y que una palabra había despertado.

Gustavo y su esposa montaban á caballo todas las mañanas, y Antonina y Edmundo, que no podían acompañarlos todavía, asomados á la ventana les seguían con los ojos hasta que les veían desaparecer en el torbellino de polvo que los caballos levantaban.

La lectura y la música constituían en seguida las dos grandes ocupaciones del día. Hugo, Lamartine y de Musset eran los poetas favoritos; Schubert, Weber y Scudo eran los compositores predilectos.

Ora Lorenza con voz vibrante y sonora leía una de las melancólicas poesías de nuestros tres poetas; ora Antonina cantaba, con voz dulce y simpática, ó la *Serenata* ó el *hijo de la Virgen*, sencilla melodía, tierna como un canto del alma, fácil como un canto de Iglesia.



Cada una de estas cosas dejaba á Edmundo en una éxtasis indefinible; correspondia cumplidamente á lo que experimentaba; el amor, la fé eran tan verdaderos en él, la melodía profana ó sagrada hallaba tan pronto una hermana en el alma del jóven, que creia poder vivir eternamente empleando sus dias en esta tranquilidad.

La mas íntima amistad unia á Antonina y Lorenza, confiábanse mutuamente sus secretos, y no es extraño, porque dos recién casadas tienen mucho que decirse cuando saben que pueden confiárselo todo, cuando sus corazones simpatizan, cuando es puro el amor de entrambas. Nada mas hermoso que sus conversaciones durante el paseo de la tarde, y que la sencilla narracion de sus nuevas impresiones. Antonina contó á Lorenza como habia conocido á Edmundo, como la enfermedad de que estaba atacado la movió á piedad por él, como habia creido ver en el encuentro del jóven un consejo de la Providencia que ponía en sus manos el porvenir del enfermo y la responsabilidad de su dicha durante los dias de su vida.

—Vuestro esposo hizo todo esto, Lorenza, decia Antonina, él me impulsó á tomar súbitamente la resolucion de ser de Edmundo, ó de no ser de nadie; á Gustavo debo mi casamiento..... ¡Pobre Edmundo! Yo ignoraba aun si le amaba, una palabra sola me hizo decidir, y ahora doy gracias á Dios de haber obrado como obré. Figuraos cual ha de ser mi alegría viendo que él, que no debia vivir mas que dos años, él con quien yo me casé convencida de que muy pronto me habia de dejar viuda, está completamente curado y que el porvenir de los demas es nuestro, que nos esperan largos años de ventura y que se ensancha nuestro horizonte! Ambos jó-



venes y ricos, amándonos como en el primer día, tal vez mas, con amigos como vosotros, con un padre como el mio y una madre como la señora de Pereux, ¿qué mas podemos desear, qué hemos de temer?

—Nada, efectivamente, contestó Lorenza.

—No nos separaremos nunca, formaremos una misma familia. ¿Os parece bien así? Nuestros esposos se quieren como hermanos.....

—Y nosotros nos amaremos como dos hermanas, dijo Lorenza abrazando á Antonina.

—Dejaremos esta ciudad, vuestros padres gustan de mudar de residencia. Viajaremos, nada nos lo impide, seguiremos á las golondrinas, seremos dichosos donde se pueda ser cuatro, amarse y decírselo.

La señora de Pereux tomaba parte muchas veces en estos coloquios íntimos, y la buena madre, cuya vida estaba en la de su hijo, no pedia mas que no separarse de él, sabiendo que estaria bien donde quiera que él estuviese.

El señor Devaux habia curado completamente á Edmundo. La salud del enfermo aumentaba de día en día, coloreábanse sus mejillas, la calentura habia desaparecido, su sueño era tranquilo. Solo el espíritu habia conservado un tinte algo melancólico, último reflejo del mal que se desvanecía.

Hacia cuatro meses que el doctor habia llegado á Niza, cuando un día dijo á Edmundo:

—Ea, ya estais curado; me vuelvo á mis enfermos, á quienes dejé por vos.

Edmundo y Antonina se miraron.

—¿Nada hay qué temer? preguntó la jóven.



—Nada absolutamente.

—¿Edmundo ha de evitar el aire de París?

—No.

—Pues bien, ¿quién nos impide que vayamos contigo?

—Tendria en ello mucho gusto, hijos míos.

—Nada nos detiene aquí, ni á nosotros, ni á Gustavo, ni á su esposa; no nos separaremos de vos, dijo Edmundo estrechando la mano del médico, separarnos nos fuera quizá fatal.

—Pues partamos todos.

—Sí, tengo muchos deseos de volver á ver nuestro aposento, dijo Antonina abrazando á su marido, aquel cuartito en donde nos hemos amado tanto y en donde nos volveremos á amar todavía, ¿no es cierto?

Un beso sirvió de respuesta.

Convínose en que Gustavo y Lorenza vivirían en la misma casa, si era posible, ó si no en la misma calle que Edmundo y Antonina, y que su amistad seria tan íntima en París como lo era en Niza.

Luego se hicieron los preparativos para el viage, y dos dias despues, dos sillas de posta aguardaban á ambas familias á la puerta de la casa.

Antonina no pudo menos de verter algunas lágrimas al dejarla. Tenia, así, como un presentimiento de que dejaba en ella una parte de su felicidad. No necesitamos explicar todos los recuerdos que en aquella casa dejaba y que le sonreían en el momento de partir.

En cuanto á Lorenza, que habia heredado los gustos nómadas de su padre, no sentia dejar la ciudad.



—Mamá, dijo en voz baja Edmundo á la señora de Pereux, dí que quieres pasar por Tours al dirigirnos á Paris.

—¿Por qué?

—Porque tengo que hacer allí una romería.

—La señora de Pereux hizo lo que su hijo deseaba, y llegaron á Tours.

Al bajar del coche, Edmundo dijo á Gustavo que nada le habia preguntado, pero que adivinaba el motivo porque aquel habia querido pasar por Tours:

—¿Nada tienes que decir á Nicheta?

—¿Vas á verla? preguntó Gustavo.

—Sí, le debo una visita.

—Estréchale la mano de mi parte.

—¿Quieres venir conmigo?

—Vale mas que no me vea.

Edmundo preguntó por el establecimiento de la señorita Carlota Toussaint, le indicaron la calle donde aquel estaba, y se dirigió hácia ella en seguida.

Nuestro jóven llegó á la calle de \*\*\*, vió una tienda muy coquetamente sencilla, cuyos aparadores estaban llenos de gorras, bordados y cintas de todas clases. Antes de entrar, Edmundo miró al través de los cristales, y vió á Nicheta sentada al mostrador. La pobre estaba muy pálida, llevaba un vestido negro como en señal de luto, y trabajaba.

«Cuántas cosas han pasado, dijo Edmundo para sí, desde que la ví por última vez trabajando como ahora junto á su ventana.» Y entró en la tienda.

Al oír que alguien entraba, Nicheta levantó la cabeza, y viendo á Edmundo, lanzó un grito.



Edmundo se acercó á ella con los brazos abiertos, y la jóven se precipitó en ellos con los ojos llenos de lágrimas.

Nada mas elocuente que aquella emocion.

—¿Estais bueno, Edmundo? dijo Nicheta cuando se hubo recobrado un poco, y con la intencion de no hablar de Gustavo.

—Me han curado, mi buena Nicheta, ya nada temo.

—¡Cuántas gracias doy á Dios! ¿Habeis venido solo?

—No, con Antonina y.....

—¿Y quién? preguntó Nicheta, palideciendo á pesar suyo.

—Y mi madre.

Por el tono involuntario que Edmundo dió á su respuesta, la modista comprendió que Gustavo estaba tambien en la ciudad con su muger, y que Edmundo se lo hubiera dicho á no ver que se ponía pálida.

—¿Regresais á París? preguntó Nicheta.

—Dentro de un momento. Solo he querido detenerme en Tours para abrazaros y deciros que os quiero como siempre.

—No paso dia sin pensar en vos y en la época en que os veia con frecuencia. ¿Os acordais de nuestras comidas en la calle de Godot? ¡Hermosa época para mí!

Y Nicheta sintió de nuevo que las lágrimas se agolpaban á sus ojos. El mismo Edmundo no podia dominar su emocion, y al ver la pesadumbre de la pobre jóven, se preguntaba cómo Gustavo habia tenido valor de dejarla.

—No hablemos mas de esto, dijo Nicheta enjugándose los ojos. ¿Como siguen vuestra madre y vuestra esposa? ¿Os aman como siempre?

—Sí.



—Vuestra felicidad, Edmundo, es uno de mis deseos mas ardientes.

—¿Y vos, Nicheta, sois feliz aquí?

—Sí, dijo ella lanzando un suspiro; tan feliz como puedo serlo. Carlota es una buena amiga; nuestra tienda está acreditada; sí, soy feliz.

Nada mas desgarrador que el modo como Nicheta pronunciaba esta última frase.

Durante este coloquio, el nombre de Gustavo no fué pronunciado ni una vez siquiera; pero si no estaba en los labios, estaba en el corazón de Nicheta.

Bien hubiese querido que Edmundo le hablára de su antiguo amante, pero Edmundo no se atrevió á hacerlo temiendo afligirla mas, pues entonces no habria dejado de dirigirle muchas preguntas, y no podia, puesto que Gustavo era feliz, participarle sino cosas que habrian aumentado su pena.

Cuando las dos sillas de posta dejaron la ciudad, una muger cubierta con un velo se ocultó detrás de uno de los primeros árboles del camino para ver á los que iban en ellas y no ser vista de ellos.

—¿Viste? dijo por lo bajo Edmundo á Gustavo.

—Sí, costestó este conmovido; Nicheta, ¿no es esto?

—¡Cómo ha cambiado!

—¡Pobre criatura! murmuró Gustavo.

Y una lágrima hija del corazón se escapó de sus ojos.






---

## EPÍLOGO.

---


 Si creéis que la poesía de la juventud dura hasta los últimos días de la vida; Si os sentais todavía á la sombra del árbol florido de vuestras ilusiones; Si solo quereis conocer el lado hermoso de la vida; Si negais la mezcla de bien y de mal con que la naturaleza ha formado el corazon humano;

Si nada os ha engañado en este mundo, si es aun vuestro amigo el amigo de hace diez años, si no os ha burlado la muger que amábais, si viviendo aun con ella, vuestra alma ha conservado para ella las impresiones primeras, si no teneis lágrimas que dar al pasado, limosna que ese gran mendigo quiere siempre que viertan por él;

Si creéis que cuando se ha casado uno con la muger amada, cuando se vive, cuando se es rico y se tiene salud, no se desea



mas ni nada se echa de menos, cerrad este libro despues del capítulo que acabais de leer, pues á los que así piensan nada tengo que decir que puedan creerlo, porque me avergonzaria de turbar las creencias de su alma, y quiero dejarles, dado caso que se hayan interesado por el héroe de este libro, el contento de verle curado, dichoso y amado, despues de haber visto la mano de la muerte estendida sobre él.

Pero si, por el contrario, teneis experiencia de las cosas terrestres, si sabeis que el corazon no puede alimentarse siempre de los mismos goces, así como el estómago no puede aceptar siempre los mismos manjares, si la tumba encierra algunos de vuestros amigos, si la duda ha destruido algunas de vuestras ilusiones, si pasais sin conmoveiros junto á la que en otro tiempo no mirabais sino temblando, si pronunciáis friamente los nombres cuyas sílabas os estremecieron, oidme, pues nos comprenderemos, y direis como yo, despues de la última palabra de este libro:

«Es triste, pero es verdad.»

Sí, Edmundo era dichoso, de suerte que cuando volvió á París habria sido difícil hallar en la capital del mundo un hombre que estuviese mas contento que él. Acababa de ver á Nicheta de la cual nunca habia hablado á Gustavo desde el matrimonio de éste, temiendo afligirle, pero que siempre habia esperado volverla á ver y estrecharla en sus brazos, en razon de ser la gratitud una de las virtudes de Edmundo. Al pasar por Tours, habia hecho lo que debia hacer, y volvió á entrar en el aposento donde por vez primera Antonina descansára en sus brazos, con el corazon rico en esperanza y libre de pesar.



Los recuerdos de amor saliéronle al encuentro y echáronse á cantar al abrirse la puerta, cual pájaros familiares viendo abierta su jaula. Sonreíanle todos los objetos que habia dejado con la casi certeza de no volver á verlos. Experimentaba lo que Gustavo experimentó viendo de nuevo el cuarto de Nicheta, solo que no sentia el dolor de causar pesadumbre á la muger á quien habia amado, pues la muger á quien antes amára, la amaba todavía.

Es casi un sacrilegio ir á emboscarse, como vamos á hacerlo, entre las floridas hayas que se levantan á ambos lados del camino de Edmundo, á fin de sorprender todas las acciones de su vida y de comentarlas en provecho de la fria realidad. ¿No valdria mas que imitáramos á los antiguos narradores de cuentos, y nos detuviéramos en el casamiento dejando suponer al lector lo que mejor le parezca, esto es, que los esposos se amarán eternamente, como Filemon y Baucis, y tendrán muchos hijos, como los aldeanos de Florian?

¿Quedaría completa la verdad con este completo desenlace? ¿Es solo la juventud lo que constituye la vida? ¿dura todo el año la primavera? ¿Conviene decir perpétuamente á los hombres: «Avanzad sin cuidado, la vida es bella, no tiene de-sengaños, nada cambia en ella, nada nos miente?» Si al recorrer un camino os detuvieran los salteadores, ¿no os quejariais de los que conociendo este peligro hubiesen dejado de participároslo? Además, la novela es mas que un espejo, es un aviso: debe reproducir la vida bajo dos aspectos y poner de manifiesto las dos caras de ese Jano moral llamado corazon humano. ¿Para qué un buen guia (y no se olvide que la novela debe serlo), si el tal guia no me señala los precipicios y no



me dice que voy á caer en un abismo cuando creo que camino sobre rosas?

La felicidad de larga duracion no existe en la verosimilitud humana; durante seis meses del año la naturaleza se presenta despojada de flores. ¿Qué pintor de costumbres, ganoso de ser verdadero, atrevióse nunca á presentar un hombre constantemente dichoso? Ninguno. Todos se han encorvado delante de aquella fatal necesidad que puso la vida del hombre entre estas dos palabras: esperanza y recuerdo.

Tomemos los tres libros típicos de corazón, de juventud y de pasión: *Pablo y Virginia*, *Werther* y *Manon Lescaut*.

Ni Bernardino de Saint-Pierre, ni Goethe, ni el abate Prevost, atrevieron á hacer vivir el héroe de su respectivo libro en las condiciones de felicidad en que le habian puesto. Toda la poesía de sus obras dimana casi de la muerte del personaje que el lector quisiera ver vivir.

Hágase que Virginia viva y se case con Pablo; hágase que Werther no se pegue un tiro y que se case con Carlota; hágase que Manon no engañe mas á Des Grieux y viva con él como éste desea vivir con ella, y se tendrá, lo confieso, un buen momento de alegría viendo felices esos tipos amados y simpáticos. Pero sígase esa felicidad y se verá lo que sucede.... Pronto se echará de ver que es imposible, y que solo la muerte podia poetizar aquellos amores jóvenes, aquellos sueños apasionados, aquellas ilusiones seductoras que la vida, prolongándose, hubiera desgarrado en todos los abrojos y destrozado á cada paso.

Olvídese que los tres poetas hicieron morir á sus héroes, ciérrense los ojos y trate el espíritu de investigar lo que un dia hubiera sido de ellos.



Vereis á Pablo y Virginia, esas dos hermosas criaturas alegres, castas, enamoradas, poéticas, envejeciendo, demacradas las mejillas, cano el pelo, arqueado el cuerpo, sin dientes la boca....

Vereis á Werther y á Carlota, arrugado el rostro, amarillentos, caminando trémulos y cantando con apagada voz.....

Vereis á Manon y á Des Grieux, esos dos símbolos del amor terrestre en lo que de mas fogoso é insensato tiene, llenos de achaques en razon de su vida sensual de otro tiempo, sentar frente á frente en dos cómodos sillones, sus decrepitudes cartarrosas....

Y hé aquí lo que la vida y los años habrán hecho de esos seres encantadores, perfumes visibles, rayos de luz animados, poesías vivientes.... Nada quedará de su pasado, y gastada su alma, nadie ha de conocer su cuerpo y todos cerrarán los ojos para no ver su rostro repugnante.

Pídase á aquellos viejos un eco de las palabras que un tiempo pronunciaron. Puede que estén sordos, quizás han perdido la memoria, tal vez se echen á reir!

Lo repito, si se desea dejar puro en el espíritu el recuerdo de los tipos creados, es preciso volverlos jóvenes á Dios; es preciso que el retrato que de su rostro quede despues de la muerte, sea grato á los ojos y recuerde los buenos tiempos de la vida; es preciso que una sonrisa entreabra sus lábios mudos, es preciso que su muerte se parezca al sueño, es preciso que las ilusiones hayan ido á sentarse á la cabecera de su cama y les hayan visto morir sonriendo.

Un poeta, á quien amo mucho, ha dicho:



Morir á los veinte años  
 Favor es de los cielos,  
 Y no sentir marchitas  
 De los felices tiempos  
 Caerse las coronas  
 Que nuestra sien ciñeron.

Tiene razon.

Estos versos nos han inspirado el libro que estamos escribiendo. Si, no obstante, una vez identificados con vuestro personage, cuando le hayais hecho jóven, hermoso, enamorado, amado, no teneis valor para matarle en medio de los encantos de que le redoasteis; si quereis dejarle apurar la última gota de la copa á que ha llevado los lábios; si dejándole vivir le dais cuanto deseaba poseer, y le abandonais en seguida sin decirnos que fué de él, hareis un libro muy bonito para las niñas de catorce á quince años, pero una obra incompleta para los hombres de edad madura.

Si continuais siguiendo á vuestro personage, es preciso que tarde ó temprano llegueis al punto á que me referia hace poco, pues no podeis dejar al hombre de cincuenta años el rostro y las sensaciones que dabais al enamorado de veinte.

Ahora bien, yo he querido hacer este estudio sin parcialidad, sino sin pesar: he dotado á Edmundo de todo el entusiasmo, de toda la poesía, de todas las ilusiones, de todo el amor de la juventud, y lo he presentado herido de una enfermedad que debia matarle á los veinte y cinco años.

Llegado el momento de su muerte, cuando su madre, su esposa, su amigo, personificaciones de todos los amores que puede abrigar el hombre, lloraban junto á su cama, ninguna de las personas que se interesan por el desenvolvimiento



de este libro, ninguna de las que conozco ha dejado de decirme: «No hagais morir á Edmundo.»

¿Será, pues, que la vida lo es todo?... Respirar libremente, beber, comer, gozar del ejercicio de todos las facultades, hé aquí el supremo bien!.... Y volver todo esto al enfermo que lucha con la muerte es darle la dicha, particularmente cuando, como Edmundo, ha de encontrar en torno suyo, al abrir los ojos, una madre, una esposa, un amigo, la juventud, la fortuna, en una palabra, todas las condiciones de la humana felicidad....

¡Bien está!

Edmundo ha vivido, en mi libro, como vive en realidad, pues no me he tomado el trabajo de inventar esta historia, la he escrito calcada sobre los personajes algunos de los cuales viven todavía: solo pido permiso para seguirles durante algun tiempo despues de su vuelta á París.

Dos años despues de los acontecimientos que acabo de referir, todos los personajes que en esta historia han figurado, á escepcion de Nicheta, estaban reunidos y comian en casa de la señora de Pereux.

Un hermoso niño rubio, de trece á catorce meses de edad, hallábase sentado entre Gustavo y Lorenza.

Celebrábase aquel dia el segundo aniversario del casamiento de Antonina y Edmundo.

Éste estaba casi desconocido.

Figurense los lectores en vez del jóven pálido y delgado que hasta ahora han conocido, un hombre buen mozo, enriquecido con cierta robustez y luciendo barba y bigote.

El señor Devaux complacíase mirando aquella transformacion que era obra suya.



—¡Cuántas cosas han pasado durante los tres años que lleváis de matrimonio, hijos míos!

—¡Sí, muchas cosas buenas! contestó la señora de Pereux sonriendo á su hijo.

—Curación completa, dijo el doctor, esto solo se vé una vez entre ciento. ¡Ea, á la salud de Edmundo!

Todos los convidados levantaron la copa llena de vino de Champagne en muestra de adhesion, lleváronla á los labios y la dejaron de nuevo sobre la mesa.

Edmundo bebió la suya de un solo trago como en confirmacion de lo que el doctor acababa de decir.

El padre de Antonina le miró sorprendido.

—¡Qué cura! exclamó de nuevo. Esta copa de Champagne bebida por vos tres años atrás os hubiera hecho arrojar sangre al dia siguiente y os hubiera dado calentura durante ocho dias, al paso que esta noche dormireis como si hubieseis bebido agua. ¡Qué hermosa mision la de la medicina, resurreccion que Dios ha puesto entre las manos de ciertos hombres! De mí sé decir que siempre que curó un enfermo experimento una emocion verdaderamente cristiana.

—¿Y me curareis á mí, doctor, preguntó la señora de Pereux, que desde que Edmundo estuvo enfermo siento dolores de corazon que casi me ahogan?

—Nada conseguirá contra ellos la medicina. Es un dolor moral lo que os tiene enferma, y solo la felicidad puede curaros. ¿Sois feliz?

—¿Como no he serlo?

—Entonces, nada temais.

Durante esta conversacion, Antonina observaba atenta-



mente á su marido, quien se ocupaba mas de comer, que de oír el coloquio entre su madre y el doctor.

XU—¿Qué piensas hacer esta noche? preguntó de repente á Gustavo.

—La pasaré aquí, contestó Daumont, ¿y tú?—

—He prometido ir á visitar al señor de\*\*\* ¿me lo permites, mamá?

—Sí, hijo mio; todo te lo permito, menos que estés enfermo.

Antonina dirigió una mirada suplicante, que Edmundo evitó, pero que no pasó desapereibida á Gustavo.

Despues de comer, éste se acercó á Edmundo y le dijo:

—No salgas esta noche.

—¿Por qué?

—Porque Antonina no quiere.

—Antonina es una niña, replicó Edmundo. Si la escucháramos, nunca saldria yo de casa.

—Debes perdonárselo en gracia de lo mucho que te ama.

—Así son todas las mugeres; su amor se convierte tarde ó temprano en tiranía. ¿Qué mal hay en que vaya á visitar al señor de\*\*\* en cuya casa he comido varias veces?

—Antonina tiene celos.

—¿De quién?

—De la muger del señor de\*\*\*.

—Los tiene de todo el mundo. Manía mas tonta.

Mientras Edmundo y Gustavo seguian hablando, Antonina se acercó á Lorenza.

—Ya lo veis, tambien vá esta noche, la dijo.

—No os aflijais, contestó Lorenza, no hay motivo para ello. Edmundo os quiere mas que nunca.



—¡Quién lo hubiera dicho! exclamó Antonina lanzando un suspiro de infinita tristeza.

—¿Qué pasa? preguntó por lo bajo el señor de Mortonne aproximándose á las dos mugeres.

—Que Antonina siente ver que su marido va con mucha frecuencia á casa del señor de\*\*\*; cree que galantea á su muger.

—Dejadle que vaya; este es el modo de que vuelva, dijo el señor de Mortonne. Quanto mas os opongais, mas se osbtinará.

¿Qué os importa que haga un tanto la corte á la señora de\*\*\* cuando sabeis que no ama mas que á vos?

—¡Triste consuelo! murmuró Antonina cuyos ojos ya se humedecian.

—Ved cuan fortalecido y bueno se encuentra ya, decia la señora de Pereux al señor Devaux, señalándole á Edmundo que acababa de encender un cigarro. ¡Cuán dichosa soy, doctor, y cuanto os debo!

—Acompáñame un rato, dijo Edmundo á Gustavo, tomando el sombrero.

—No, yo me quedo con las señoras.

—Adios, pues.

—¿Ya te marchas? dijo Antonina á su marido viéndole dispuesto á salir.

—Sí.

—¿Volverás pronto?

—Dentro de una hora estaré de vuelta.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Antonina aproximó la frente á su marido el cual se la besó,



ob—No salgas esta noche, le dijo ella al oído, tratando de detenerle.

—¡Qué simpleza! ¿Por qué te opones tanto á que salga?

—Tres años hace, contestó, que estamos casados, bien puedes sacrificarme todo este día.

Edmundo se encojió de hombros y dejó el sombrero sobre la mesa con un gesto de impaciencia.

lo —Sal, si tanta impaciencia tienes, le dijo su muger. —

—No, puesto que deseas que me quede.

—No lo quiero, lo deseo sí, porque nuestros amigos han venido aquí para celebrar nuestro aniversario.

—Había olvidado ya que fuese hoy este aniversario. —

—¿Ya lo olvidaste, Edmundo? dijo Antonina, ¿tú no me amas!

Edmundo volvió á tomar su sombrero.

—Si me detienes con objeto de que haya una escena sentimental, dijo él, no será nada divertida por cierto.

—Vete, amigo mio, yo soy quien tiene la culpa. Abrazame otra vez. ¿Dices que volverás dentro de una hora?

—Dentro de una hora.

Antonina miró sonriendo á su marido el cual salió del salón.

—Ni á media noche habrá vuelto, murmuró Antonina.

—¿Qué tienes, hija mia? dijo la señora de Pereux á Antonina, me parece que estás triste.

—No, mamá, no tengo nada.

—Me engañas, ya sé yo que te aflige que Edmundo salga de casa con frecuencia; pero si así lo haces porque sabe que te quedas con nosotros. Todos los jóvenes son lo mismo.



Piensa que no tiene mas que veintiseis años, y que á esta edad necesita uno distraerse.

Fuerza es decir que cualesquiera que hubiesen sido las circunstancias, la señora de Pereux siempre habria dado razon á su hijo. La salud y la dicha de éste era cuanto anhelaba, de modo que no era á ella seguramente á quien Antonina iba á quejarse, pues sabia á que atenerse acerca de este punto.

Gustavo, el comandante, la señora de Mortonne y el doctor se sentaron á la mesa y empezaron á hacer una partida de whist. Poco divertia esta ocupacion á Daumont, pero como divertia á los otros tres jugadores, por darles gusto, tomaba parte en el juego.

Antes de sentarse, Gustavo dió un beso á su hijo y abrazó á su esposa que tenia al niño sobre sus rodillas y hablaba con Antonina sentada con esta en un sofá, mientras que la señora de Pereux tomaba un libro con intencion de acabarlo de leer á los últimos rayos del sol.

Antonina miraba á cada paso el reloj. Así pasó hora y media.

De repente Antonina se levantó.

—¿A dónde vais? le preguntó Lorenza.

—A mi habitacion; vuelvo al momento.

—¿Queréis que os acompañe?

—Con mucho gusto.

Lorenza veia á Antonina tan triste, que no queria dejarla, temiendo que su tristeza se trocára en desesperacion.

—¡Dios mio! ¡qué desgraciada soy! exclamó Antonina echándose sobre una silla y rompiendo en llanto.

—Vamos, amiga, hermana mia, no lloreis así.



—Ama á esa muger, estoy segura de ello... hace media hora que debia haber vuelto.

—Os alarmais sin motivo; soségaos. Le habrán detenido á pesar suyo.

—Si solo fuese esto, nada diria; pero veo muy cambiado á Edmundo. Si le hubieseis conocido en otro tiempo, ahora os dejaria sorprendida. Tenia celos hasta de mis pensamientos, no queria que ni mi camarera me tocára. Ahora me deja sola durante dias enteros, es verdad que ahora vé halagüeno su porvenir, al paso que en aquella época creia próxima su muerte. Hay momentos en que creo que su amor procedia únicamente de esta conviccion. ¿Habria sido mejor que mi padre no le salvára? En este caso solo la muerte habria puesto término á su amor, mientras que ahora, os lo repito, Lorenza, estoy segura de que ama á otra muger mas que á mí.

En este momento entró Gustavo.

—Os he visto salir juntas, les dijo, ¿qué sucede?  
Lorenza señaló á Antonina.

—¡Llora! dijo Gustavo.

—Amigo mio, dijo Antonina tomando la mano del jóven, vos no dais pesadumbre á vuestra esposa, vos...

—Sois una niña, dijo Gustavo á Antonina, Edmundo os ama.

—Esto mismo la decia yo, añadió Lorenza, mirando á su marido como quien sabe que dice lo que no piensa.

—No la dejes, dijo Gustavo en voz baja á Lorenza, voy á buscar á Edmundo y le pediré esplicaciones, porque no se porta bien.

—Aplaudo tu resolucion; aquí nos hallarás.



Gustavo estrechó la mano de su esposa y se retiró: —

El señor de\*\*\* á quien Edmundo habia ido á visitar, vivia en el boulevard de los Italianos, y como Gustavo le conocia, no habia motivo para estrañar que fuese tambien á visitarle. —

—El amo no está en casa, dijo el criado á Daumont; pero sí la señora. —

—Anunciadme. —

Gustavo halló á Edmundo con la señora de\*\*\*. Ambos quedaron sorprendidos al verle. Gustavo habia resuelto dar cuanto antes un gran golpe. —

—Dispensadme, señora, si me presento tan tarde en vuestra casa; pero como la señora Antonina de Pereux está indispuesta, he venido á buscar á Edmundo que sabia se hallaba aquí. —

—Cuando es tarde para presentarse en casa de una muger, tambien lo es para quedarse en ella. —

La señora de\*\*\* comprendió la intencion de Gustavo, sonrojóse, y dirigiéndose á Edmundo, le dijo: —

—No os detengo, caballero, y os suplico que ofrezcais mis sinceros respetos á vuestra esposa cuya indisposicion espero que no será grave. —

Los dos jóvenes se despidieron de la señora de\*\*\*. —  
—¿Qué significa esto? preguntó Edmundo á Gustavo en cuanto estuvieron fuera. —

—Significa, amigo mio, contestó con tono algo severo Daumont, que te portas mal con Antonina. —

—¿Y te has encargado tú de darme lecciones de moral? —

—Sí. —

—Muy mal hecho, pues la moral me disgusta. —



—Tendrás que oírla, mal que te pese.

—Sé que es uno de los derechos de la amistad. Habla.

—Estás engañando á Antonina.

—Poco te importa esto.

—Me importa mucho á mí que hace tres años fuí á pedir para tí la mano de Antonina, quien consintió en ser tu esposa, porque en aquella época no amabas mas que á ella, y me abrazaste como un loco á la puerta de su casa cuando te participé que deseaba casarse contigo.

—Ya de esto hace tres años...

—¿Y qué?

—En estos tres años han pasado muchas cosas. En aquella época yo arrojaba sangre, creia que solo me quedaban dos años de vida; ahora estoy tan bueno como tú y la existencia se me presenta muy diferente. Sigo amando á Antonina, pero como se ama despues de tres años de matrimonio pasados continuamente con una muger. No ha de estar uno siempre á los piés de su esposa como durante la luna de miel. La amistad, la afeccion tranquila suceden á los primeros transportes, y luego, lo repito, cuando creemos que vamos á morir decimos y hacemos muchas cosas que encontramos ridículas cuando nos vemos curados.

Tengo veintiseis años, soy casado; pero no he de vivir con mi muger como si tuviese sesenta años.

—Y la harás padecer por un simple capricho.

—En esto se suele pasar la vida, amigo mio; y si Antonina no estuviese rodeada de personas que la atormentan con chismes, seguramente que no padecería.

—¿Dices esto por mí?



Edmundo guardó silencio.

—¡Con que nada tienes en el corazón! ¡desoyes á tus amigos! Nunca de tí pensé tal. En ciertas ocasiones el olvido es la ingratitud.

—¿Acaso te acuerdas tú de Nicheta á quien amabas tanto? A buen seguro que no.

—Debes la vida al señor Devaux, y por agradecimiento, ya que no por amor, deberías hacer feliz á su hija. ¿Callas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque segun el giro que las cosas van tomando, no sé si debo vivirle obligado.

—¿Qué estás diciendo?

—Digo que hay momentos en que me pregunto si no hubiera valido mas que hubiese muerto á la edad de dos años. Habría muerto echando de menos la vida, creyendo en el amor puro, convencido de que la felicidad me aguardaba en el mundo, al paso que ahora, si he de confesártelo, me parece que no nací para casado, siento que hago desgraciada á Antonina, y no puedo dejar de hacerlo. Echo de ver que quizás no la amaba sino en razon del poco tiempo que me quedaba de vida. El otro dia volví á leer la carta que le escribí al saber su consentimiento, y la encontré... ridícula. En un año ó dos he gastado la cantidad de dicha que de Dios habia recibido, y cuando me he visto en presencia de los muchos años de vida que me quedan, me he encontrado en la posicion del hombre arruinado por deudas. En fin, nada quiero ocultarte, hay dias, y son los mas, en que me aburro y me veo obligado á ir á otra parte en busca de distracciones que no hallo en mi casa.



Sé que Antonina me ama... sé que es hermosa, desinteresada, que le debo la vida, que moriría mañana si muriera yo; la aprecio como á una santa, la bendigo como á mi madre...; pero, triste es decirlo, no la amo ya, me parece que nunca la amé.

—¿Pobre Antonina!

—La compadezco como tú.

—Pero, á lo menos, ¿eres feliz?

—¿Quieres que te diga lo que siento?

—Sí.

—Pues bien; daría todos los años que de vida me esperan por seis meses parecidos á los que siguieron á mi casamiento.

En este coloquio habian llegado á la calle de Trois-Freres. Gustavo estaba conmovido y triste; Edmundo se pasaba de vez en cuando la mano por la frente, como si tratara de echar de ella un molesto pensamiento.

«Tiene razon», decía para sí Gustavo. La vida exige que el hombre abandone cuanto ha amado y lo eche de menos á un tiempo mismo!... No sé si tengo derecho para dirigir reproches á Edmundo. Yo he hecho padecer á Nicheta lo que él hará padecer á Antonina. ¿Obré yo bien?

Esto diciendo, abria la puerta del cuarto de Antonina, y Lorenza, con su hijo en los brazos, salia á su encuentro casta, hermosa y sonriéndole.

Era una respuesta afirmativa á la pregunta que acababa de hacerse.

Edmundo se dirigió hácia Antonina y le tendió la mano; la jóven esposa le saltó al cuello.

El corazón de Edmundo no latia sino muy sosegado.



Hace diez años que sucedió lo que acabamos de contar.

La señora de Pereux ha muerto sonriendo á su hijo á quien creia dichoso, y su muerte, como es fácil suponer, no ha curado á Edmundo de sus desencatos sobre la vida. —Sin embargo, hoy habla sin conmoverse de la pérdida de su madre.

El comandante y su esposa viven aun; pero esta está paralítica.

El señor Devaux sigue bueno, y la curacion de Edmundo ha aumentado su clientela.

Gustavo y Lorenza se hallaban hace pocos dias en la iglesia de Niza viendo á su hijo que por vez primera recibia la comunión. Desde la dolencia de la señora de Mortonne residen en dicha ciudad con aquella y el comandante.

—Edmundo es prefecto en X\*\*\*

A esta pobre ambicion ha quedado reducida su poesía.

Es el amante de la muger de un proeurador de la ciudad, muger de unos cuarenta años. Nadie lo ignora, ni la misma Antonina, que se echa á reir cuando habla de ello!

Si vais á Tours y pasais por la calle de París, vereis un letrero que dice así: «*Señora Lacroix; Modas y Lenceria.*»

La señora Lacroix es Nicheta que, á los dos años de su llegada á Tours, casó con el hijo de un librero que tenia el establecimiento enfrente de la tienda de aquella.

Viéndola tan triste, le prestaba libros con que distraerla; á fuerza de querer consolarla, enamoróse de ella, acabó ella por amarle, y se cita su matrimonio como modelo de union y de bienestar doméstico.

La señora Angélica está gotosa, pero ha concluido de leer el *Castillo de Kenilworth*.

FIN.



Hace diez años que sucedió lo que acabamos de contar.  
 La señora de Petreux ha muerto souriendo á su hijo á quien  
 creia dichoso y su muerte como es fácil suponer no ha con-  
 tado á Edmundo de sus desencantos sobre la vida.—Sin embar-  
 go hoy habla sin conmoverse de la pérdida de su madre.  
 El comandante y su esposa viven aun; pero está esta pa-  
 ra

El señor Devaux sigue bueno y la curacion de Edmundo  
 ha aumentado su chisqueta.  
 Gustavo y Lorenza se hallaban hace pocos dias en la igle-  
 sia de Niza viendo á su hijo que por vez primera recibia la  
 comunión. Desde la dolencia de la señora de Montmorension  
 en dicha ciudad con aquella y el comandante.  
 —Edmundo es prefecto en X

A esta pobre ambicion ha quedado reducida su posesion.  
 Es el amante de la muger de un procurador de la ciudad.  
 muger de unos cuarenta años. Nadie lo ignora en la misma  
 Antonia que se ocha á reir cuando habla de ello.

Si vas á Tours y pasas por la calle de Paris, veras un  
 letrero que dice así: «Señora Lacroix; Modas y Percecion»  
 La señora Lacroix es Nichele que á los dos años de su lle-  
 gada á Tours, casó con el hijo de un librero que tenia el es-  
 tablecimiento enfrente de la tienda de aquella.

Véndola tan triste, le prestaba libros con que distraerla á  
 fuerza de queter consolida. canamores de ella, acabo ella  
 por amarle y se cita su matrimonio como modelo de union y  
 de bienestar domestico.

La señora Angélica está gozosa pero ha concluido de leer  
 el Castillo de Kenilworth



# ÍNDICE.



	<u>Pág.</u>
CAPÍTULO PRIMERO. . . . .	5
CAP. II. . . . .	17
CAP. III. . . . .	27
CAP. IV. . . . .	33
CAP. V. . . . .	41
CAP. VI. . . . .	45
CAP. VII. . . . .	52
CAP. VIII. . . . .	59
CAP. IX. . . . .	69
CAP. X. . . . .	81
CAP. XI. . . . .	91
CAP. XII. . . . .	97
CAP. XIII. . . . .	108
CAP. XIV. . . . .	119
CAP. XV. . . . .	126
CAP. XVI. . . . .	135
CAP. XVII. . . . .	139
CAP. XVIII. . . . .	152
CAP. XIX. . . . .	160
CAP. XX. . . . .	171
CAP. XXI. . . . .	185
CAP. XXII. . . . .	192
CAP. XXIII. . . . .	204
CAP. XXIV. . . . .	217
CAP. XXV. . . . .	231
CAP. XXVI. . . . .	246
CAP. XXVII. . . . .	256
EPÍLOGO. . . . .	266



# INDICE



266	Epitogo
256	Cap. XXVII
246	Cap. XXVI
231	Cap. XXV
217	Cap. XXIV
204	Cap. XXIII
192	Cap. XXII
182	Cap. XXI
171	Cap. XX
160	Cap. XIX
152	Cap. XVIII
139	Cap. XVII
135	Cap. XVI
136	Cap. XV
119	Cap. XIV
102	Cap. XIII
97	Cap. XII
91	Cap. XI
81	Cap. X
68	Cap. IX
59	Cap. VIII
52	Cap. VII
45	Cap. VI
41	Cap. V
33	Cap. IV
27	Cap. III
17	Cap. II
2	Capitolo Primo



# PLANTILLA

para la colocacion de las láminas.

---

	<i>Pág.</i>
<b>Edmundo vé por vez primera á Antonina. . . . .</b>	<b>10</b>
<b>Gustavo y Nicheta. . . . .</b>	<b>40</b>
<b>Antonina. . . . .</b>	<b>60</b>
<b>Me creías muerta, padre mio! dijo ella sonriendo. . . . .</b>	<b>156</b>
<b>¡Dios mio! ¡cuán desgraciada soy!. . . . .</b>	<b>277</b>





# PLANTILLA

para la colocacion de las laminas.

Pag.

10	Edmundo se por vez primera a an-
10	confun. . . . .
20	Guatayo y Nibeta. . . . .
30	Antonia. . . . .
150	Ve estas nubes, padre mio! dijo
150	ella sonriendo. . . . .
177	¡Dios mio! cuán desgraciada soy! . . . . .